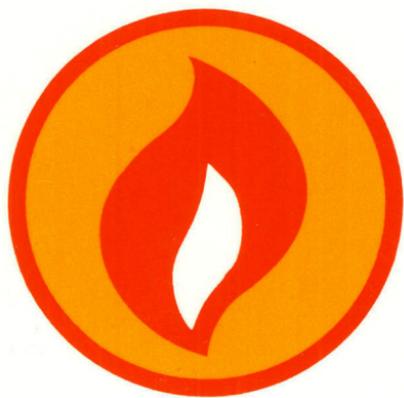


# Sed llenos del Espíritu Santo



Un estudio imparcial y sincero  
de la obra del Espíritu Santo  
en nuestros días.

**John R. W. Stott**



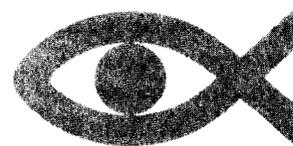
Desde que en 1967 publicamos **El bautismo y la plenitud del Espíritu Santo** por el mismo autor, hemos visto crecer en todo el mundo el interés de los cristianos en el tema. En la obra que ahora ofrecemos, el autor ha ampliado y reescrito la obra original y ha añadido nuevas secciones sobre el fruto y los dones del Espíritu. Su intención en este claro y profundo estudio es ayudarnos a obtener mejor comprensión bíblica y experiencia en cuanto a la obra del Espíritu Santo en nuestros días.

John R. W. Stott fue pastor en Londres durante 25 años hasta 1975. Ahora sirve al Señor en el mundo entero mediante su pluma y su enseñanza bíblica. Es autor de varios libros, algunos de los cuales han sido traducidos a diferentes idiomas. En 1959 fue nombrado capellán honorario de la reina de Inglaterra.

# **Sed llenos del Espíritu Santo**



**John R. W. Stott**



editorial caribe

EX LIBRIS ELTROPICAL

**SED LLENOS DEL ESPIRITU SANTO**

1977 Editorial Caribe  
*Departamento de ventas:*  
3934 S.W. 8 St., Suite 303  
Miami, Florida 33134  
U.S.A.

*Departamento de producción:*  
Apartado 1307  
San José, Costa Rica

Tercera edición, 1984  
ISBN: 0-89922-084-3

Reservados todos los derechos.  
Prohibida la reproducción total  
o parcial de esta obra sin la  
autorización escrita de los  
editores.

Printed in U. S. A.  
Impreso en EE. UU.

ISBN: 0-89922-084-3

## INDICE

<b>Prefacio a la segunda edición.</b> . . . . .	5
<b>Introducción.</b> . . . . .	11
<b>I La Promesa del Espíritu</b> . . . . .	17
La promesa de una bendición distintiva . . . . .	20
La promesa de una bendición universal . . . . .	24
El día de Pentecostés. . . . .	25
Los creyentes samaritanos . . . . .	29
Los discípulos efesios . . . . .	31
El lenguaje del bautismo . . . . .	33
1 Corintios 12:13. . . . .	35
Conclusión . . . . .	39
<b>II La Plenitud del Espíritu</b> . . . . .	43
La diferencia entre bautismo y plenitud . . . . .	43
Apropiación continua . . . . .	47
Las señas de la plenitud del Espíritu . . . . .	50
El mandato a ser llenos . . . . .	55
El cristiano promedio. . . . .	58
Experiencias extraordinarias. . . . .	61
Una exhortación . . . . .	67
<b>III El Fruto del Espíritu</b> . . . . .	71
Su origen sobrenatural. . . . .	73
Su crecimiento natural. . . . .	74
Su maduración gradual . . . . .	77
Aplicación . . . . .	79

<b>IV Los Dones del Espíritu</b> .....	81
La naturaleza de los dones espirituales .....	82
¿Cuántos dones distintos existen? .....	82
La relación entre los dones espirituales y los talentos naturales .....	85
¿Son milagrosos todos los dones espirituales? .....	89
¿Nos son dados todos los dones espirituales bíblicos en estos tiempos? .....	93
La palabra 'carismático' .....	96
El alcance de los dones espirituales: ¿a quiénes son dados? ..	97
La fuente de los dones espirituales: ¿de dónde provienen? ..	100
El propósito de los dones espirituales: ¿para qué son dados? ..	104
 <b>Conclusión</b> .....	 111

## Prefacio a la segunda edición

Han pasado once años desde que el canónigo honorario Peter Johnston me invitara a dirigir la palabra a la Conferencia Eclesiástica en Islington, Inglaterra, sobre el tema "La obra del Espíritu Santo". Esa charla fue luego desarrollada y publicada con el título *El bautismo y la plenitud del Espíritu Santo* (Editorial Caribe, 1967).

Pero el movimiento que algunos llaman "neo-pentecostal" y otros, la mayoría, "carismático", ha continuado extendiéndose desde entonces. Ya es un fenómeno casi mundial y cuenta con dirigentes de iglesia muy respetados entre sus líderes. Ya no puede evaluarse la escena contemporánea de la iglesia cristiana sin tomarlo en cuenta.

Sin duda alguna, Dios ha traído bendición a muchas personas a través de este movimiento. Son muchos los cristianos que pueden testificar cómo han experimentado en sus vidas una nueva libertad y amor, una liberación interior de la servidumbre a inhibiciones, un gozo y una paz sobreabundantes en el creer, una sensación más fuerte y profunda de la realidad de Dios, un calor de comunión cristiana desconocido hasta entonces, y un nuevo celo por la evangelización. Sin duda, pues, este movimiento constituye un desafío saludable a la mediocridad en la vida del cristiano y al estancamiento en la vida de la iglesia.

Por otra parte, ésto ha provocado una serie de evaluaciones cuidadosas del movimiento desde diversos puntos de vista. A menudo, los líderes carismáticos son los primeros en reconocer que ha habido motivos de inquietud en el desarrollo del movimien-

to y que sólo está en sus comienzos la tarea de debatir en serio el aspecto teológico. Una de las grandes dificultades es que el movimiento carismático no es una iglesia o sociedad organizada con declaraciones doctrinales oficialmente sancionadas.

Las iglesias pentecostales que entraron en existencia a principios de siglo sí tienen confesiones de fe publicadas, a las cuales se deben adherir todos sus pastores. Pero el movimiento carismático es aún muy fluido, y sus líderes y miembros no están siempre en pleno acuerdo teológico. Según parece, algunos sostienen una posición plenamente "pentecostal" que casi no se puede diferenciar de la de las iglesias pentecostales. Otros dicen haber experimentado lo que gustan de llamar "una experiencia pentecostal". Y otros parece que no han logrado cristalizar las cosas en sus propias mentes y siguen buscando la manera más exacta de expresar teológicamente sus experiencias.

Tal flexibilidad es muy grata, en parte porque demuestra una mentalidad abierta, y en parte porque contribuirá a evitar que cualquiera trate de categorizar fácilmente a otros como "carismáticos" o "no carismáticos", especialmente si tenemos en cuenta que más y más personas parecen tener un pie a cada lado de la cerca. Pero esta flexibilidad también hace más difícil la tarea de evaluación pues no siempre resalta a primera vista respecto a quien o de quien se trata. Quisiera disculparme por adelantado si algunos cristianos que se autoconfiesan "carismáticos" no se reconocen en lo que he escrito en estas páginas. Sólo puedo decir que he tratado de ser objetivo y honesto, que he utilizado información recopilada de diversas publicaciones y de personas reales, y que no he querido de manera alguna trazar caricaturas.

Ahora quisiera explicar por qué he ampliado y escrito de nuevo el librito publicado en 1967. ¿Qué razones me amparan al encarar una segunda edición?

Primero, al releer lo que escribí hace once años, algunas partes me parecieron poco claras; otras, algo flojas, y el total, incompleto. En esta edición he tratado de aclarar lo oscuro y de reforzar los puntos débiles. Más en particular, he dividido el material original en dos capítulos separados que se intitulan, respectivamente, "La

promesa del Espíritu" y "La plenitud del Espíritu". También he ampliado el material enfatizando el terreno común e indicando las áreas en que continuamos en desacuerdo. Luego he agregado material nuevo en dos capítulos posteriores que se intitulan "El fruto del Espíritu" y "Los dones del Espíritu".

La segunda razón de ser de esta nueva edición es más personal. En años recientes he recibido a menudo cartas de personas que dicen haber escuchado que he cambiado mi punto de vista desde que escribí *El bautismo y la plenitud del Espíritu Santo*. Esto no se ajusta a la realidad por lo que esta edición revisada me da la oportunidad de corregir ese falso rumor.

En tercer lugar, es necesario que todos nosotros permanezcamos en un diálogo y comunión fructíferos unos con otros, sin importar cual sea nuestra posición en este asunto. No es que sea fácil tal cosa. Se requiere una considerable madurez espiritual establecer, y luego mantener, cordiales relaciones personales con aquellos con quienes uno no está plenamente de acuerdo. Hace poco, en una conferencia, sentí que era mi deber confesar mi propia inmadurez tanto por haber sido sumamente negativo hacia el movimiento carismático como por haber sido demasiado renuente a conocer sus líderes y conversar con ellos. En esa ocasión proseguí sugiriendo tres áreas que estimaba bien podrían constituir una base para mayor discusión. Quizás fuese de ayuda que los mencionase aquí.

La primera es la objetividad de la verdad. Vivimos en días de mucha subjetividad y en los cuales el existencialismo hace una aguda diferenciación entre vivencias "auténticas" y "no auténticas", utilizando criterios puramente subjetivos para evaluar qué es lo verdaderamente "auténtico". Estos consisten esencialmente en si me parecen auténticas o no en el momento. Los cristianos, por otra parte, y en especial los cristianos evangélicos, están convencidos de que Dios ha hablado históricamente y objetivamente; que su Palabra culminó en Cristo y en el testimonio apostólico a Cristo; y que las Escrituras precisamente son Palabra de Dios escritas para nuestro entendimiento. Todas nuestras opiniones, todas nuestras tradiciones, y todas nuestras experiencias han de

someterse al exámen independiente y objetivo de la verdad bíblica.

La segunda es la *centralidad de Cristo*. Teóricamente, al menos, estamos todos de acuerdo en ésta. Nuestros ojos han sido abiertos a la verdad “que está en Jesús” y nuestros labios confiesan que él es Señor Soberano. No tenemos dificultad en adherimos a las grandes declaraciones del apóstol Pablo en su carta a los Colosenses cuando nos dice que él es cabeza del universo y de la Iglesia; que el propósito de Dios es que “en todo tenga la preeminencia” (1:11-18); que “en él habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad” (2:9); y que nosotros estamos “completos en él” (2:10).

Sin embargo no es suficiente una aceptación de labios afuera de estas declaraciones respecto a la supremacía y suficiencia de Cristo. Todos nosotros hemos de ir más allá y elaborar cuáles sean sus implicaciones. Hay cristianos que dan la impresión de sostener una doctrina que es algo así como “Jesús más . . .”. Dicen: “Ustedes han venido a Jesús, lo cual está muy bien, pero ahora necesitan algo extra para completar su iniciación (en esta nueva creencia)”. A la vez hay otros que ponen tal énfasis en la suficiencia de Cristo que parecen tener un concepto estático (sin movimiento) de la vida cristiana. No dan lugar ni al crecimiento hacia la madurez ni a experiencias más plenas y profundas de Cristo.

En tercer lugar, debiéramos poder concordar en cuanto a la *diversidad de vida*. Dicho de otra manera, el Dios vivo de la naturaleza y de las Escrituras es un Dios de rica y colorida variedad. Ha hecho que sean distintos cada ser humano, cada hoja de hierba, cada copo de nieve. Debo confesar que mientras más tiempo vivo, más hostil me voy sintiendo hacia cualquier molde rígido. Pero hay entre nosotros quienes desearían obligar a todo el mundo a pasar por un mismo aro, y a conformarnos a un mismo molde. ¿No es de lamentar tal actitud? Mi propia creencia, que intento ampliar en las páginas posteriores de este libro, es que existe una gran variedad de experiencias espirituales y una gran variedad de dones espirituales. Si lográsemos renunciar al deseo de aprisionarnos mutuamente en camisas de fuerza, hallaríamos una nueva libertad y una nueva comunión en el Dios de abundante diversidad.

Para finalizar, desearía enfatizar que no es mi deseo polemizar

en este libro, pues soy hombre de paz y no de guerra. Si he sido negativo a veces, es sólo con el fin de aclarar la verdad positiva correspondiente. Y he planteado preguntas que a mi parecer necesitan ser preguntadas y contestadas. Pero no tengo deseo alguno de ofender o poner a alguno en aprietos. Mi interés primordial es tratar de exponer ciertos pasajes importantes de las Escrituras. Mi objetivo es que todos podamos comprender más claramente tanto la grandeza de nuestra herencia en Cristo, a fin de hacerlo nuestro más plenamente, como la grandeza de nuestra responsabilidad de manifestar todo el fruto del Espíritu en nuestras vidas y de ejercitar aquellos dones del Espíritu que en su benigna soberanía nos ha concedido.

J.R.W.S.

# Introducción

Doquiera uno mira en la iglesia de hoy se ve una evidente necesidad de una obra más profunda del Espíritu Santo.

El viejo concepto de “cristianismo” que ha imperado en Occidente por siglos ya, va feneciendo rápidamente al repudiar más y más gente la fe de sus antepasados. Al intentar una reinterpretación del evangelio para nuestra era contemporánea durante la década del sesenta, los teólogos seculares negaron abiertamente los fundamentos del cristianismo histórico. Y, habiendo perdido en gran parte la fe cristiana, el mundo occidental perdió también la ética cristiana. Ya la sociedad de nuestros tiempos se confiesa pluralista (en cuanto a creencias) y permisiva (en cuanto a lo moral). Aún sobrevive la iglesia como institución, pero la mayoría la considera una reliquia del pasado: una estructura tan fuera de moda como las “supersticiones” a las cuales se aferra. Entretanto, aquí y allá se ven señales de renovación espiritual: focos de vigor renovado en las denominaciones más viejas, en el movimiento de “iglesias caseras” y en organizaciones eclesiológicas paralelas. Pero el cuadro general sigue siendo de una influencia cristiana en constante disminución en una comunidad crecientemente secularizada. Los huesos secos y muertos de la iglesia necesitan el soplo del aliento vivo de Dios.

Es verdad que en algunas partes del mundo la iglesia crece rápidamente. Se nos habló de “una receptividad sin precedentes para con el Señor Jesucristo” en el Congreso Internacional sobre la

Evangelización Mundial celebrado en Lausanne, Suiza, en Julio de 1974. Multitudes afluyen a la iglesia, y en ciertas regiones el índice de natalidad cristiano es mayor que el de la población en general. Todo ello nos da gran motivo para regocijarnos. Pero simultáneamente, esta afluencia al evangelio se ve a veces afectada, como en los días de la iglesia primitiva, por facciones y rivalidades, por falsas enseñanzas y por un emocionalismo superficial. De manera que aquí también vemos la necesidad de una obra más profunda del Espíritu Santo, ya que él es el autor de la unidad, la verdad y la madurez.

Pero no es solamente cuando miramos a las iglesias más añejas de nuestro mundo occidental o a las iglesias más jóvenes del Tercer Mundo que sentimos la necesidad del Espíritu Santo. Más aún lo sentimos cuando nos miramos a nosotros mismos. ¿Quién de nosotros que dice pertenecer al Señor Jesús, sea cual fuere su inclinación denominacional, no se siente oprimido a veces por sus fracasos en la vida y ministerio cristianos? Estamos conscientes de que nos quedamos cortos en alcanzar “la medida de la plenitud de Cristo”, la experiencia de los primeros cristianos y las promesas claras de Dios en su Palabra. Estamos agradecidos por lo que Dios ha hecho y hace, y lejos esté de nosotros denigrar su gracia, empujándola. Pero tenemos hambre y sed de algo más. Ansiamos también un verdadero avivamiento, una visitación totalmente sobrenatural del Espíritu Santo sobre la iglesia, que produzca profundidad a la vez que crecimiento. Y entretanto, anhelamos una experiencia más plena, rica y profunda de Cristo, a través del Espíritu Santo, en nuestras propias vidas.

### **Principios básicos para nuestro enfoque**

Al comenzar nuestro estudio quisiera formular cuatro puntos introductorios.

Primero, nuestro deseo y deber común como cristianos ha de ser hacer nuestro el pleno propósito de Dios para nosotros. Nada menos que esto le agradará a Dios; y nada menos que esto debiera agradarnos a nosotros. Todos los que decimos seguir a Cristo deberíamos buscar un entendimiento más claro del propósito de Dios

para su pueblo, sentimos llevados al arrepentimiento por nuestro fracaso en alcanzarlo, y continuar “extendiéndonos a lo que está adelante” ansiosamente, anhelando asimos firme y plenamente de todo aquello para lo cual fuimos también asidos por Cristo Jesús (véase Fil. 3:12-14).

En segundo lugar, hemos de descubrir este propósito de Dios en las Escrituras. La voluntad de Dios para el pueblo está en la Palabra de Dios. Es aquí donde hemos de aprenderla, y no de la experiencia de grupos o individuos en particular, sin importar cuán ciertas y válidas sean estas experiencias. Ni debemos codiciar para nosotros lo que Dios pueda haber dado a otros ni instar a otros a experimentar lo que Dios nos pueda haber dado, a menos que esté claramente revelado en su Palabra que tal cosa es parte de la herencia prometida a todo su pueblo. Lo que buscamos para nosotros y lo que enseñamos a otros sólo debe provenir de los mandatos de la Escritura. Unicamente estaremos capacitados para evaluar nuestras experiencias, y las de otros, cuando la Palabra de Dios more en nosotros “en abundancia”. La experiencia nunca ha de ser el criterio contra el cual se mide la verdad. De igual manera la verdad debe ser siempre el criterio contra el cual se mide la experiencia.

Tercero, esta revelación del propósito de Dios en las Escrituras debe buscarse primordialmente en sus partes didácticas en vez de en sus partes descriptivas. Precisando, debiéramos buscarlo en las enseñanzas de Jesús y en los sermones y escritos de los apóstoles antes que en las porciones puramente narrativas de Hechos. No siempre está destinado a nosotros lo que describen las Escrituras respecto a las experiencias de otros, pero lo que se nos promete debemos hacerlo nuestro, y lo que se nos manda debemos obedecerlo.

Sería fácil malentender lo que estoy tratando de enfatizar. Lo que no estoy diciendo es que las porciones descriptivas de la Biblia son sin valor, pues “toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil . . .” (2 T. 3:16). Lo que sí afirmo es que lo descriptivo tiene valor sólo en cuanto sea interpretado por lo que es didáctico. Algunas de las narraciones bíblicas que describen acontecimientos se interpretan

solas porque incluyen algún comentario explicativo, mientras que otras no se pueden interpretar aisladamente sino que sólo a la luz de enseñanzas doctrinales o éticas dadas en otro pasaje.

Así vemos que Pablo nos dice que las cosas que Israel experimentó en el desierto “les acontecieron como ejemplo” y que “están escritas para amonestarnos a nosotros” (1Co.10:11; comp.Ro.15:4), refiriéndose a varios episodios en que cayó sobre ellos el juicio de Dios. Estos, pues, son los pasajes narrativos provechosos para la enseñanza. Pero su valor no estriba tanto en la descripción como en la explicación. Nos dice que debemos evitar la idolatría, inmoralidad, soberbia y murmuración porque estas son cosas penosamente ofensivas para Dios. ¿Cómo lo sabemos? Porque el juicio de Dios les alcanzó, cosa que indica Moisés claramente en el relato y que él y los profetas enseñan en otros pasajes. Pero no podemos deducir de estos relatos que si pecamos de la misma manera en estos tiempos, también moriremos de alguna plaga o mordedura de serpiente. Pasando al Nuevo Testamento, podemos aprender en forma similar de la historia de Ananías y Safira en Hechos 5 que la mentira es muy desagradable a Dios, pues lo dice Pedro. Pero no podemos de allí sacar la conclusión de que todos los mentirosos han de caer muertos como ellos.

He aquí otro ejemplo. En dos párrafos separados de Hechos, Lucas nos dice que los primeros cristianos en Jerusalén vendieron gran parte de sus posesiones, tenían lo demás en común, y distribuían bienes y dinero “según la necesidad de cada uno” (2:44,45; 4:32-37). ¿Podemos deducir de esto que establecieron una pauta que todos los cristianos deben seguir, y que al cristiano le es prohibido poseer propiedades? Algunos han sacado esta conclusión. Sin duda debiéramos seguir el ejemplo de generosidad y cuidado mutuo de aquellos primeros cristianos, pues el Nuevo Testamento nos manda repetidas veces que nos amemos y sirvamos unos a otros y que seamos generosos (hasta el punto de sacrificarnos) en nuestro dar. Pero argumentar que toda propiedad privada debe ser abolida entre cristianos, partiendo del ejemplo de aquella práctica de la iglesia primitiva en Jerusalén, es algo que no puede sostenerse en base a las Escrituras y, más aún, que está en contradicción

con lo que dice el apóstol Pedro en el mismo contexto (Hch. 5:4) y el apóstol Pablo en otros pasajes (V. 1 T. 6:17). Este ejemplo debiera alertarnos. Debemos derivar nuestras normas de creencia y conducta de las enseñanzas del Nuevo Testamento, doquiera sean dadas, antes que de las prácticas y experiencias que se describan en las partes narrativas.

En cuarto lugar, el móvil que nos impele a conocer el propósito de Dios tal cual lo enseñan las Escrituras es práctico y personal, y no puramente académico o controversial. Somos hermanos y hermanas en la familia de Dios. Nos amamos unos a otros. Nos preocupa conocer la voluntad de Dios a fin de hacerlo nuestro y encomendarlo también a otros. No nos mueve el deseo de anotarnos tantos a favor en un partido teológico.

Expresados ya estos cuatro sencillos puntos que guiarán nuestra forma de enfocar el tema, estamos listos para considerar por turno, de lo que dice la Escritura y en relación con lo que se debate en estos tiempos, qué se quiere significar por “la promesa del Espíritu” (y si tal expresión es equivalente al “bautismo” del Espíritu), la plenitud del Espíritu, el fruto del Espíritu y los dones del Espíritu.

# I.

## La promesa del Espíritu

La vida cristiana es vida en el Espíritu. Todos los cristianos estamos de acuerdo en esto, felizmente. Sería imposible ser cristiano, y mucho menos vivir y crecer como cristianos, sin el ministerio del benigno Espíritu de Dios. A él le debemos todo lo que somos y tenemos como cristianos.

Todo creyente cristiano experimenta el Espíritu Santo desde los primeros momentos de su vida cristiana. Porque la vida cristiana comienza con un nuevo nacimiento, y este nuevo nacimiento es un nacimiento “del Espíritu” (Jn. 3: 3-8). El es “Espíritu de vida”, y quien imparte vida a nuestros espíritus muertos. Más aún, él viene personalmente a morar en nosotros, y esta residencia interior del Espíritu es la posesión común de todos los hijos de Dios.

¿Es más correcto decir que Dios nos hace sus hijos y luego nos da su Espíritu, o que nos da su “Espíritu de adopción”, quien nos convierte en hijos? La respuesta es que Pablo lo expresa de ambas maneras. Por un lado, “por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo” (Gá. 4:6). Por el otro, “todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción (Ro.8:14,15). El resultado es el mismo, lo miremos por donde lo miremos. Todos los que tienen el Espíritu de Dios son hijos de Dios, y todos los que son hijos de Dios tienen el Espíritu de Dios. Es imposible, hasta inconcebible, tener el Espíritu sin ser hijo o ser hijo sin tener el Espíritu . . . una de las primeras y continuas tareas del Espíritu que mora en nosotros es asegurarnos de nuestra condición de hijos, en

especial cuando oramos. Cuando “clamamos: ¡Abba, Padre!” es “el Espíritu mismo” quien “da testimonio a nuestro espíritu, de que somos hijos de Dios” (Ro.8:15,16; comp. Gá.4:6). También ha derramado en nuestros corazones el amor de Dios (Ro.5:5). Pablo lo resume todo afirmando que “si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Ro.8:9; comp. Judas 19).

Es de considerable importancia todo este pasaje de Romanos 8 porque demuestra que a los ojos de Pablo estar “en Cristo” y “en el Espíritu”, el tener “el Espíritu...en vosotros” y “Cristo...en vosotros” es todo una misma cosa, son expresiones sinónimas. Nadie puede tener a Cristo, pues, sin tener el Espíritu. En la plática del Aposento Alto, Jesús mismo lo aclaró al no diferenciar, entre la venida a nosotros de las tres personas de la Trinidad. Dijo: “vendré”, “vendremos” (Padre e Hijo) y “el Ayudador (Consolador, Intercesor)... vendrá” (Jn. 14:18-23; 16:7,8 BLA).

Una vez que ha venido a nosotros, estableciendo su residencia en nosotros y haciendo de nuestro cuerpo su templo (1 Co.6:19,20), comienza su tarea de santificación. Dicho en forma concisa, su ministerio es tanto el de revelarnos a Cristo como el de formar a Cristo en nosotros, a fin de que crezcamos constantemente en nuestro conocimiento de Cristo y en nuestra semejanza a él (V.Ef.1:17; Gá.4:19; 2 Co.3:18). Los malos deseos de nuestra naturaleza caída son refrenados y se produce el buen fruto del Espíritu por el poder del Espíritu que reside en nosotros (Gá.5:16-25). Por otra parte, no es propiedad individual que ministra solamente al cristiano en particular. También nos une al cuerpo de Cristo, la iglesia, de tal manera que la comunión cristiana es “comunión del Espíritu”, y la adoración cristiana es adoración por o “en el Espíritu de Dios” (Fil. 2:1; 3:3 BLA). El es también quien, a través de nosotros, procura alcanzar a otros, incitándonos a testificar por Cristo y equipándonos con dones para el servicio al cual nos llama. Se nos dice de él, además, que es la “garantía de nuestra herencia” (Ef.1:13,14 BLA), porque su presencia en nosotros es a la vez prenda y goce anticipado del cielo. Y en aquel día postrero será él quien “vivificará nuestros cuerpos mortales” (Ro. 8:11).

Debería bastar este repaso rápido de sus actividades principales en las vivencias del cristiano para demostrar que dependemos de la obra del Espíritu Santo desde el comienzo hasta el fin de nuestra vida cristiana; dependemos de aquel Espíritu, escribe Pablo, que nos fue dado (Ro.5:5). Creo y espero que todos los cristianos estemos de acuerdo en esto.

Por otra parte, ¿equivale este “don” prometido del Espíritu al “bautismo” del Espíritu Santo? Aquí es donde difieren las convicciones. Hay quienes responden “Sí”, y los que “No”. Los que dicen “No” creen que el “don” y el “bautismo” son cosas diferentes, y parten de aquí para enseñar que el bautismo es una experiencia subsiguiente, segunda, aunque siga de cerca a la primera, a lo menos idealmente. Por otra parte, los que creen que ambas expresiones son idénticas (y que entienden que ser bautizado con el Espíritu es una figura vívida de haber recibido el Espíritu) consideran que todos los cristianos han experimentado este “bautismo”. Esta es mi posición, y en breve he de explayarme respecto a lo que entiendo es su fundamento bíblico.

Superficialmente, podría parecer que ésta es una discusión frívola, en cuanto a palabras. Muy por el contrario, ha de tener un efecto sustancial en nuestro entendimiento de lo que es nuestro peregrinar cristiano y en nuestro ministerio a otras personas. Debemos investigar, entonces, algunos pasajes importantes de las Escrituras que atañen a la cuestión. Pero fijemos primero el escenario de nuestra discusión.

En el estudio de la Biblia siempre tiene una gran importancia interpretar un texto en su contexto. Y mientras más amplio sea ese contexto, más precisa ha de ser nuestra interpretación. El contexto más amplio de todos es la Biblia en su totalidad. Creemos que la Biblia toda es Palabra de Dios escrita. En consecuencia, dado que Dios no se contradice, creemos que la Biblia es una armoniosa revelación divina. Jamás debemos “de tal manera explicar un pasaje de las Escrituras, que resulte incompatible con otro” (citado del artículo 20 de los 39 Artículos de Fe de la Iglesia Anglicana), sino más bien interpretar cada Escritura a la luz de la Escritura toda.

Si aplicamos este principio a nuestra investigación respecto al significado de la expresión “bautismo del Espíritu”, lo primero que llamará nuestra atención es que es una expresión exclusivamente neotestamentaria (que figura siete veces), y que también es cumplimiento de esperanzas manifestadas en el Antiguo Testamento. Por lo general, esta esperanza se expresaba en función de la promesa de Dios de “derramar” su Espíritu. El apóstol Pedro, en su sermón del día de Pentecostés, específicamente equipara el “derramamiento” del Espíritu (prometido por Joel) con el “bautismo” del Espíritu (prometido por Juan el Bautista y Jesús). Vale decir que las dos expresiones se referían a un mismo evento y a una misma experiencia (comp. Hch. 1:4,5; 2:17,33).

### La promesa de una bendición distintiva

Podemos ir más allá. Este derramamiento o bautismo del Espíritu Santo había de ser una de las bendiciones principales y distintivas de la nueva era. A tal punto es así que Pablo pudo describir la nueva era inaugurada por Jesús como “el ministerio del Espíritu” (2 Co.3:8).

Con esto no queremos decir que el Espíritu Santo no haya existido anteriormente. El Espíritu Santo es Dios y, por tanto, eterno. Ni queremos decir que no tuviera actividad antes. Era incesantemente activo en el Antiguo Testamento: en la creación y preservación del universo, en la providencia y en la revelación, en la regeneración de los creyentes, y en la capacitación de personas especiales para tareas especiales.

Sin embargo, fue predicho por algunos de los profetas que en los tiempos del Mesías Dios concedería un generoso derramamiento del Espíritu Santo que habría de ser nuevo y distintivo, y también (como veremos) puesto a disposición de todos. Isaías habló del día en que sería ‘derramado el Espíritu de lo alto’ (32:15). Y en Isaías 44:3 Dios prometió: “Yo derramaré aguas sobre el sequedal, y ríos sobre la tierra árida; mi Espíritu derramaré sobre tu generación, y mi bendición sobre tus renuevos”. Expresiones similares registra Ezequiel cuando Dios le dice: “Y sabrán que yo soy Jehová su Dios

... porque habré derramado de mi espíritu sobre la casa de Israel” (39:28,29). En un pasaje más conocido, nuevamente Dios dice: “Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne” (Joel 2:28).

Juan el Bautista, último profeta de la vieja orden, resume esta expectativa en esa expresión que nos es tan familiar y que atribuye el derramamiento del Espíritu al propio Mesías: “Yo a la verdad os he bautizado con agua; pero él os bautizará con Espíritu Santo” (Mr.1:8).

Es instructivo notar que esta profecía de Juan, registrada por los tres evangelistas sinópticos en tiempo futuro (“el os bautizará”), se presenta en el original griego del cuarto evangelio como un participio presente: “Y yo no le conocía; pero el que me envió a bautizar con agua, aquél me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ése es el que bautiza con el Espíritu Santo” (Jn.1:33). Este uso del participio presente le confiere un carácter de atemporalidad. No se refiere solamente a lo acontecido en Pentecostés, sino al ministerio especial de Jesús: “ése es el que bautiza con el Espíritu Santo”.<sup>(1)</sup> Más aún, las idénticas palabras usadas aquí con referencia a Jesús, *ho baptizōn*, las utiliza Marcos refiriéndose a Juan el Bautista. Por lo general, a Juan se lo llama *ho baptistēs*, o sea “el Bautista”, pero tres veces en el relato de Marcos (1:4; 6:14,24) se utiliza la expresión *ho baptizōn*, que puede traducirse “el bautizador”. Dicho en otras palabras, así como a Juan se le dice “el Bautista” o “el bautizador”, porque era característico de su ministerio bautizar con agua, así también a Jesús se le llama “el Bautista” o “el bautizador” porque es característica de su ministerio bautizar con Espíritu Santo.

Esta referencia al ministerio especial y continuo de Jesús se refuerza con el v.29 del mismo capítulo (Jn.1) donde dice el Bautista: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo”. Nuevamente se utiliza un participio presente, *ho airōn*. Y si ahora juntamos los versículos 29 y 33, descubrimos que la obra característica

(1) Encontramos otro ejemplo de esta declinación del griego en Gá.1:23, donde se describe a Saulo de Tarso con las palabras *ho diōkōn hēmas pote*, o sea, “aquel que una vez nos perseguía”, o más sencillamente “nuestro anterior perseguidor”, con lo cual se indicaba lo que era característico de él en los tiempos anteriores a su conversión.

de Jesús tiene dos aspectos. Implica un quitar y un dar, un quitar de los pecados y un bautizar con el Espíritu Santo. Estos son los dos grandes dones de Jesucristo nuestro Salvador. No pueden ser separados pues son reunidos tanto por los profetas del Antiguo Testamento como por los apóstoles del Nuevo. Y así vemos como a través del profeta Ezequiel Dios prometió: “Esparciré sobre vosotros agua limpia y seréis limpiados . . . Y pondré dentro de vosotros mi Espíritu, y haré que andéis en mis estatutos . . .” (36:25,27).

De hecho estas dos promesas de Dios son las dos bendiciones principales del “nuevo pacto” predicho por Jeremías. Las cláusulas del nuevo pacto incluyen estas palabras: “Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; . . . perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado”.<sup>(2)</sup>

Es un testimonio maravilloso a la unidad de las Escrituras ver como los apóstoles recogieron estas promesas relativas al nuevo pacto. Sabían que el nuevo pacto había sido establecido y ratificado por la sangre de Jesús (Mt.26:28; Heb. 7:22; 8:1-13), y por tanto hablaban con toda libertad de las bendiciones prometidas del pacto, puestas a nuestra disposición a través de ese mismo Señor Jesús. Consecuentemente, Pablo otorga el título de ministros del nuevo pacto a los ministros cristianos y prosigue de inmediato a describir este pacto con dos expresiones: “ministerio de justificación” y “ministerio del Espíritu” (2 Co.3:6-9).

De modo similar, el apóstol Pedro pudo clamar en el día de Pentecostés: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo” (Hch.2:38). De esta manera Pedro aseguró a todos los que se arrepintiesen y creyesen,<sup>(3)</sup> y diesen testimonio público de su fe penitente en Jesús al ser bautizados en su nombre, que recibirían de Dios dos dones gratuitos: el perdón de sus pecados y el don del Espíritu Santo.

(2) Jer. 31:31-34. Por supuesto la escritura de la ley en su corazón sería obra del Espíritu Santo, como aclaran Ez.36:27 y 2 Co. 3:3, 6-8.

Además, luego de leer cuidadosamente los dos primeros capítulos de los Hechos, llegamos a la conclusión de que este “don del Espíritu” es sinónimo con lo que anteriormente se ha denominado la “promesa del Espíritu” (Hch.1:4; 2:33,39), el “bautismo del Espíritu” (1:5) y el “derramamiento del Espíritu” (2:17,33). Podría decirse, sin embargo, que dos de estas menciones más bien enfatizan el dar, en tanto que las otras dos subrayan el recibir, del Espíritu. Podríamos resumirlo todo diciendo que estos creyentes arrepentidos recibieron el don del Espíritu que Dios había prometido antes del día de Pentecostés, y que así fueron bautizados con el Espíritu que Dios derramó en el día de Pentecostés. Y hemos de notar que el apóstol Pedro mantuvo su convicción respecto a la identidad de estos conceptos. Posteriormente, cuando Cornelio fue convertido y recibió el Espíritu, Pedro equiparó los términos “bautismo” y “don” del Espíritu al referirse a esa experiencia (Hch.11:16,17).

A la luz de todo este testimonio bíblico me parece ha quedado sumamente claro que el “bautismo” del Espíritu no es otra cosa que el don o la promesa del Espíritu, y que es una parte tan integral del evangelio de salvación como lo es la remisión de los pecados. Jamás debiéramos conceptualizar la salvación sólo en sus términos negativos, como si consistiese únicamente en nuestro rescate del pecado, la culpabilidad, la ira de Dios y la muerte. Gracias a Dios que sí es todo esto. Pero también incluye la bendición positiva del Espíritu Santo quien nos regenera, ocupa, libera y transforma. ¡Cuán trunco es el evangelio que predicamos si proclamamos lo uno sin lo otro! ¡Y cuán glorioso es el evangelio que tenemos para compartir cuando somos fieles a la Escritura! Cuando un pecador se arrepiente y cree, Jesucristo no sólo le quita sus pecados sino que a la vez lo bautiza con su Espíritu. Por cierto, Pablo lo expresa dramáticamente cuando escribe a Tito diciendo que cuando Dios nos salva no solo nos justifica por gracia, sino que nos da un “lavamiento” o “baño”. Si esta es una referencia al bautismo por agua, lo cual es probable, estaría indicando lo que significa el bautismo por agua. Porque Pablo lo describe con una notable expresión compuesta. Es un (literalmente) “baño de renacimiento” y renovación del (i.e.por el) Espíritu Santo quien ha sido derramado abundante-

mente sobre nosotros por Jesucristo nuestro Salvador (Tit.3:4-7 trad.lit.). Así que nuevamente vemos que el Espíritu derramado para regenerar y renovarnos es parte de nuestra salvación. En verdad el “don” o “bautismo” del Espíritu es uno de los dones especiales de la nueva era inaugurada por Cristo Jesús.

### La promesa de una bendición universal

El paso siguiente en nuestra argumentación es notar que el derramamiento o bautismo del Espíritu no es tan solamente una bendición *distintiva* de la nueva era (en cuanto no era accesible anteriormente) sino también una bendición *universal* (en cuanto ahora es de todos los hijos de Dios por derecho de nacimiento). Esto cae de maduro pues es parte de la salvación que Dios nos da por Cristo. Pero hay otras evidencias que lo confirman.

La primera es la profecía de Joel y la interpretación que le da Pedro. Lo que enfatiza la promesa de Dios a través de Joel es la universalidad del don del Espíritu. He aquí como lo cita Pedro: “Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne” (Hch.2:17). “Toda carne” no puede significar “todos”, sin importar su disposición para recibir el don, su arrepentimiento y fe, sino más bien “todos” sin importar sus privilegios o posición externos. Nos indica que no hay distinción de sexo o edad, de rango o raza, en la recepción de este regalo divino. Tanto hijos como hijas, tanto jóvenes como ancianos, tanto siervos como siervas, y aún “los que están lejos” (2:39), que quiere decir los gentiles, han de recibirlo. Más aún, incluye a *todos*, de toda edad, sexo, raza y posición, que se arrepientan y crean.

En los tiempos del Antiguo Testamento, el Espíritu Santo venía sobre personas especiales para servicios especiales en momentos especiales, a pesar de que todos los creyentes eran en verdad regenerados.<sup>(4)</sup> Aun ahora dota a personas especiales para tareas es-

(4) Las principales evidencias que respaldan esta conclusión son indirectas. En primer lugar eran ciertamente “justificados” (comp.Ro.4:1-8, que a su vez se basa en Gn.15:6 y Sal.32:1,2), y es difícil concebir que un pecador pueda ser justificado sin ser regenerado. En segundo lugar, decían amar la ley de Dios (vg.Sal.119:97). Dado que la naturaleza no regenerada es enemiga de Dios y no se sujeta a la ley de Dios (Ro.8:7), debemos concluir que poseían una nueva naturaleza. Y cantamos los Salmos en nuestros cultos pues reconocemos en ellos el lenguaje de los regenerados.

peciales, como hemos de ver. Pero ahora es mucho más amplio y profundo su ministerio que lo que jamás fue en los tiempos del Antiguo Testamento. Entonces, ¿cuál es la diferencia entre su ministerio de aquellos tiempos y el de hoy? Primeramente, ahora todos los creyentes de “toda carne” comparten la bendición del Espíritu. Segundo, aunque es cierto que los creyentes del Antiguo Testamento conocían a Dios y experimentaron un nuevo nacimiento, no es menos cierto que somos ahora morada del Espíritu como ellos jamás pudieron serlo, pues pertenece esta bendición al nuevo pacto y al reino de Dios, que tanto los profetas como el Señor Jesús prometieron (Jer.31:33; Ez.36:26,27; Jn.14:16,17; Ro.14:17). En tercer lugar, la obra especial del Espíritu Santo se refiere esencialmente a Jesucristo. Vimos anteriormente que en su ministerio de santificación revela a Cristo al creyente y forma a Cristo en los creyentes. Por simple definición, es obvio que no podría haber desarrollado esta actividad antes de la venida de Cristo (V.Jn.16:14; Gá.4:19; Ef.3:16,17).

De la conclusión de su gran sermón (Hch.2:38,39) se deduce claramente que Pedro entendió que la profecía de Joel prometía este don o bautismo del Espíritu a todos los creyentes. Allí lo aplicó a sus oyentes: “Arrepentíos, y bautícese cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de los pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque para vosotros es la promesa que hemos heredado [véase v.33], y para nuestros hijos, y para todos los que están lejos; para cuantos el Señor nuestro Dios llamare”. Esta última frase constituye una afirmación muy clara y notable. Dice que la promesa del “don” o “bautismo” del Espíritu está dirigida a cuantos el Señor nuestro Dios llamare. Vale decir que la promesa de Dios se coextiende con el llamado de Dios. Quien reciba el llamado divino hereda la promesa divina.

### El día de Pentecostés

¡Y justamente eso ocurrió! Tres mil de los que escucharon la palabra ese día se arrepintieron, creyeron y fueron bautizados con agua. Y aunque no se nos aclara específicamente que recibieron la remisión de pecados y el don del Espíritu, podemos dar por sen-

tado que ocurrió. Esta no es una conclusión precaria que se basa en el silencio. Se fundamenta en la inequívoca promesa del apóstol Pedro de que recibirían estos dones si se arrepentían, creían y eran bautizados. Luego se nos dice que fueron bautizados (v.41) habiendo recibido su palabra (es decir con fe penitente). Dado que cumplieron las condiciones, sin duda Dios cumplió su promesa. Lo cual significa que dos grupos separados de gente recibieron el “bautismo” o “don” del Espíritu el día de Pentecostés, según nos lo relata el segundo capítulo de Hechos: 120 al comienzo del capítulo y 3,000 al final.

Los 3,000 no parecen haber experimentado los mismos fenómenos milagrosos que los 120 (estruendo de viento recio, lenguas como de fuego, hablar en otros idiomas). Al menos no se mencionan estas cosas. Pero, basado en la promesa de Dios por intermedio de Pedro, sin duda alguna heredaron la misma promesa y recibieron el mismo don (vs.33, 39). Sí hubo esta diferencia entre los dos grupos: los 120 ya eran regenerados y recibieron el bautismo del Espíritu sólo cuando habían esperado en Dios por diez días. Pero los 3.000 no eran creyentes anteriormente, y recibieron el perdón de sus pecados y el don del Espíritu simultáneamente: no hubo necesidad de esperar, pues ocurrió en cuanto se arrepintieron y creyeron.

Esta diferencia entre los dos grupos, los 120 y los 3.000, es de suma importancia, pues seguramente la norma para nuestros tiempos ha de ser la del segundo grupo, el de 3.000, y no la del primero (como se supone a menudo). Que la experiencia de los 120 fuese en dos etapas distintas se debió sencillamente a la circunstancia histórica. No pudieron haber recibido el don pentecostal antes de Pentecostés. Pero ya dejaron de ser hace tiempo esas circunstancias históricas. Vivimos en la época posterior a Pentecostés, de igual manera que los 3.000. Nosotros, al igual que ellos, recibimos el perdón de pecados y el “don” o “bautismo” del Espíritu en forma conjunta.

Esto no significa que todo lo relacionado con el segundo grupo en el día de Pentecostés establece normas para la experiencia cristiana en nuestros tiempos. Pienso que estaremos todos de acuerdo

que una cosecha de 3.000 convertidos como resultado de un solo sermón es algo excepcional. ¡Ciertamente no es la expectativa, como término medio, de un evangelista en nuestros tiempos!

La verdad es que el día de Pentecostés tiene al menos dos significados distintivos. El origen de gran parte de la confusión moderna radica en que no se ha comprendido esta distinción. En primer lugar, este acontecimiento era el último de la carrera salvadora de Jesús, el derramamiento tan largamente prometido del Espíritu consecuente a su muerte, resurrección y ascensión. Y como tal completó la inauguración de la era nueva o mesiánica: la era del Espíritu. Es un hecho único, de una vez para siempre, al igual que la muerte, resurrección y ascensión del Salvador que lo precedieron. Pero sus bendiciones son para todos aquellos que pertenecen a Cristo. Desde aquel día todos los cristianos, sin excepción, se han hecho partícipes de esta nueva era, recibiendo los dones del perdón y del Espíritu que Cristo ha puesto a nuestra disposición por su muerte, resurrección, ascensión y derramamiento del Espíritu. Es en este sentido que los convertidos el día de Pentecostés, como resultado del sermón de Pedro, son típicos de todos los creyentes desde entonces.

Pero el día de Pentecostés tuvo también otro significado más especial. No solo era el cumplimiento de la expectativa general del Antiguo Testamento de que había de venir el Espíritu, sino también de las promesas especiales hechas por Jesús en el Aposento Alto a los apóstoles. Estas tenían por fin equiparlos para su particular obra apostólica como enseñadores inspirados y autorizados.

Pentecostés puede haber tenido aún otro significado. Se lo puede considerar con toda justicia como el primer avivamiento, o sea la primera vez que el Espíritu despliega de tal manera su poder que quedaron convictos de pecado, renacieron e ingresaron en la comunidad cristiana “como 3.000 almas”. Y tales avivamientos o manifestaciones poco usuales del poder del Espíritu han seguido manifestándose de tanto en tanto en la historia de la iglesia cristiana. Esto no indica que pueden ser consideradas como norma.

Lo que sí fue normativo fue aquella experiencia específicamente

prometida por Pedro en sus últimas palabras a aquellos que Dios llamase y que respondiesen con fe penitente: que habrían de recibir tanto el perdón como el Espíritu Santo. Estos dos dones fueron, y aún son, concedidos y recibidos conjuntamente. No hay período intermedio entre ellos como lo hubo (por las excepcionales razones históricas ya citadas) en el caso de los 120.

Quizás algunos de mis lectores aducirán de inmediato que los 120 no eran únicos, pues también fue en dos etapas la experiencia de ciertos creyentes samaritanos y de algunos discípulos de Juan el Bautista (Hch.8:5-17; 19:1-7). Veremos los pasajes correspondientes en un momento. Entretanto, quisiera reiterar que no se puede elaborar una doctrina del Espíritu Santo partiendo de pasajes puramente descriptivos de Hechos. Sería imposible formar una doctrina consecuente basado en esos pasajes, sencillamente porque no hay armonía entre ellos. Ni aún la descripción del día de Pentecostés nos serviría para derivar tal doctrina. Lo que he intentado en las páginas anteriores es sacar algunas conclusiones de la *interpretación* del acontecimiento que Pedro nos da en su sermón. Recordemos que es principio fundamental de la interpretación bíblica comenzar de lo general, no de lo especial. La pregunta básica que debemos de formularnos es, ¿cuál es la enseñanza general de los escritores del Nuevo Testamento referente a la recepción del Espíritu Santo? Sólo entonces estaremos en posición de considerar, a la luz de esa enseñanza general, las citadas desviaciones aparentes de esta norma, y los pasajes narrativos de Hechos.

¿Qué enseñaron los apóstoles respecto a cuándo y cómo se recibe el Espíritu Santo? La respuesta es clara y definida. Acabamos de ver lo que enseñaba Pedro. Ahora veremos que Pablo enseñó siempre lo mismo. Insistía que “recibimos el Espíritu” no de resultados de nuestras buenas obras de obediencia sino por el “oír con fe”, vale decir, por escuchar y creer el evangelio (Gá.3:2). Simplificando, recibimos “por la fe . . . la promesa del Espíritu” (Gá.3:14). Y en el contexto está bien claro que esta “fe” no es algún segundo acto de fe posterior a la conversión, sino la fe salvadora: la fe que responde al evangelio y se aferra a Cristo.

### Los creyentes samaritanos

Si hemos comprendido bien la enseñanza clara y general de Jesús y sus apóstoles en el sentido de que el don o bautismo del Espíritu Santo es una bendición universal —posesión común a todos los hijos de Dios—, estamos listos para enfrentar los dos pasajes de Hechos en que nos encontramos con personas que aparentemente creyeron sin recibir el Espíritu Santo. Al estudiarlos cuidadosamente, sin duda observaremos que hay algo fuera de lo común, irregular, en ambas situaciones.

El primer pasaje es Hechos 8:5-17. Felipe el evangelista ha predicado el evangelio en Samaria y muchos han creído y sido bautizados. No podemos albergar dudas de que eran auténticos creyentes cristianos. La sola excepción parece ser Simón el mago de quien se nos dice que “creyó” (v.13) pero cuya confesión de fe resultó luego ser espuria, según los versículos 18 al 24. El primer indicio de que hay algo inusitado en este incidente es que “cuando los apóstoles que estaban en Jerusalén oyeron que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron allá a Pedro y a Juan” (v.14). ¿Por qué? En otras ocasiones no tenemos evidencia de que la obra de evangelización tuviese que ser inspeccionada y aprobada por dos apóstoles. Al final de este mismo capítulo (v.26-40), por ejemplo, el propio Felipe predicó el evangelio a un eunuco etíope y le bautizó cuando creyó. Pero ningún apóstol tuvo que investigarlo o imponerle las manos. ¿Cuál es la explicación de este procedimiento excepcional de enviar una delegación apostólica?

La respuesta más probable es que estos convertidos eran samaritanos, a más de que ésta era la primera vez que el evangelio se predicaba fuera de Jerusalén (v. 1, 4). Ciertamente aquí radica la importancia de este relato dentro de la historia donde Lucas narra cómo se va desarrollando la misión cristiana. Nos está describiendo cómo se cumplió al mandato prepentecostal de Jesús: “Me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (1:8). Era un paso muy audaz el que tomó Felipe cuando decidió proclamar a Cristo a los samaritanos (8:5). La rivalidad entre judíos y samaritanos se remontaba siglos atrás y aún en aquellos tiempos los judíos y los samaritanos no se trata-

ban entre sí (Jn. 4:9). Pero he aquí ¡no sólo había predicado un juicio a los samaritanos sino que los samaritanos habían aceptado la palabra de ese juicio! ¡Qué no iría a pasar! Era un momento de excitación y a la vez de peligro. ¿Tendría razón Felipe al dar este paso? ¿En realidad era posible que los samaritanos hubiesen aceptado el evangelio? Y aún de mayor importancia, ¿serían aceptables estos creyentes samaritanos a los creyentes judíos? O ¿sobreviviría este antiguo cisma entre judíos y samaritanos en la propia iglesia, creando así una desastrosa división entre cristianos de uno y otro bando? ¿No podemos suponer razonablemente que Dios deliberadamente retuvo el don de su Espíritu de estos creyentes samaritanos justamente para evitar tal situación hasta tanto pudieran llegar los dos apóstoles y, por la imposición de manos, reconocer y confirmar la autenticidad de estas conversiones? Esta es la única explicación de este pasaje que: a) lo armoniza con la enseñanza general de los apóstoles, de la cual pareciera estar desviado, y b) lo coloca a la vez en su contexto histórico.

Dado que este incidente de los samaritanos es tan anormal, no entendemos cómo es que muchos cristianos pentecostales y algunos carismáticos puedan establecerlo como norma de la experiencia cristiana en estos tiempos, en el sentido de que el Espíritu Santo nos es dado luego de la conversión. Es igualmente difícil justificar el punto de vista católico que dice que el Espíritu Santo es impartido solamente por la imposición de manos apostólicas (que, según ellos, quiere decir manos de obispos que están en la sucesión apostólica). ¿Acaso no podemos deducir claramente del resto de las Escrituras que tanto el momento como el medio por el que les llegó el don a los samaritanos eran “fuera de serie”? Siendo así, ni la experiencia en dos etapas ni la imposición de manos pueden ser considerados como norma para recibir el Espíritu en nuestros tiempos.

Hay carismáticos que aceptan esta argumentación pero que nos vuelven con otra sugerencia. Aceptado que la experiencia de los samaritanos no era lo normal, nos dicen, pero ¿no podría repetirse esta anomalía alguna vez en nuestros tiempos? Lo que respon-

damos a esta pregunta quedará determinado, creo, por lo que entendamos de las causales de la anomalía samaritana. Si se pudiese demostrar que su comprensión del evangelio o respuesta al evangelio era de algún modo defectuosa, por lo que no pudieron recibir el Espíritu en su oportunidad, podríamos entonces argumentar que una situación similar en nuestros tiempos conllevaría una iniciación similarmente defectuosa. Pero no creo que esto sea demostrable. A lo menos no hay en la narración de Lucas nada que nos sugiera que Felipe no les enseñó correctamente o que los samaritanos no creyeron en la forma debida, lo que hubiera obligado a los apóstoles a suplementar la enseñanza de Felipe o a mejorar el entendimiento de los samaritanos. Por el contrario, las noticias que hicieron venir a los apóstoles a Samaria eran que “habían recibido la palabra de Dios” (v.14). No parece haber habido defecto alguno sea en lo que escucharon de la Palabra de Dios o sea en la forma en que la recibieron. Insisto que más bien parece radicar en una particular situación histórica el que recibieran el Espíritu en una segunda etapa. Y ya que esta situación histórica fue única y no ha de repetirse (siendo que el cisma judío-samaritano fue absorbido hace mucho por la misión universal del cristianismo), no puedo ver de qué manera puede sentar precedente para nuestros tiempos esta anomalía samaritana.

### Los discípulos efesios

Se nos describe un segundo incidente fuera de lo común en Hechos 19:1-7. Pablo había comenzado ya su tercer viaje misionero y arribado a Efeso. Allí se encontró con unos doce hombres que, a juzgar por la descripción que de ellos hace Lucas, no parecen haber sido cristianos. Es cierto que los llama discípulos (v.1), pero esto puede significar discípulos *profesantes*, de la misma manera que se dice que Simón el mago “creyó” (8:13) aunque el contexto nos indica que solo *profesaba* creer. Al comentar otro pasaje de las Escrituras, Charles Hodge (estudioso de las Escrituras, de Princeton en el siglo pasado) escribe: “Las Escrituras siempre hablan de los hombres según su profesión, y llama ‘creyentes’ a los

que profesan fe y ‘cristianos’ a los que confiesan a Cristo”.<sup>(5)</sup> Volviendo a estos hombres, Pablo les pregunta si recibieron el Espíritu Santo cuando creyeron (v.2). Esto nos indica al menos que sabía que profesaban ser creyentes. Pero también nos sugiere que por alguna razón dudaba de la realidad de su fe o jamás hubiera hecho semejante pregunta. Como ya hemos visto, siempre enseñaba que el Espíritu es dado a los creyentes; ¿cómo pues podía plantearles semejante pregunta a menos que sospechase de su vida cristiana y por tanto de su profesión de fe?

Sus sospechas fueron confirmadas por los hechos. Notemos estos puntos: a) Ante la pregunta de si habían recibido el Espíritu Santo, no responden con un directo “Sí” o “No”, ni aun con un “no lo sabemos” de perplejidad, sino con “Ni siquiera hemos oído si hay Espíritu Santo” (v.2). b) Entonces Pablo les pregunta respecto a su bautismo (v.3) porque el bautismo por agua es en el nombre de la Trinidad (Mt.28:19) y, como hemos de ver, dramatiza el bautismo con Espíritu Santo. ¿Cómo pues podrían haber recibido el bautismo cristiano si nunca habían sabido del Espíritu Santo? Tenía razón: no habían sido bautizados. c) Habían recibido el bautismo de Juan, con toda probabilidad por medio de Apolos quien había estado poco tiempo antes en Efeso predicando un mensaje incompleto (18:24-26). En vista de todo esto, ¿qué hace Pablo? ¿Les enseñó algo más, algo más pleno? No. Se volvió al principio, a la mera esencia del evangelio. Les explicó que “aquel que vendría”, a quien Juan el Bautista les había dicho que creyeran, era en verdad “Jesús el Cristo” (v.4). d) Luego Pablo los bautiza “en el nombre del Señor Jesús” (v.5) y les impone las manos. Entonces “vino sobre ellos el Espíritu Santo” junto con señales (lenguas y profecías) como evidencia visible y audible.

Hay enseñadores que usan este relato para sostener su opinión de que el don o bautismo del Espíritu es una experiencia subsiguiente, segunda, a la conversión, en la experiencia cristiana normal. Pero no debe usarse este relato a tal fin. No niego, por supuesto, que estos hombres recibieron el Espíritu cuando Pablo les

(5)C. Hodge, *A Commentary on the Epistle to the Ephesians*, 1856 (Banner of Truth, London, 1964), p. 124.

bautizó e impuso sus manos sobre ellos. En realidad la pregunta debe ser: ¿eran cristianos con anterioridad a esta experiencia? Por cierto que no. Si de alguien eran discípulos, lo eran de Apolos y de Juan el Bautista. No eran cristianos claramente convertidos. En consecuencia no pueden ser considerados como tipos de los cristianos de hoy.

Otros expositores nos llaman la atención a la secuencia de los acontecimientos: creen en Jesús, son bautizados en el nombre de Jesús, Pablo les impone las manos, viene sobre ellos el Espíritu Santo. Enfatizan que el Espíritu vino sobre estos Efesios no sólo después que creyeron sino también después de que Pablo les bautizó e impuso las manos. Es verdad, pero personalmente no creo que el orden de los factores tenga mayor importancia. Es más importante, a mi forma de ver, que las cuatro cosas ocurrieron juntas y que no pueden ser separadas. Eran partes distintas de una sola iniciación en Cristo, que se llevó a cabo en lo exterior por el bautismo y la imposición de manos y, en lo interior, por fe y el don del Espíritu.

### El lenguaje del bautismo

Lo que ha surgido de nuestro estudio hasta el momento, y que no es invalidado por los casos excepcionales que hemos visto en Hechos 8 y 19, es que el don del Espíritu es una experiencia cristiana *universal* porque es la experiencia cristiana *inicial*. Todos los cristianos reciben el Espíritu en el mismo comienzo de su vida cristiana.

El Nuevo Testamento confirma esta verdad al usar la expresión “bautismo del Espíritu” como un equivalente de “don del Espíritu”. En realidad se trata más bien del verbo (pues la expresión es siempre verbal) “bautizar” o “ser bautizado” con el Espíritu Santo. El mismo concepto de bautismo es el de ser iniciado en algo. El bautismo por agua es el rito público de iniciación en Cristo. Manifiesta visiblemente el lavamiento de pecado (Hch.22:16) y el otorgamiento del Espíritu Santo. Véase Hechos 2:38 donde ambos aspectos son vinculados al bautismo. Es el símbolo del cual el bautismo con Espíritu es la realidad. Quizás esto explique la inme-

diata reacción de Pablo cuando, al ver que Cornelio era bautizado con el Espíritu, exclama: ¿Puede acaso alguno impedir el agua, para que no sean bautizados estos que han recibido el Espíritu Santo también como nosotros?” (Hch. 10:47;11:16). ¿Cómo se les podría negar el símbolo, si ya habían recibido la realidad? Y también nos explicaría la segunda pregunta que Pablo formuló a los “discípulos” efesios. Cuando ellos dijeron que no habían sabido del Espíritu Santo, de inmediato les pregunta: “¿En qué, pues, fuisteis bautizados?” Ambos apóstoles asociaban los dos bautismos.

Por otra parte, sin duda el bautismo con el Espíritu de Cornelio constituyó su iniciación en Cristo, su conversión. El ángel de Dios le había dicho que enviase por Simón Pedro, quien le declararía un mensaje por el cual él y toda su casa serían salvos (11:14). Pedro entonces le predica el evangelio, y termina sus palabras con la promesa del perdón por el nombre de Jesús (10:43). Luego que Cornelio y su casa hubieron creído (15:7) y fueron bautizados con el Espíritu y con agua, se dice de ellos que “habían recibido la palabra de Dios” (11:1) y (en dos frases de hondo significado) que Dios les dio “arrepentimiento para vida” (11:18) “purificando por la fe sus corazones” (15:9).

Este reconocimiento de la naturaleza *iniciativa* del don del Espíritu (señalado por el término “bautismo” e ilustrado por la conversión de Cornelio) está plenamente de acuerdo con la enseñanza general de los apóstoles que ya hemos considerado. Estar “en el Espíritu” (que es lo mismo que estar “en Cristo”, en lenguaje paulino), “tener” el Espíritu, “vivir por el Espíritu” y ser “guiado por el Espíritu” son todas expresiones aplicables a todo creyente cristiano, no importa cuan joven sea en su fe, incluso desde el mismo momento de su nuevo nacimiento (Ro.8:9; Gá.5:25; Ro.8:14). Los autores del Nuevo Testamento dan por hecho que Dios ha “dado” su Espíritu Santo a sus lectores (V.Ro.5:5; 1 Ts.4:8; 1 Jn.3:24; 4:13). *No hay una sola ocasión* en que alguno de ellos nos exhorte a recibirlo.

### 1 Corintios 12:13

Una comparación de los siete versículos en que aparece la expresión “bautismo del Espíritu” en alguna de sus formas nos confirma que es una experiencia de iniciación (en la vida cristiana). Esto es particularmente cierto de la única cita fuera de los Evangelios y Hechos.

Las cuatro primeras veces que se registra la expresión corresponden a la profecía descriptiva que hace Juan el Bautista al referirse al ministerio del Señor Jesús: “El os bautizará en [o con] Espíritu Santo” (Mt.3:11; Mr.1:8; Lc.3:16; Jn.1:33). La quinta es la cita que hace el propio Señor de esa profecía aplicándola a Pentecostés: “seréis bautizados con el Espíritu Santo dentro de no muchos días” (Hch.1:5). La sexta es cuando el apóstol Pedro cita la cita que hace el Señor de la profecía de Juan y la aplica a la conversión de Cornelio (que acabamos de considerar). Dice a los apóstoles y otros reunidos en Jerusalén: “Entonces me acordé de lo que dijo el Señor: ‘Juan ciertamente bautizó con agua, mas vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo’” (Hch.11:16).

La única otra vez que aparece esta expresión la encontramos en 1 Corintios 12:13. Allí escribe Pablo: “Porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo, sean judíos o griegos, sean esclavos o libres; y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Obviamente no se está refiriendo al día de Pentecostés, pues ni Pablo ni los corintios estuvieron presentes para compartir esa ocasión. Sin embargo tanto él como ellos habían llegado a compartir la bendición que esa ocasión hizo posible. Habían recibido el Espíritu Santo, o más bien, usando la terminología paulina, habían sido “bautizados” con el Espíritu Santo y se les había dado “a beber” del Espíritu Santo.

Lo notable de este versículo es la repetición enfática de la palabra “todos” (“*todos* bautizados”, “a *todos* se nos dio a beber”) y de la palabra “un” (“por *un* solo Espíritu”, “en *un* cuerpo”, “de *un* mismo Espíritu”), que es contrapuesta con toda intención. Todo esto concuerda con el contexto. Lo que hace el apóstol en 1 Corintios 12 es enfatizar en la primera parte del capítulo la *unidad* del Espíritu, dador de dones espirituales, para desarrollar luego la

*diversidad* de dichos dones. Está subrayando nuestra común experiencia como creyentes cristianos en el Espíritu Santo. Aquí yace la diferencia entre “el don del Espíritu” (vale decir el propio Espíritu Santo) y “los dones del Espíritu” (o sea los dones espirituales que él distribuye).

En la primera mitad del capítulo, escribe tres veces de “un (o único) Espíritu” (vs.9b, 13a,13b), tres veces de “un mismo Espíritu” (vs.4,8b,9a BLA) y una vez de “uno y el mismo Espíritu” (v.11 BLA). Tal es su énfasis. La parte culminante nos llega en el versículo 13: “porque por un solo Espíritu fuimos todos bautizados en un cuerpo . . . y a todos se nos dio a beber de un mismo Espíritu”. Lejos de ser el bautismo del Espíritu un factor que divide (unos lo tienen, otros no), en este versículo es el gran factor de unión: es la experiencia que todos hemos tenido. Más aún, es el medio de ingreso al cuerpo de Cristo. Incluso la mención paulina de judíos o griegos, esclavos o libres, bien pudiera constituir una referencia al “toda carne” de Joel donde no valen raza ni posición. La unidad del cuerpo es creada por la unidad del Espíritu. Esto es justamente lo que da a entender Pablo en Efesios 4:4, “un cuerpo, y un Espíritu”. Dicho lo cual vemos lo difícil que es resistir la conclusión de que el bautismo del Espíritu es una experiencia inicial gustada por todos los cristianos en vez de ser una experiencia subsecuente, de segunda instancia, gozada sólo por algunos.

Hay quienes no aceptan esta conclusión sino que trazan una sutil distinción exegética. Argumentan que, aunque los otros seis versículos se refieren a un bautismo de Jesucristo en o con el Espíritu Santo, este séptimo versículo (1 Co.12:13) tiene que ver con ser bautizados por el Espíritu Santo para incorporarnos al cuerpo de Cristo. Dicen lo siguiente: “Es verdad que el Espíritu Santo nos ha bautizado en el cuerpo de Cristo, pero esto no comprueba que Cristo nos haya bautizado a todos con el Espíritu Santo”. A mí me parece que estamos frente a un alegato no sustanciado. La expresión griega es idéntica en los siete pasajes.<sup>(6)</sup> *A priori*, pues, debemos concluir que todos se refieren a la misma ex-

(6) La única diferencia consiste en que los seis primeros casos caracterizan al Espíritu de “santo” en tanto que el séptimo dice “un”.

periencia de bautismo, basados en los principios normales de interpretación. Probar lo contrario es tarea de los que niegan tal interpretación. La interpretación natural sería que Pablo se hace eco de las palabras de Juan el Bautista como ya lo habían hecho Jesús y luego Pedro (Hch.1:5; 11:16). Hacer de Jesús el bautizador en seis de los casos para cambiar al Espíritu Santo en el último, es forzar la interpretación. Yo estoy en desacuerdo hasta con la traducción “por un solo Espíritu . . .” (1 Co.12:13) pues la preposición griega en este versículo es en al igual que en los otros seis pasajes donde se traduce “en” o “con”. ¿Por qué ha de traducirse en forma distinta aquí? Si se debe a que las palabras griegas en *heni pneumatí* aparecen al comienzo del versículo, ¿no será porque Pablo quiere enfatizar la unidad del Espíritu que compartimos y no que el Espíritu sea el bautizador?

Quisiera ampliar este punto de la siguiente manera. Notemos que en todo tipo de bautismo (por agua, sangre, fuego, Espíritu, etc.) hay cuatro partes constituyentes. En primer lugar tenemos al sujeto y al objeto de la acción, vale decir, el bautizador y el bautizado. Tercero, tenemos el elemento con que o en el cual (griego “en”) se ejecuta la acción, y cuarto, el propósito para el cual (griego *eis*) sucede. Como ejemplo, tenemos el cruce del Mar Rojo, que Pablo describe como un bautismo (1 Co.10:1,2). Es de presumir que Dios mismo es el bautizador. No hay duda que los israelitas fueron los bautizados. El elemento con el cual se ejecutó el bautismo fue el agua o espuma de la nube y el mar, en tanto que su propósito lo aclara la expresión “en Moisés fueron bautizados” que indica que entraron en una relación especial con él como su líder designado por Dios.

En el bautismo de Juan, el sujeto era él mismo, en tanto que los “objetos” de su acción eran las gentes de “Jerusalén, y toda Judea, y toda la provincia del alrededor del Jordán” (Mt.3:5). El bautismo se llevó a cabo “en” las aguas del Jordán y era para (‘eis’) arrepentimiento (Mt.3:11) y por tanto remisión de pecados (Mc.1:4; Le.3:3).

Es semejante también el bautismo cristiano. El ministro bautiza al creyente profesante con o en agua. Y se efectúa en o a (‘eis’) nombre de la Trinidad (Mt.28:19), o para ser más exactos, en el

nombre del Señor Jesús (Hch.8:16; 19:5), es decir ingresando en el Cristo crucificado y resucitado (Ro.6:3,4).

Estos ejemplos nos confirman que en todo tipo de bautismo hay no solo sujeto y objeto, sino también un “en” y un “eis”, es decir un elemento con o en el cual, y un propósito para el cual, se administra el bautismo. El bautismo del Espíritu no constituye una excepción. Si juntamos las siete referencias escriturales a este bautismo, aprendemos que Jesús es el bautizador, como lo predijo con toda claridad Juan el Bautista. Según 1 Corintios 12:13 los bautizados somos “todos” nosotros. El mismo Espíritu Santo es el elemento con que o en que<sup>(7)</sup> (“en”) se lleva a cabo el bautismo (si es que podemos describir así a la Tercera Persona de la Trinidad; parece justificarlo la analogía entre bautismo con agua y bautismo con el Espíritu). Y el propósito de este bautismo es la incorporación “en un cuerpo”, es decir el cuerpo de Cristo, la iglesia.

Es muy cierto que el único de estos cuatro aspectos del bautismo que explícitamente tienen en común los siete versículos mencionados es que este bautismo es con o en el Espíritu. Todos así mencionan específicamente el “elemento”, aunque no todos aclaran ni el sujeto ni el objeto o propósito del bautismo. Esto no nos sorprende ya que ocurre lo mismo en las referencias neotestamentarias al bautismo con agua. Se argumenta a veces que el Espíritu Santo debe ser el bautizador de 1 Co.12:13 pues de otra forma en ese versículo el bautismo no tendría sujeto. Pero tampoco se menciona al bautizador en Hechos 1:5 y 11:16. Si no hallamos dificultad en aceptar a Jesucristo como el que bautiza en esos casos, ¿por qué hemos de encontrarla en 1 Corintios 12:13? Es fácil encontrar la razón por la cual no se menciona específicamente a Cristo en esos tres versículos. Es que en tanto que en los cuatro evangelios el verbo está en forma activa y Cristo es el sujeto (“él os bautizará”, “éste es el que bautiza”), aquí en estos tres el

(7) Los cristianos pentecostales y carismáticos generalmente hablan de “bautismo en el Espíritu” en vez de “bautismo con el Espíritu”. La preposición griega *en* puede traducirse de ambas maneras. La traducción que escojamos probablemente dependa de si uno considera que el bautismo por agua debe administrarse por inmersión o aspersión. Los que practican inmersión hablan de bautismo en el Espíritu porque piensan que el Espíritu es el elemento en el cual uno es sumergido. Pero ya que se nos dice que el Espíritu es “derramado” sobre la persona cuando es “bautizada”, me parece preferible decir “bautismo con el Espíritu”.

verbo es pasivo y el sujeto de la oración los bautizados (“seréis bautizados”, “fuimos todos bautizados”). Los verbos activos contrastan a Juan y Jesús como los dos bautizadores. Pero con los pasivos se desvanece la identidad del bautizador y más bien se apunta hacia los favorecidos que reciben el bautismo o el único Espíritu con el cual son bautizados. Insisto, pues, en base a lo anterior que en 1 Corintios 12:13 es Cristo Jesús el bautizador, aunque no se lo nombre específicamente.

Nuestra argumentación descansa parcialmente en aquellos otros seis versículos en que aparece esta misma expresión, y en parte en la imposibilidad de otra alternativa. Si fuera diferente a los otros versículos 1 Corintios 12:13 y en realidad fuera el mismo Espíritu Santo el bautizador, ¿cuál sería el “elemento” con que bautiza? Basta para derribar esta interpretación la falta de una respuesta a nuestra pregunta, ya que la metáfora del bautismo no admite prescindir del “elemento”. Sin éste el bautismo no es bautismo. Deducimos pues que el elemento en el bautismo de 1 Corintios 12:13 tiene que ser el Espíritu Santo y (para que armonice con los otros versículos) ponemos a Jesucristo como el bautizador. En forma semejante, al final del versículo es el Espíritu Santo de quien bebemos y (en armonía con Jn.7:37 y sig.) ha de ser Cristo quien nos hace beber de él.

Habiendo hecho lo posible por demostrar que 1 Corintios 12:13 se refiere a Cristo bautizando con el Espíritu y haciéndonos beber del Espíritu, debemos notar que “todos” hemos participado en este bautismo y en este beber. Las dos expresiones, ser bautizado y beber, son equivalentes entre sí. Todos los cristianos las han experimentado ambas. Además, el tiempo *aorista* de ambos verbos (en el griego), (“fuimos . . . bautizados”, “se nos dio a beber”) debe tomarse como una alusión, no sólo al acontecimiento pentecostal, sino a la bendición recibida personalmente por todos los cristianos en el momento de su conversión.

### Conclusión

La evidencia que he tratado de recoger del Nuevo Testamento en general, y en particular del sermón de Pedro en Hechos 2 y la ense-

ñanza de Pablo en 1 Corintios 12:13, nos dice que el “bautismo del Espíritu” y el “don del Espíritu” son una misma cosa, que es una de las bendiciones *distintivas* del nuevo pacto, y que porque es una bendición *inicial*, es también *universal*, o sea para todos los miembros del pacto. Es parte integral de pertenecer a la nueva era. El Señor Jesús, mediador del nuevo pacto y el que confiere sus bendiciones, da tanto el perdón de pecados como el don del Espíritu a todos los que ingresan en su pacto. Por tanto, el bautismo con agua es señal y sello del bautismo del Espíritu tanto como lo es del perdón de los pecados. El bautismo con agua es el rito cristiano de iniciación porque el bautismo con Espíritu es la experiencia de iniciación cristiana. Luego, no importa cuales sean las experiencias posteriores a la conversión (ya vamos a hablar de estas) no es correcto aplicarles la denominación “bautismo con el Espíritu”.

Dios tiene el propósito de que todo su pueblo reciba, por un lado, las bendiciones pactadas del perdón de pecados y el don del Espíritu, y por el otro, el bautismo con agua como señal y sello de estas bendiciones. De allí en más han de continuar siendo llenados con el Espíritu, manifestando esta plenitud en santidad de vida y audacia de testimonio. En la epístola a los Hebreos se dice que todos los cristianos han sido “hechos partícipes del Espíritu Santo” y que han gustado de “los poderes del siglo venidero” (6:4,5). Según el Nuevo Testamento toda la vida cristiana es vida en el Espíritu que continúa luego del nacimiento del Espíritu.

Además, el énfasis abrumador del Nuevo Testamento tiende a recordarnos lo que somos por gracia, a hacernos volver a esa gracia y a importunarnos a que vivamos por ella, en vez de apremiarnos a que busquemos una bendición nueva y distinta. Este es un punto importante no comprendido con suficiente claridad muchas veces. El horizonte de algunos cristianos parece estar limitado por esa experiencia segunda y subsiguiente que llaman “bautismo en el Espíritu”. Cuando uno conversa con ellos, si piensan que uno ha tenido esa experiencia se convierte en el vínculo principal que les une con uno. Por otra parte, si piensan que uno no la ha experimentado, sólo miran al futuro y esa experiencia se convierte en el anhelo principal que tienen para uno. De manera

que, miren al pasado o miren al futuro, es el bautismo del Espíritu como segunda experiencia lo que llena su horizonte. Pero, sin temor a una posible contradicción, debo decir que jamás es ésta la perspectiva de quienes escribieron el Nuevo Testamento. Cuando miran el pasado, es sólo para recordar aquel gran acto que Dios llevó a cabo cuando nos colocó en Cristo, justificó, redimió, regeneró y recreó. A esto sí vuelven constantemente. Y cuando miran el futuro, es hacia el crecimiento a la madurez de sus lectores, y más allá aún, a la perfección que espera la gloriosa aparición de nuestro Salvador.

Por ejemplo, cuando el apóstol Juan se dirige en su primera carta a la necesidad y posibilidad de santidad, ¿a qué lo relaciona? No a un bautismo especial del Espíritu que sus lectores puedan haber tenido o deberían tener, sino a su nacimiento de Dios original y a su deber de morar en Cristo. Por eso es que nos dice: “Todo aquel que es nacido de Dios, no practica el pecado . . . y no puede pecar, porque es nacido de Dios”. Y luego: “Sabemos que todo aquel que ha nacido de Dios, no practica el pecado” (1 Jn.3:9; 5:18).

Y ¿hacia qué miran los apóstoles? A menudo con gran detalle, nos incitan a una conducta correcta, ética. Nos exhortan a expresar en las realidades concretas de la vida lo que Dios ya ha hecho por nosotros en Cristo. Nos mandan que crezcamos en fe, amor, conocimiento, santidad. Nos advierten del juicio venidero y nos desafían con la esperanza de la venida del Señor. Y entretanto, nos suplican que no contristemos al Espíritu, sino más bien que caminemos en el Espíritu y continuemos siendo llenados con el Espíritu (como hemos de ver en el próximo capítulo). Pero jamás, ni una sola vez, nos exhortan o instruyen que seamos “bautizados con el Espíritu”. La única explicación posible a este hecho tan singular es que están escribiendo a cristianos y que esos cristianos ya han sido bautizados con el Espíritu.

Esto no es argumentar por palabras sino por doctrina. Hay una verdad fundamental que está implicada aquí, y es que al unimos con Cristo, Dios nos ha dado todo en él. Por la gracia inefable de Dios, él ya “nos ha bendecido con toda bendición espiritual . . . en Cristo” (Ef.1:3 BLA). Nuestra responsabilidad es apropiarse constante

y progresivamente estas bendiciones que ya son nuestras en Cristo.

Paralelamente, ya que en Cristo “habita corporalmente toda la plenitud de la Deidad”, si estamos en Cristo estamos completos en El” (Col.2:9,10). Si Dios nos ha dado al Señor Jesucristo en toda su plenitud, y si Cristo ya mora en nosotros por medio de su Espíritu, ¿qué otra cosa podría agregar Dios? La sola sugerencia de que hay un don adicional no desmerece la plenitud y satisfactoriedad de Jesús? Crecimiento en Cristo, ¡sí! Agregados a Cristo, ¡jamás! Hemos nacido de Dios, somos sus hijos y herederos, hemos muerto y resucitado con Cristo, nuestros cuerpos son templo del Espíritu Santo (1 Co.6:19), y este Espíritu que mora en nosotros es la garantía, la primera cosecha, de nuestra herencia eterna en los cielos. Por eso los escritores del Nuevo Testamento constantemente nos recuerdan nuestros privilegios cristianos a fin de exhortarnos a que llevemos una vida digna y que corresponda a tales privilegios. Es por lo que ya somos en Cristo (hijos de Dios) y por lo que hemos de ser cuando él venga (como El) que se nos incita a que seamos lo que debiéramos ser (puros como El es puro). Véase 1 Juan 3:1-3.

## II. La plenitud del Espíritu

En el primer capítulo he concentrado la atención en el significado de las expresiones “don” o “bautismo” del Espíritu. He querido resumir las concluyentes evidencias bíblicas en el sentido de que las dos son una misma cosa y describen un don *inicial* (recibido al comienzo de la vida cristiana) no subsiguiente (que se recibe posteriormente), y por tanto, una bendición *universal* (dada a todos los cristianos) no esotérica (recibida solo por algunos).

Les parecerá a algunos lectores que este es un enfoque demasiado negativo, a la vez que estéril, pues pareciera referirse sólo al pasado y no extender perspectivas estimulantes para continuar viviendo la vida cristiana. Pero no es así. Al girar nuestra atención del don inicial, inamovible, que Dios ha dado a todos sus hijos hacia aquella condición que Dios quiere que sea un estado continuo pero que puede fluctuar, estamos desviando la mirada del “bautismo del Espíritu” hacia la “plenitud del Espíritu”. Cuando hablamos del “bautismo del Espíritu” nos estamos refiriendo a un don dado una vez por todas. Cuando hablamos de la “plenitud del Espíritu” estamos reconociendo que este don necesita ser apropiado en forma continua y creciente.

### La diferencia entre “bautismo” y “plenitud”

Quisiera ampliar lo que he tratado de demostrar anteriormente. Lo que pasó el día de Pentecostés fue que Jesús “derramó” el Espíritu desde el cielo y así bautizó con el Espíritu primero a los 120 y luego a los 3,000. El resultado de este bautismo del Espíritu fue

que “fueron todos llenos del Espíritu Santo” (Hch.2:4). Por tanto la plenitud del Espíritu fue consecuencia del bautismo del Espíritu. Jesús hizo el bautismo (derramando el Espíritu desde el cielo); ellos recibieron la plenitud. Aquel bautismo fue una experiencia única de iniciación. El propósito de la plenitud es ser la norma, el resultado permanente y continuo. Siendo acontecimiento de iniciación, el bautismo no se puede repetir, ni se puede perder; pero la plenitud puede repetirse y, en todo caso, necesita mantenimiento. Si no se mantiene, se pierde. Y si se pierde, puede ser recobrada. El Espíritu Santo es contristado por el pecado (Ef.4:30) y ya no llena al pecador. El arrepentimiento es en ese caso el único camino hacia la recuperación. Aún en casos donde no se pueda ni sugerir que se ha perdido la plenitud por pecado en la vida, leemos de personas que son llenadas nuevamente por el Espíritu para potenciarlas para enfrentar nuevas crisis o algún desafío espiritual especial.

Una comparación de los diversos textos del Nuevo Testamento que nos hablan de personas que fueron “llenas del” Espíritu Santo nos sugiere que pueden dividirse en tres categorías principales. En primer lugar, se nos da a entender que ser “lleno” era característica normal de todo cristiano consagrado. Vemos así que los siete que fueron apartados para cuidar de la alimentación de las viudas de Jerusalén debían ser “llenos del Espíritu” a la vez que de buena reputación y llenos de fe y sabiduría (Hch.6:3,5). Supongo que su sabiduría y fe podrían ser considerados como dones espirituales especiales. Pero seguramente no era inusitado que un cristiano tuviera buena reputación. Ni, según creo, lo era que estuviese lleno del Espíritu. En forma semejante se nos dice de Bernabé que “era varón bueno, y lleno del Espíritu Santo y de fe” (Hch.11:24), y de los discípulos recién convertidos de Antioquía de Pisidia que “estaban llenos de gozo y del Espíritu Santo” (Hch.13:52). Según parece, estos versículos hacen resaltar una normalidad cristiana, o al menos lo que Dios quería que fuese la normalidad cristiana.

En segundo lugar, la expresión indica el ser dotado para un oficio o ministerio particular. Así es que Juan el Bautista sería “lleno del Espíritu Santo, aun desde el vientre de su madre” como preparación

para su ministerio profético (Lc.1:15-17). De igual modo, las palabras de Ananías a Saulo de Tarso de que había de ser “lleno del Espíritu” parecen hacer alusión a su designación como apóstol (Hch.9:17; comp. 22:12-15 y 26:16-23).

En tercer lugar, hay ocasiones cuando se da la plenitud del Espíritu a fin de equipar a una persona, no para un ministerio vitalicio (como apóstol o profeta), sino para una tarea inmediata, especialmente en una emergencia. Zacarías prorrumpió en profecía luego que fue lleno (aunque su oficio era el de sacerdote, no profeta. Véase también el caso de su esposa Elisabet, Lc.1:5-8, 41,67). De igual manera fueron llenados Pedro antes de dirigirse al Sanedrín, el grupo cristiano en Jerusalén antes de que continuaran su ministerio de la palabra a pesar del advenimiento de la persecución, Esteban antes de sufrir el martirio y Pablo antes de reprender a Elimas el mago. De todos estos leemos que fueron “llenos del Espíritu Santo”, presumiblemente para potenciarlos para la tarea responsable con la cual se enfrentaban en esos momentos (Hch.4:8,31; 7:55; 13:9).

Por último tenemos la tan interesante referencia cuádruple al Espíritu Santo que hace Lucas en el capítulo 4 de su evangelio, relacionado con el comienzo del ministerio público de nuestro Señor. Según el relato, su experiencia de la plenitud del Espíritu parece entrar en las tres categorías. Se nos dice que “volvió del Jordán lleno del Espíritu Santo”, y naturalmente suponemos que éste era su estado espiritual invariable. Pero a la vez sabemos que esta declaración sigue de inmediato a su bautismo en el cual descendió sobre él el Espíritu Santo (3:22) para “ungirlo” y equiparlo para su ministerio como el Mesías (4:14, 18). Y tercero, dado que el relato de la tentación es introducido y concluido con referencias al Espíritu Santo (4:1: “Fue llevado por el Espíritu”; y 4:14: “Volvió en el poder del Espíritu”) nos parece que el Señor fue fortalecido especialmente por el Espíritu para aquella emergencia.

Además de estas descripciones tan variadas de personas que fueron llenadas con el Espíritu, fuera experiencia constante o para un propósito definido, tenemos en Efesios 5:18 el mandato tan conocido dirigido a todos los cristianos de ser llenos (o sea, que con-

tinúen siendo llenados, imperativo presente continuo) con el Espíritu. Estudiaremos este texto con mayor profundidad después.

Respecto del bautismo del Espíritu no hay afirmaciones o mandatos similares en el Nuevo Testamento. Ya he sugerido que la razón de esto es que tiene carácter de iniciación. Ninguna carta o sermón apostólicos incluye una apelación a ser bautizados con el Espíritu. Incluso las siete referencias neotestamentarias al bautismo con el Espíritu están en el modo indicativo, sea aoristo, presente o futuro; ninguna es una exhortación en el imperativo. Por otra parte, que existan estas referencias a la plenitud del Espíritu, sea describiendo como son llenados nuevamente ciertos cristianos o mandando a todos los cristianos a que continúen siendo llenados, demuestra que sí es posible, y que es demasiado común, lamentablemente, que cristianos que han sido bautizados con el Espíritu dejen de ser llenos con el Espíritu.

Los cristianos corintios son advertencia solemne para nosotros al respecto. La primera carta de Pablo establece claramente que todos ellos habían sido bautizados con el Espíritu Santo (12:13). Habían sido enriquecidos con todo don espiritual (1:4-7). A pesar de ello el apóstol les reprende como a gente *no espiritual*, es decir, gente que no está llena del Espíritu. Aclara bien que la plenitud del Espíritu no se evidencia por el ejercicio de sus dones (de los cuales tenían muchos), sino en la maduración de su fruto (del cual tenían poco). Veremos en el próximo capítulo qué significa eso de “fruto del Espíritu”. Les escribe a los corintios que no puede hablarles como cristianos *pneumatikoi* (‘espirituales’), sino solo como *sarkinoi* o *sarkikoi*, o sea carnales, aún infantes en Cristo. Su carnalidad o inmadurez era tanto intelectual como moral. Se manifestaba por un lado en una mentalidad infantil y por el otro en sus contiendas y envidias. (1 Co.3:1-4). Habían sido bautizados con el Espíritu y dotados ricamente por él, pero no estaban llenos del Espíritu, al menos en ocasión de la visita de Pablo, y de su carta a ellos. Observaremos que la distinción trazada por el apóstol no es entre los que han recibido y los que no han recibido el Espíritu sino entre cristianos “espirituales” y cristianos “carnales”, es decir entre los que estaban llenos del Espíritu y los que estaban dominados por la

carne. ¿No es verdad que la condición de los cristianos corintios es la condición de muchos de nosotros hoy en día? No hemos de negar que, de acuerdo con las Escrituras, hemos sido bautizados con el Espíritu porque nos hemos arrepentido y creído, y nuestro bautismo con agua ha tipificado y sellado nuestro bautismo con Espíritu. Pero, ¿estamos llenos con el Espíritu? He aquí la pregunta.

Muchas personas serían incapaces de responder a esta pregunta. Ni saben si están llenos del Espíritu ni cómo saberlo. Y cuando les dicen que “hablar en lenguas” es la señal indispensable de ello, llegan a la conclusión de que nunca le recibieron, o a lo menos, que nunca recibieron su plenitud. Pero no se puede sostener en base a las Escrituras que las “lenguas” siempre aparecen luego de recibir el Espíritu. Sólo de tres de los grupos que recibieron el Espíritu en el libro de los Hechos se dice que hablaron en “lenguas” (2:1-4; 10:44-46; 19:1-6). De los demás, no podemos afirmar que hablaron en “lenguas” luego de recibir el Espíritu pues la Escritura no lo dice. Además el apóstol Pablo enseña categóricamente en 1 Corintios 12 que el don de “lenguas” es solo uno de muchos dones, que no todos los cristianos lo reciben. No hay base para la diferenciación que tratan de establecer algunos entre la referencia a “lenguas” en Hechos y las referencias en 1 Corintios 12 y 14 en el sentido de que la anterior se refiere a la “señal” de lenguas que todos deben tener y éstas al don de “lenguas” que sólo reciben algunos. Por cierto que varios líderes de las iglesias pentecostales y el movimiento carismático reconocen ahora que las “lenguas” no son señal indispensable del don del Espíritu. Entraremos más en este tema cuando consideremos “los dones del Espíritu” en el capítulo 4.

¿Cuál es pues la evidencia de la plenitud del Espíritu? y ¿Cómo podremos gozar de su plenitud? A fin de contestar estas preguntas miraremos primero dos pasajes cruciales del Nuevo Testamento, el primero de los labios de Jesús y el segundo de la pluma de Pablo. Luego tomaremos en consideración dos problemas contemporáneos relacionados con esta enseñanza neotestamentaria.

### **Apropiación continua**

El primer pasaje pone el énfasis en que para continuar siendo llenos

del Espíritu Santo hay que continuar viniendo al Señor Jesús. Me refiero a sus propias y conmovedoras palabras de Juan 7:37-39 que han sido (y continúan siendo) de gran ayuda para mí: “En el último y gran día de la fiesta, Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: si alguno tiene sed, venga a mí y beba. El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva”. Y Juan comenta: “Esto dijo del Espíritu que habían de recibir los que creyesen en él; pues aún no había venido el Espíritu Santo, porque Jesús no había sido glorificado”. El obispo J. C. Ryle ha escrito: “Se ha dicho de algunos pasajes de las Escrituras que merecen ser impresos en letras de oro. Uno de tales pasajes es el que nos ocupa”.

Era el último día de la fiesta de los tabernáculos (v.2), la culminación de sus siete días. Uno de los ritos más coloridos del festival era que cada mañana salía una procesión solemne, encabezada por un sacerdote con un jarro de oro, que buscaba agua del estanque de Siloé y luego lo derramaba como libación sobre la parte occidental del altar. Según parece esta ceremonia significaba para la mayoría no solo una conmemoración de la provisión milagrosa de Dios en el desierto sino también simbolizaba el futuro derramamiento del Espíritu prometido a través del profeta Joel. De este ritual hizo Jesús su tema. Se paró dramáticamente en algún lugar prominente (por lo general se sentaba a enseñar, como los rabinos) y con fuerte voz proclamó que él personalmente daría a los que a él viniesen, agua para beber y agua para fluir.

¿Qué quiso decir con ésto? Combinó dos cuadros vívidos. El primero es el de un viajero cansado y sediento en un clima caluroso. El sol se abate sin misericordia sobre él. Su provisión de agua se ha acabado. Tiene la boca seca, los labios partidos, el rostro sonrojado del calor, y todo el cuerpo deshidratado. Brama por agua que sacie su sed. Este representa a toda persona que esté separado de Cristo en algún grado. El segundo cuadro es el de una tierra sedienta. El sol tropical ha calcinado el suelo. Los cauces de los ríos están secos. Árboles y arbustos por igual están marchitos. Los animales gimen pues no hay pasto. La tierra clama por agua. Y éste es el mundo, la sociedad secular sin Dios, desecada, insatisfecha, sedienta.

Y el agua, ¿qué es? Juan nos dice: “Esto dijo del Espíritu”. Luego agrega que “aún no había venido el Espíritu Santo”. Literalmente traducidas sus palabras dicen textualmente: “El Espíritu no era aún”. Esto no significa que no existiese o que estuviera inactivo, sino que aún no había sido derramado con plenitud pentecostal en “ríos de agua viva”. De manera que es la plenitud del Espíritu Santo la que sacia la sed del viajero fatigado e irriga la tierra abrasada.

Y ¿cómo es que experimentamos esta plenitud vigorizante, refrescante y que sacia la sed? La respuesta es: “Venga a mí y beba. El que cree en mí . . .” Las frases son dos pero la condición es una. No hay diferencia entre ir a Jesús y creer en él, porque ir a él a beber es ir a él con fe. Todos los verbos aquí (tiene sed, venga, beba, cree) son en tiempo presente. De manera que no hemos de ir a Jesús una sola vez, en arrepentimiento y fe, sino seguir yendo y seguir bebiendo, porque seguimos teniendo sed. Esto lo hacemos en el aspecto físico. Cuando tenemos sed, buscamos algo de tomar. Debemos aprender a hacerlo espiritualmente también. El cristiano tiene que ser un dipsomaniaco (bebedor compulsivo y obsesivo) espiritual, siempre sediento y siempre bebiendo. Y beber no es simplemente pedir algo para tomar, sino también tomarlo. Además, es extremadamente sencillo. Es una de las primeras cosas que aprende a hacer un bebé; se puede decir que lo hace por instinto.

Pero luego el agua de beber se transforma en agua que fluye. No podemos contener al Espíritu que recibimos. Como escribió una vez William Temple: “Nadie puede poseer (o más bien tener morando en él) al Espíritu de Dios y guardarse ese Espíritu para sí mismo. Donde está el Espíritu, fluye al exterior; y si no fluye, no está allí”. Debemos tener cuidado de cualquier pretensión a la plenitud del Espíritu que no conlleva a una preocupación y extensión evangelizadora. Notemos también la disparidad entre el agua que bebemos y el agua que refluye. Sólo podemos beber con pequeños tragos, pero al seguir viniendo, bebiendo y creyendo, por el poder del Espíritu en nosotros, nuestros pequeños sorbos son multiplicados y se convierten en una poderosa confluencia de corrientes que fluyen: “ríos de agua viva” fluirán de dentro nuestro. Este es el

refluir espontáneo de cristianos llenos del Espíritu para la bendición de otros. Pero no hay manera de asegurar una afluencia constante que resulte en una refluencia permanente, excepto que continuemos viniendo a Jesús y bebiendo. Porque la plenitud del Espíritu ha de ser apropiada por fe.

### Las señales de la plenitud del Espíritu

Nuestro segundo pasaje, aunque también contiene el mandato de “ser llenos”, más bien hace resaltar las evidencias de la plenitud del Espíritu, que tendremos que estudiar cuidadosamente. ¿Cuáles son en nuestros tiempos, las señales de que una persona está llena del Espíritu Santo? No hay duda que la evidencia principal no es milagrosa sino moral, y radica en el fruto del Espíritu y no en los dones del Espíritu. Ya notamos que, a pesar de ser bautizados con el Espíritu y haber sido ricamente dotados con sus dones, los corintios mostraban que no eran cristianos “espirituales” por su falta de esa virtud moral que se llama amor (1 Co.3:1-4). Orgullosamente decían tener cierta plenitud, a tal punto que Pablo, con un dejo de sarcasmo, les escribe: “ya estáis saciados” (4:8); pero no era plenitud del Espíritu Santo. Si hubiesen estado llenos del Espíritu, naturalmente habrían estado llenos de amor, que es el primer fruto del Espíritu. El amor es el vínculo fuerte que une al fruto del Espíritu y a los dones del Espíritu. Y esto no sólo porque los dones sin amor no tienen valor (1 Co.13) sino también porque el amor desea los dones como equipamiento necesario para el servicio a otros.

En el único pasaje de sus epístolas donde el apóstol Pablo describe las consecuencias de la plenitud del Espíritu, todas resultan ser cualidades morales. El pasaje es Efesios 5:18-21:

No os embriaguéis con vino, en lo cual hay disolución; antes bien sed llenos del Espíritu, hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Someteos unos a otros en el temor de Dios.

En el texto griego este párrafo consiste de dos verbos en el imperativo (“no os embriaguéis”, “sed llenos del Espíritu”) a los cuales están

subordinados cuatro formas verbales, participios presentes: “hablando”, “cantando y alabando”, “dando . . . gracias” y “someteos”. Vale decir que ese sólo mandato a ser llenos del Espíritu es seguido por cuatro consecuencias descriptivas de la plenitud del Espíritu.

Hay un vívido contraste entre el mandato a ser llenos y el otro de no embriagarse. Hay quienes con demasiado apresuramiento han sacado la conclusión de que son comparables la embriaguez y la plenitud del Espíritu. Dicen que la plenitud del Espíritu es una especie de ebriedad espiritual; que el apóstol está contraponiendo dos estados de intoxicación, uno físico a través del vino y el otro espiritual a través de la plenitud del Espíritu. Esto no es verdad. Es cierto que un borracho está “bajo la influencia” del alcohol, y que se puede decir algo semejante del creyente lleno del Espíritu: que está “bajo el control del Espíritu”. También es cierto que en aquel día de Pentecostés cuando los 120 hablaron públicamente en otras lenguas “según el Espíritu les daba que hablasen”, algunos en la multitud comentaron burlescamente: “Están llenos de vino nuevo” (Hch.2:13 BLAmgn). Pero los que lo dijeron eran evidentemente una minoría que suponían que los discípulos estaban borrachos porque no comprendían ninguno de los idiomas que hablaban. La reacción de la mayoría fue de asombro al comprobar que los discípulos galileos podían expresarse inteligiblemente en los idiomas nativos de Asia y África que muchos en la multitud podían comprender.

Es un gran error suponer que aquellos primeros creyentes llenos del Espíritu estaban en una especie de trance de ebriedad, o que tal estado pudiera constituir pauta para toda experiencia futura de la plenitud del Espíritu. La realidad es lo contrario. Está claramente implicado en Efesios 5:18 que la ebriedad y la plenitud del Espíritu no son comparables en este respecto. A la ebriedad se la tacha de “disolución”. La palabra griega *asōtia*, también traducida “disolución” en los otros dos pasajes donde aparece (Tit.1:6; 1 P.4:4), literalmente describe una condición en la cual una persona no puede “salvarse” o controlarse a sí misma. Pablo pues nos está escribiendo que hemos de evitar la ebriedad porque supone una pérdida del auto-control. Por exten-

sión, se da a entender que el estado contrapuesto, plenitud del Espíritu, no supone pérdida del dominio propio. Por el contrario, se nos dice en Gálatas 5:23 (BLA) que una parte del fruto del Espíritu es el dominio propio (*enkrateia*). Y las consecuencias de la plenitud del Espíritu en nuestro pasaje, según nos las retrata el apóstol, han de encontrarse en relaciones inteligentes, controladas y saludables con Dios y con otros.

Podemos estar de acuerdo que tanto en la ebriedad como en la plenitud del Espíritu hay en nosotros dos fuertes influencias: el alcohol en el torrente sanguíneo y el Espíritu Santo en nuestro corazón, respectivamente. Pero en tanto que el alcohol en exceso lleva a un libertinaje irrestricto e irracional que transforma al borracho en un animal, la plenitud del Espíritu nos conduce a una conducta moral racional y controlada que transforma al cristiano a la imagen de Cristo. Vemos pues que los resultados de estar bajo la influencia de bebidas “espirituosas” por un lado y del otro, del Espíritu Santo de Dios, son total y completamente diferentes. Una nos hace parecer bestias; la otra nos hace parecer a Cristo.

Ya estamos debidamente ubicados para observar detenidamente los cuatro resultados saludables, y por tanto las evidencias objetivas sólidas, de la plenitud del Espíritu. Dichos resultados se expresan en vínculos de relación. En la plenitud del Espíritu importan más los vínculos morales con Dios y nuestro prójimo que las experiencias místicas personales.

El primer resultado es “hablando”. En el pasaje paralelo de Colosenses (3:16) el apóstol insta a sus lectores a que permitan que la Palabra de Cristo more abundantemente en ellos para que se enseñen y exhorten “unos a otros en toda sabiduría”.

Es notable que la primera evidencia de estar llenos del Espíritu sea que nos hablemos unos a otros. Pero no debe sorprendernos ya que el primer fruto del Espíritu es amor. No podemos pretender la plenitud del Espíritu, no importa cuan profunda e íntima pueda parecer nuestra comunión con Dios, si no estamos en buenas relaciones con cualquiera de nuestros compañeros (en la vida cristiana). La primer señal de la plenitud es el compañerismo, la comunión.

Más aún, es un compañerismo espiritual, pues nos dirigimos unos a otros, no con charlas mundanas, sino con “salmos . . . himnos y cánticos espirituales”. ¡Por supuesto que esto no significa que el medio normal de comunicación entre los creyentes llenos del Espíritu sea el canto! Más bien quiere decir que el verdadero compañerismo se expresa en una adoración común. Un buen ejemplo es el *Venite* (Sal.95) que a menudo cantan los anglicanos en el culto público de adoración los domingos a la mañana. En realidad no es un salmo de adoración pues está dirigida a la congregación, no al Señor: “Venid, cantemos al Señor”. He aquí al pueblo de Dios dirigiéndose unos a otros en un salmo, exhortándose unos a otros a adorar al Señor.

Esto nos trae al segundo resultado de la plenitud del Espíritu: “cantando y alabando” al Señor. Al Espíritu Santo le encanta glorificar al Señor Jesús y manifestarlo de tal manera a su pueblo que se deleite en cantar sus alabanzas. La gente de poco oído musical a veces se consuela con la traducción Reina Valera que dice que hemos de cantar “en” nuestros corazones al Señor. Esto daría la impresión de que puede ser totalmente en nuestro interior ese júbilo, ¡a oídas del Señor solamente! Probablemente sea más correcta la traducción que dice “con vuestro corazón” (BLA y VHA). El corazón indica no el lugar sino la manera en que hemos de cantar. El apóstol nos exhorta a adorar de corazón, no en silencio.

En tercer lugar, hemos de estar “dando siempre gracias por todo”. Muchos de nosotros damos gracias a veces por algunas cosas; los creyentes llenos del Espíritu dan gracias siempre por todo. No hay momento ni circunstancia en la cual no den gracias. Lo hacen “en el nombre de nuestro Señor Jesucristo”, vale decir que porque son una sola cosa con Cristo, y se dirigen al “Dios y Padre” porque el Espíritu Santo testifica a su espíritu que son hijos de Dios y que su Padre es totalmente bueno y sabio. La murmuración, principal pecado de los israelitas, es seria porque es síntoma de incredulidad. Cuandoquiera que empecemos a quejarnos y lamentarnos, tenemos prueba segura de que no estamos llenos del Espíritu. Cuando el Espíritu Santo llena al creyente, éste da gracias a su Padre celestial en todo momento por todas las cosas.

Hemos visto que la segunda y tercera señales de la plenitud del Espíritu están dirigidas a Dios: cantar al Señor y dar gracias al Padre. Es el Espíritu Santo quien nos coloca en una relación justa y de alabanza con el Padre y el Hijo. El creyente lleno del Espíritu no tiene problemas con la doctrina de la Trinidad. Las señales primera y cuarta, sin embargo, tienen que ver con nuestros vínculos unos con otros, con hablamos unos a otros y, ahora, con someternos unos a otros.

Aunque luego el apóstol demuestra que el deber particular de la esposa para con el marido, de los hijos para con sus padres y de los siervos para con sus amos es la sumisión, comienza haciéndolo deber *general* de todos los cristianos entre sí (lo cual incluye a maridos, padres y amos). La sumisión humilde es parte tan importante del comportamiento cristiano que el verbo aparece no menos de treinta y dos veces en el Nuevo Testamento. La marca distintiva del cristiano lleno del Espíritu no es la afirmación del derecho propio sino la sumisión.

Es cierto que a veces no debemos ceder cuando está en juego un principio moral o teológico fundamental. Pablo mismo dio un ejemplo sobresaliente de esta firmeza cuando se opuso a Pedro en confrontación pública y directa en Antioquía (Gá.2:11-14). Pero debemos tener cuidado de que nuestra supuesta afirmación de principios no es, en el fondo, una fea demostración de orgullo. Es de sabios desconfiar de nuestra “justa indignación”; a menudo hay en ella buena parte de vanidad no justa. Las últimas palabras de la frase, “en el temor [reverencia] de Cristo” (v.21 BLA), nos dan la clave de la verificación. Nuestro deber primero es una sumisión reverente y humilde al Señor Cristo. Debemos someternos a otros en todo siempre que no signifique deslealtad a Cristo.

Ya están descubiertos a nuestra vista los resultados edificantes y saludables de la plenitud del Espíritu. Las dos esferas principales en que se manifiesta esta plenitud del Espíritu son la adoración y el compañerismo cristiano. Si estamos llenos del Espíritu estaremos alabando a Cristo y dando gracias a nuestro Padre, y estaremos hablándonos y sometiéndonos unos a otros. El Espíritu Santo nos coloca en una relación correcta con Dios y los hombres. La eviden-

cia primordial de la plenitud del Espíritu ha de buscarse en estas cualidades y actividades espirituales, no en fenómenos sobrenaturales. Tal es el énfasis del apóstol al tratar el tema en sus cartas a los corintios y efesios, e igualmente cuando bosqueja el “fruto del Espíritu” en su carta a los Gálatas (véase el próximo capítulo).

### El mandato a ser llenos

Volvemos ahora al mandato al cual están subordinados los cuatro participios presentes que hemos estado considerando. El mandato es: “sed llenos del Espíritu”. Ahora notemos cuatro cosas respecto al verbo.

Primero, que está en el modo imperativo. “Sed llenos” no es una sugerencia vacilante, una recomendación suave, un consejo cortés. Es un mandato que nos llega de Cristo con toda la autoridad de uno de sus apóstoles escogidos. Tanto podemos escaparnos de la ejecución de este deber como de ignorar los deberes éticos que están en el contexto: hablar la verdad, trabajar honestamente, ser benignos, misericordiosos y perdonadores, o vivir en pureza y amor. La plenitud del Espíritu no es opcional, sino obligatoria para el cristiano.

En segundo lugar, el verbo está en forma *plural* de igual manera que el verbo precedente “embriaguéis”. Ambos imperativos en Efesios 5:18, tanto la prohibición como el mandato están dirigidos a toda la comunidad cristiana. Son de aplicación universal. Ninguno de nosotros debe emborracharse; todos nosotros debemos ser llenos del Espíritu. Definidamente la plenitud del Espíritu Santo no es privilegio sólo de algunos, sino deber de todos. Al igual que el mandato a la sobriedad y al dominio propio, este mandato de buscar la plenitud del Espíritu está dirigido sin excepción a todo el pueblo de Dios.

Tercero, el verbo está en *voz pasiva*: “Sed llenos”. Dicho de otra manera: “Dejen que el Espíritu Santo les llene”. Condición *sine qua non* para gozar de su plenitud es entregarnos a él sin reservas. Pero no debemos imaginar que somos agentes puramente pasivos en la recepción de la plenitud del Espíritu de la misma manera que no lo seríamos si nos emborracháramos. Una persona se emborra-

cha bebiendo; somos llenados por el Espíritu también bebiendo, como hemos visto en la enseñanza del Señor de Juan 7:37.

Cuarto, el verbo está en tiempo *presente*. Es hecho bien conocido del idioma griego que si el modo imperativo se expresa en tiempo aorista es porque se refiere a una sola acción, en tanto que si se expresa en el tiempo presente está denotando continuidad de acción. Vemos pues que en las bodas de Caná Jesús dice “llenad estas tinajas de agua” (Jn.2:7) usando el imperativo aorista con lo cual les está diciendo que lo hagan una sola vez. Pero el imperativo presente que estamos considerando, “sed llenos del Espíritu” nos señala un proceso de apropiación continuo, y no una experiencia dramática y decisiva de una vez por todas.

La carta a los Efesios refuerza este sentido por el contraste que establece entre el “sellado” y el “lleno” del Espíritu. Dos veces escribe el apóstol que sus lectores han sido sellados con el Espíritu Santo (Ef.1:13; 4:30). En ambos casos se usa el tiempo aorista y describe a todo creyente arrepentido. Dios lo acepta y coloca sobre él el sello del Espíritu, para autenticarlo, para señalarlo y asegurarlo como de los suyos. Pero aunque todos los creyentes son “sellados”, no todos permanecen “llenos”, porque el sellado es algo pasado y terminado en tanto que el llenado es (o debiera ser) presente y continuo.

Quizás necesitamos una ilustración que nos muestre que la plenitud del Espíritu debe ser una experiencia progresiva, no estática. Comparemos a dos personas. Una es un bebé, recién nacido, con un peso de 3 Kg que recién empieza a respirar; el otro es un hombre crecido, de 1,80 m de estatura y 75 Kg de peso. Ambos están saludables y en buen estado físico. Ambos respiran bien. Y de ambos se podría decir que “están llenos de aire”. Entonces ¿cuál es la diferencia entre uno y otro? Radica, al menos en parte, en la capacidad de sus pulmones. Ambos están “llenos”, pero uno está más lleno que el otro porque su capacidad es mucho mayor.

Esto se aplica con igual veracidad a la vida y crecimiento espirituales. ¿Quién negaría que un recién nacido en Cristo está lleno del Espíritu? El cuerpo de todo creyente es templo del Espíritu Santo (1 Co.6:19); luego, ¿podemos acaso suponer que cuando el Espíritu

Santo entra en su templo no lo llena? Pero un cristiano maduro y consagrado con muchos años en la vida cristiana también está lleno. La diferencia entre los dos radica en lo que podríamos llamar su “capacidad de pulmones espirituales”, vale decir, la medida en que hacen suyo o se apropian con fe del propósito de Dios para ellos.

Todo esto lo aclara la primera oración en la carta del apóstol a los Efesios. Dice que ora:

para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él, alumbrando los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis cual es la esperanza a que él os ha llamado, y cuáles las riquezas de la gloria de su herencia en los santos, y cuál la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos (Ef.1:17-19).

Este pasaje despliega las etapas del progreso espiritual. Los que “creen” son los que experimentan la plenitud del poder de Dios. Pero primero deben “conocer” su grandeza y para esto necesitan que los ojos del entendimiento sean iluminados por el Espíritu Santo.

El orden, entonces, es el siguiente: iluminación, conocimiento, fe, experiencia. Es por la iluminación que sabemos, y es por fe que entramos a gozar de lo que sabemos. Nuestra experiencia de fe está condicionada en gran parte por lo que sabe nuestro entendimiento. Y mientras más sepamos, más se agranda nuestra capacidad espiritual y mayor es nuestra responsabilidad de reclamar, hacer nuestra, esa herencia por fe. Dicho en otros términos, cuando una persona es nacida del Espíritu, su comprensión del propósito que tiene Dios para él es generalmente bastante limitada, y su experiencia es limitada en forma directamente proporcional. Pero a medida que el Espíritu Santo va alumbrando los ojos de su entendimiento, se van abriendo nuevos horizontes ante él que no podría ni haber soñado antes. Empieza a ver y conocer la esperanza del llamado de Dios, las riquezas de la herencia de Dios y la grandeza de su poder. Se siente desafiado a abrazar por fe la plenitud del propósito de Dios para él. Es trágico que a menudo nuestra fe no se mantiene al paso de nuestro conocimiento. Nuestros ojos se abren para ver más y más de las maravillas del propósito de Dios para nosotros en Cristo, pero nos quedamos rezagados en apropiarlo por fe. Esta es una de las formas en que perdemos la plenitud del Espíritu: no por desobediencia, sino por descreimiento.

Nuestros pulmones crecen y se desarrollan pero no los usamos. Día tras día necesitamos arrepentimos de nuestra incredulidad, clamando a Dios para que aumente nuestra fe. Así, al crecer nuestro conocimiento, irá creciendo nuestra fe a la par y podremos asirnos continuamente de más de la grandeza del poder y el propósito de Dios.

### **El cristiano promedio**

Hasta aquí en este capítulo hemos intentado diferenciar entre el bautismo del Espíritu (recibido de una vez por todas en la conversión) y la plenitud del Espíritu (que tiene que ser apropiada en forma continua y creciente). También hemos echado un vistazo a algunas enseñanzas importantes de nuestro Señor y del apóstol Pablo respecto a la necesidad de seguir viniendo y bebiendo, las señas de la plenitud del Espíritu y el mandato a ser llenos. Todo esto ha constituido un estudio puramente bíblico.

Pero las objeciones principales a esta interpretación no son tanto bíblicas como empíricas, teóricas como prácticas. Quisiera formularlas en dos oraciones:

- a. Si es que todos los cristianos han sido bautizados con el Espíritu, la mayoría no parece haberlo sido.
- b. Algunos cristianos afirman haber recibido una experiencia posterior y distinta del Espíritu Santo, y su afirmación tiene todos los visos de ser cierta.

### **Examinemos una por una estas objeciones.**

Primero observemos lo que podríamos llamar el cristiano “promedio” o término medio de nuestros tiempos. Se nos pregunta, “¿puede ser sostenido con toda seriedad que ha sido bautizado con el Espíritu? Miren su conversión y su forma de vida posterior. La primera no tuvo nada de espectacular, no pareció en absoluto ser un bautismo del Espíritu. Y su vida cristiana actual muestra poco o nada de evidencia de que haya sido así bautizado”. ¿Qué podemos replicar?

La negación de que la conversión cristiana de hoy es o incluye

un bautismo con el Espíritu da por sentado un preconceito de la persona en cuanto a cómo debe ser siempre el bautismo del Espíritu. La gente siempre tiene metidos en el subconsciente los acontecimientos dramáticos del día de Pentecostés. Quieren ver viento y fuego e idiomas extraños. Se olvidan que las señas sobrenaturales que acompañaron la venida del Espíritu en Pentecostés son tan típicos de cada bautismo del Espíritu como las señas sobrenaturales que acompañaron la conversión de Pablo en el camino a Damasco lo son de cada conversión cristiana. Ya hemos visto que no podemos hacer del don de “idiomas” o “lenguas” una evidencia indispensable del bautismo del Espíritu. Lo cual se aplica en forma igual al viento y al fuego. No se mencionan ni viento, ni fuego ni lenguas al final de Hechos 2 en relación con los 3.000 que recibieron el Espíritu. No. El viento, el fuego y las lenguas en Pentecostés, así como la luz brillante y la voz del camino a Damasco, eran los dramáticos acompañamientos externos de esas ocasiones. No eran parte necesaria de la experiencia interior esencial. ¿Qué base bíblica puede haber para suponer que una persona no puede recibir el “don” o “bautismo” del Espíritu en una forma tranquila, no sensacional?

Es más, no hay justificativo bíblico que apoye el punto de vista de que la regeneración sea un proceso consciente, es decir, que la persona que está renaciendo se dé cuenta de lo que está ocurriendo dentro de ella. Jesús mismo dio a entender lo contrario cuando trazó la analogía entre el nuevo nacimiento y el soplar del viento, en su conversación con Nicodemo:

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; más ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu (Jn.3:8).

Aunque vemos, oímos y sentimos los efectos del viento, hay un elemento de misterio y secreto en su forma de actuar. Son evidentes los efectos del nuevo nacimiento (en una vida cambiada), pero la obra regeneradora del Espíritu Santo también tiene su misterio y secreto. Por supuesto, la conversión (cuando el pecador se vuelve a Cristo en arrepentimiento y fe), que es también obra del Espíritu, es un proceso consciente donde el pecador comprende ciertas verdades con su mente y actúa con su voluntad.

Pero la regeneración es la implantación de una vida nueva en un alma muerta en delitos y pecados. No estamos más conscientes de esta infusión de vida espiritual, denominada renacimiento o nacimiento espiritual, que lo que estuvimos de nuestro nacimiento físico. En ambos casos la autoconsciencia, o consciencia del ser, se hace patente con el tiempo. Por lo tanto, si el “bautismo con el Espíritu” es otra forma de referirse al nacimiento del Espíritu, como hemos argumentado, no hay base para seguir insistiendo que debe ser consciente, y mucho menos dramático.

La otra parte de la objeción al cristiano “promedio” ya no tiene que ver con las circunstancias de su conversión sino con el bajo nivel de su vida cristiana subsiguiente. ¿Puede sostenerse que tal persona ha sido bautizada con el Espíritu? Bueno, no puedo ni quiero negar o excusar el bajo nivel de mucho de lo que se da por vida cristiana en nuestros tiempos. A menudo es muy cierto, y cuando es cierto es también triste. Nuestra desobediencia y nuestra incredulidad nos han robado a muchos nuestra herencia plena. Aún es nuestra por derecho, porque somos de Cristo, pero hemos fracasado en hacerla nuestra. Somos como los israelitas cuando se les había dado la tierra prometida pero aún no habían tomado posesión de ella. Necesitamos arrepentimos y volver a Dios. En verdad hemos sido bautizados con el Espíritu, pero continuamos viviendo a un nivel de experiencia más bajo del que ha hecho posible nuestro bautismo con Espíritu, porque no permanecemos llenos con el Espíritu.

Lamentablemente debe decirse que este bajo nivel de vida cristiana puede encontrarse en todos los grupos cristianos. Tanto los que hablan de emocionantes experiencias espirituales como los que no lo hacen, pueden fracasar en sus deberes morales, honestidad, pureza y altruismo. También he conocido en ambos grupos a personas que son bellamente semejantes a Cristo. El fracaso y bajo nivel de rendimiento de muchos cristianos *no es evidencia de su necesidad de ser bautizados con el Espíritu* (pues hasta los cristianos corintios orgullosos, pendencieros, tolerantes de pecado y faltos de amor habían sido bautizados con el Espíritu) *sino de su necesidad de recuperar la plenitud del Espíritu que*

han perdido a través del pecado o la incredulidad, que los ha llevado a ser lo que eran los corintios: cristianos no espirituales o “carnales” (1 Co.3:1 y sig.). En este sentido muchos cristianos sí tienen experiencias en dos o más etapas. Pero no es el propósito y voluntad general de Dios (que es que tengan una apropiación continua); más bien se debe a su regresión pecaminosa.

### **Experiencias extraordinarias**

Prosigamos a la segunda categoría de cristianos planteada en nuestras preguntas. Es decir, no el cristiano de quien se dice que no parece haber sido bautizado con el Espíritu sino a los cristianos particulares que (se dice) han tenido una experiencia “pentecostal” que llaman “bautismo con el Espíritu”. ¿Qué hemos de decir de éstos y de sus experiencias?

Menciono de paso solamente tres explicaciones que no debemos olvidar pero en las cuales no puedo extenderme. Primero, sin duda unas pocas de estas experiencias son *demoníacas*, una horrible falsificación satánica de una experiencia espiritual genuina. Jesús nos advirtió de tales cosas, y la alarmante propagación de la fascinación contemporánea con el espiritismo, la brujería y sus derivados debiera ponernos en guardia. Sin embargo, los hijos no debieran ser engañados por supercherías satánicas. El diablo odia a Cristo y a la santidad, y veremos que Cristo no es ensalzado ni la santidad promovida donde Satanás controla.

Segundo, una cantidad ya mayor de estas experiencias son *sicológicas*. En cierto sentido todas nuestras experiencias son *sicológicas*. Pero lo que quiero significar es que algunas experiencias que pensamos que son espirituales en realidad son de carácter síquico pues se originan en nuestra síquis humana en vez de partir del Espíritu de Dios. Esto es cierto en especial en cuanto a parte del “hablar en lenguas”. No estoy calificado para decir cuán extensa es esa parte. Pero algún tipo de “glosolalia”, o sea habla involuntaria sin el control consciente de la mente, es bien conocido en círculos hindúes, musulmanes y mormones; también se ve en ciertas condiciones médicas y este fenómeno no parece ser distinto al que muchos cristianos dicen experimentar. Esto, sin em-

bargo, no debiera causarnos gran preocupación. Atribuirlo a la siquis humana no es lo mismo que atribuirlo al diablo. Lo que es simplemente psicológico puede ser moral y espiritualmente neutro. Es mucho más importante saber si glorifica a Cristo y promueve la justicia de Dios.

En tercer lugar, algunas otras experiencias contemporáneas parecen ser en realidad experiencias de *conversión*. Cuando uno escucha a cristianos nominales, liberales o católicos que dicen haber sido “bautizados con el Espíritu” uno sospecha a menudo que en realidad están describiendo lo que sabíamos llamar una “experiencia evangélica”, es decir, su conversión. En dicho caso su descripción de lo que han experimentado es más bíblico de lo que quizás se den cuenta.

Habiendo mencionado estas tres explicaciones posibles, más bien me preocupa ahora observar experiencias que no parecen encuadrar en ninguna de las tres, porque han ocurrido a cristianos que han estado convertidos por muchos años. Al contrario, son experiencias auténticas y profundas de Dios. Respecto a éstas, lo primero que debemos decir es que el Espíritu Santo es Dios el Señor. El es el Espíritu divino, potente, libre y soberano. No debe ni cruzarnos la mente el deseo de limitar su actuación; es más, aunque quisiéramos hacerlo, no podríamos. Aunque creo que debemos insistir que, de acuerdo con el Nuevo Testamento, la *norma* de Dios es un “bautismo” de iniciación con el Espíritu, seguido por una apropiación continua y creciente de su plenitud (que supone un crecimiento constante en santidad y hacia la madurez cristiana), debe acotarse que dentro de este proceso de crecimiento puede haber muchas experiencias especiales de profundización espiritual y que a veces el Espíritu actúa aún más anormalmente. Al escribir respecto a estas experiencias, quiero primero subrayar su carácter variado, luego su importancia secundaria y por último que siguen siendo incompletas.

Primero, su *variedad*. Bajo este encabezamiento incluyo el hecho de que las experiencias iguales o similares están sujetas a repetición. Ya hemos notado que la enseñanza neotestamentaria puede ser resumida con las palabras, “un bautismo, mucho re-

llenar”. El ser llenos de nuevo puede darse con antelación a una responsabilidad nueva, o ser dado para equiparnos para una nueva y exigente tarea. O quizás llegue luego de un período de desobediencia, declinación o resecaamiento de la vida cristiana y con él el creyente penitente puede encontrarse de pronto elevado a un nuevo plano de realidad y percepción espiritual.

En cierto grado estas experiencias variarán de acuerdo a nuestro temperamento natural. El Espíritu Santo nos respeta como seres humanos y no borra con una nueva creación lo que ya somos por creación. Actúa en nosotros en maneras que nos son apropiadas, dejándonos en libertad de ser nosotros mismos hasta llegar al pleno potencial de nuestro ser creado. Nuestro temperamento básico permanece inmutable, lo cual es razón principal para la gran variedad de experiencias espirituales. Uno no puede ni debe esperar que personas flemáticas o coléricas (o sea extrovertidas e introvertidas) experimenten a Cristo en forma idéntica.

Pero *todos* los cristianos pueden esperar nuevas experiencias de Dios. Dios no es amante de la ranciedad o el estancamiento. Nos manda que cantemos una canción *nueva*, porque quiere que nuestro conocimiento de él sea siempre nuevo, y promete que sus misericordias serán nuevas cada mañana (Sal.40:3; 98:1; Lm.3:23). Hay veces cuando el testimonio interno del Espíritu, que nos asegura que somos en verdad hijos de Dios, es confirmado intensa y maravillosamente de tal manera que huyen toda duda y oscuridad. A veces inunda nuestros corazones con tal golpe del mar de su amor que casi tenemos que suplicarle que lo contenga o nos ahogamos. A veces nuestros corazones “arden en nosotros” al abrimos Cristo la Escritura y al verlo a él allí como nunca le habíamos visto antes (Lc.24:27,32). A veces experimentamos un aceleramiento de nuestro pulso espiritual, un golpeteo del corazón, un reavivar de nuestro amor por Dios y los hombres, una penetrante sensación de paz y bienestar. A veces en la decorosa reverencia del culto público de adoración, o en el compañerismo espontáneo de una reunión casera, o en la mesa del Señor, o en nuestras oraciones privadas, una realidad invisible de pronto nos envuelve y abruma. El tiempo deja de ser. Entramos en una nueva dimensión

de eternidad. Estamos quietos y sabemos que Dios es Dios. Nos postramos ante él y adoramos.

Ya al tratar de describir lo indescriptible hemos visto que cada miembro de la Trinidad está comprendido en esa experiencia. La experiencia cristiana es experiencia de Dios: Padre, Hijo y Espíritu Santo. En realidad no hay tal cosa como “una experiencia del Espíritu Santo” del cual están excluidos el Padre y el Hijo. De cualquier manera, el Espíritu Santo es un Espíritu reservado que no busca atraer atención a sí mismo. Más bien nos incita a que oremos “Abba, Padre” testificando así de nuestra relación filial con Dios (Ro.8:15,16; Gá.4:6). Y por sobre todo glorifica a Cristo. Vuelve los rayos brillantes de su faro al rostro del Señor Jesucristo. Jamás está más satisfecho que cuando el creyente está embelesado con Cristo Jesús. Hablando de la venida del Espíritu, Jesús dijo:

*El que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él (Jn.14:21).*

El que verdaderamente ama a Jesús, que demuestra su amor con obediencia, no puede imaginar mayor recompensa que esta manifestación de su Amado por el Espíritu. Produce lo que Pedro llama “gozo inefable y glorioso” (1 P.1:8).

Estas experiencias más profundas que he mencionado hasta el momento son de las que podríamos llamar “usuales” porque se relacionan con la seguridad, amor, gozo y paz que el Espíritu da a entender son comunes a todos los creyentes, en alguna medida. Me sorprendería mucho si le son completamente extrañas a alguno de mis lectores cristianos. Pero hay otras experiencias, a las cuales debemos llegar ahora, de un tipo menos usual porque no son parte de la experiencia cristiana normal que pinta el Nuevo Testamento. A veces el Espíritu Santo quizás hasta pueda darle al creyente lo que le dio al apóstol Pablo: “visiones y . . . revelaciones del Señor”, a tal punto que Pablo dijo que “fue arrebatado hasta el tercer cielo” y que escuchó “palabras inefables que no le es dado al hombre expresar” (2 Co.12:1-4). En ciertos tiempos, especialmente en épocas de avivamiento, hay creyentes que dicen haber tenido experiencias extraordinarias y visitaciones de Dios. A veces se le da a

un evangelista o predicador cristiano un acrecentamiento maravilloso de poder sobrenatural para el ministerio especial al cual Dios le ha llamado. Probablemente hayamos leído de tales experiencias en las biografías de grandes hombres de Dios como Juan Wesley, Jorge Whitefield, David Brainerd, Jonatán Edwards, D.L. Moody y otros. Usando terminología bíblica diríamos que tales hombres fueron “ungidos” con el Espíritu Santo. Pero debemos usar la palabra con cautela pues en un sentido todos los cristianos han sido ungidos con el Espíritu Santo o han recibido su unción (2 Co.1:21; 1 Jn.2:20,27). Sin embargo, las Escrituras también usan esta terminología para situaciones especiales, como cuando Jesús se aplicó Isaías 61:1 al comienzo de su ministerio público y dijo de sí mismo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido . . . para predicar” (Lc.4:18-19). Quizás también así debiéramos interpretar lo que le aconteció a Saulo de Tarso cuando Ananías le visitó. Había de ser “lleno del Espíritu Santo” (Hch.9:17) a fin de ser “testigo” de Cristo a todos los hombres de lo que había “visto y oído” (22:14; comp.26:16-18). Fue su nombramiento y unción como apóstol.

Pero es la gran variedad de estas experiencias lo que necesitamos observar en esta etapa. No deseo dudar o cuestionar su validez. Lo que me preocupa es la forma monótonamente homogénea que algunas almas fervorosas tratan de ponerle a todos cuando insisten en el denominado “bautismo del Espíritu” subsiguiente a la conversión, que debe manifestarse de cierta manera y ser acompañado, o seguido, por ciertas señales. Es esto lo que me veo obligado a rechazar como incompatible con las Escrituras. Pero ¡cuidemos de no rechazar una forma por otra! Sólo podemos decir que la vida cristiana comienza con un nuevo nacimiento, que puede darse de diferentes y variadas maneras pero que incluye el “don” o “bautismo” del Espíritu, y que es seguido por un crecimiento hacia la madurez, proceso que puede incluir una gran diversidad de experiencias más profundas.

Tomemos nuestra atención del carácter variado de estas experiencias a su *importancia secundaria*. Estas experiencias pueden ser profundamente conmovedoras, incluso emocionantes.

Pero ninguna puede jamás compararse en importancia con la obra primera de la gracia de Dios cuando tuvo misericordia de nosotros y nos reconcilió a sí mismo. Algunos cristianos hablan de sus experiencias posteriores con el Espíritu con lenguaje exagerado, como si antes hubiesen estado en estado de servidumbre, pero ahora son libres; como si antes todo era acuoso, pero ahora el agua se ha tomado en vino. Deben estar confundiendo sentimientos subjetivos con la realidad objetiva. Porque cuando nos unimos a Cristo en fe, pasa algo tan tremendo que el Nuevo Testamento no puede encontrar las palabras adecuadas para describirlo. Sí, es un nuevo nacimiento, pero también es una nueva creación, una resurrección, luz en las tinieblas, y vida de entre los muertos. Eramos esclavos, ahora somos hijos. Estábamos perdidos, pero hemos sido hallados y vueltos al hogar. Estábamos condenados y bajo la ira de Dios. Ahora somos justificados y adoptados en su familia. ¿Qué experiencia posterior (a la conversión) puede acaso compararse con ésta en importancia? Debemos tener cuidado, aun al describir experiencias de profundización espiritual, de no denigrar la regeneración o echar tierra sobre esta obra primera, decisiva y creadora del amor de Dios.

El tercer punto que deseo dejar en claro respecto a estas experiencias subsiguientes a la conversión es que todas son incompletas. Hay quienes hablan de su experiencia de tal forma que sugieren que no sólo no les había pasado mucho de nada anteriormente, sino que tampoco puede pasarles ya nada más después. Dan la impresión de haber arribado a la cúspide. Esta era la autosatisfacción corintia que Pablo describe con sarcasmo tan mordaz:

Ya estáis saciados, ya estáis ricos, sin nosotros reináis. ¡Y ojalá reinaseis, para que nosotros reinásemos también juntamente con vosotros! (1 Co.4:8).

¡Se comportaban como si estuviesen gozando su propio y particular milenio! Pero ese mismo Nuevo Testamento que habla en términos tan contundentes respecto a lo que Dios ha hecho por nosotros en Cristo, nos sigue recordando que sólo estamos en los comienzos de nuestra herencia. Hemos de tener hambre y sed de más aún en esta vida, y saber que sólo en la otra no tendremos más hambre y sed. Vemos lado a lado en el Nuevo Testamento ex-

presiones de afirmación con expresiones de aspiración, de satisfacción con insatisfacción. Por un lado “nos gozamos”, y por el otro “gemimos” (Ro.8:23; 2 Co.5:2). Es muy cierto que el gozo es parte del fruto del Espíritu, pero existe también algo que se llama tristeza cristiana. Hay cristianos que hablan y se ven como si pensasen que deben llevar permanentemente una mueca de sonrisa en el rostro. Como contraste leemos del santo del Antiguo Testamento de cuyos ojos ríos de agua descendieron porque los hombres no guardaban la ley de Dios (Sal.119:136); del mismo Señor Jesús que lloró sobre la ciudad impenitente de Jerusalén (Lc.19:41); y de su apóstol Pablo que a veces sólo podía escribir “llorando” (Fil.3:18). Ojalá que pudiéramos ver más lágrimas cristianas en estos tiempos, y que más de nosotros fuésemos cristianos sensibles, profundamente afligidos hasta el punto de “llorar” por la continua pecaminosidad del mundo, la iglesia y nuestro propio corazón. No será hasta la consumación de los siglos que Dios limpiará toda lágrima de nuestros ojos (Apoc.21:4).

### Una exhortación

Al concluir esta sección, me permito la libertad de dar una exhortación personal y práctica. En primer lugar va dirigida a aquellos de nosotros que no pretenden haber recibido manifestaciones excepcionales del Espíritu Santo; en segundo lugar, a aquellos que sí lo pretenden; y en tercero, a todos nosotros sin distinción de experiencias.

Primero me dirijo a los que, aunque hemos tenido muchas experiencias de profundización espiritual del tipo más “usual”, no hemos recibido experiencias excepcionales del Espíritu Santo. Sería fácil para nosotros, sea por orgullo, miedo o envidia, poner en tela de juicio, o hasta negar, la validez de tales experiencias cuando otros dicen haberlas experimentado. Pero haríamos mal en hacerlo simplemente porque otros las han tenido y nosotros no. Sin duda hay que examinarlo todo, y en particular probar los espíritus (1 Ts.5:21; 1 Jn.4:1). Quizás fuéramos más sabios si en algunos casos mantuviéramos en suspenso nuestra evaluación y juicio. Al mismo tiempo, siempre y cuando no haya nada en esa experiencia

que sea contrario a las Escrituras y que los frutos de tal experiencia parezcan ser beneficiosos para el creyente y edificantes para la iglesia, debemos estar prontos a reconocer con humildad la actuación inusitada del Espíritu Santo en otras personas y al menos decir junto con Gamaliel: “Dejadlos; porque si este consejo o esta obra es de los hombres se desvanecerá; más si es de Dios, no la podréis destruir; no seáis tal vez hallados luchando contra Dios” (Hch.5:38,39). En estos días en que el Espíritu Santo parece estarse moviendo en forma especial, todos tenemos que ser sensibles a lo que él pudiera estar diciendo y haciendo en nuestro medio. Debemos tener cuidado de no blasfemar contra el Espíritu Santo atribuyendo sus obras al diablo, ni de apagar al Espíritu resolviendo encapsularlo dentro de nuestros moldes seguros y tradicionales. Por otra parte, no debemos manifestar un descontento pecaminoso con su actuación más usual y normal en nosotros. Las experiencias “anormales” no son necesarias para la madurez cristiana. Debemos regocijarnos en lo que sabemos del Espíritu Santo como enseñador y testigo, y en el amor, gozo, paz y poder que nos ha dado.

En segundo lugar, una palabra a quienes les pueda haber sido dada una visitación inusitada del Espíritu. Por supuesto están dando gracias a Dios por la gran gracia que les ha concedido; pero recuerden que el Espíritu Santo es un Espíritu soberano. No solamente da los distintos dones espirituales “como él quiere” (1 Co.12:11), sino que ejercita esos ministerios que están fuera de lo común también como él quiere. Es comprensible que quieran testificar de lo que Dios ha hecho en ustedes, pero les rogaría que no tratasen de meter en la misma horma a todas las experiencias espirituales, y que ni aun se imaginen que el Espíritu Santo tiene necesariamente el deseo de darle a otros lo mismo que han recibido ustedes. Son las *gracias* espirituales las que deben ser comunes a todos los cristianos y no los dones o experiencias espirituales. Dicho en forma concisa, que sus experiencias les conduzcan a la adoración y la alabanza; y que la exhortación a otros esté basada no en sus experiencias sino en las Escrituras. En especial les supliría que no insten a la gente a que experimenten un “bautismo del

Espíritu” como experiencia posterior y subsiguiente a la conversión, pues no tiene base en las Escrituras. En vez de ello, ínstennos hacia lo que sí es constantemente enfatizado en las Escrituras: que no apaguemos o contristemos al Espíritu Santo (Ef.4:30; 1 Ts.5:19) sino que andemos en el Espíritu y seamos llenos del Espíritu (Gá.5:16; Ef.5:18). Incítennos hacia estas cosas y les estaremos agradecidos.

Tercero, una exhortación para todos nosotros, sea cual fuere nuestra condición espiritual. Busquemos constantemente ser llenos del Espíritu, ser guiado por el Espíritu, andar en el Espíritu. ¿Será posible que gustosamente ocupemos juntos este terreno común para que no haya división entre nosotros? Y podemos además concordar en que la principal condición de ser llenos es estar hambrientos y sedientos. Las Escrituras nos dicen que Dios llena de bien al alma hambrienta, y a los ricos envía vacíos. “Abre tu boca, y yo la llenaré”, nos dice (Sal.81:10). Lo cual no significa que jamás en este mundo dejaremos de tener hambre o sed. Por supuesto, Dios en Cristo satisface nuestra hambre y sacia nuestra sed, pero sólo en la vida venidera no tendremos hambre ni sed (Apoc.7:16). En esta vida solo satisfacemos transitoriamente nuestra hambre. Jesús dijo “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia” (Mt.5:6) dándonos a entender que estar sedientos y hambrientos de justicia es un estado tan permanente del cristiano como ser “pobres en espíritu” o “mansos” o “misericordiosos”. De manera que ni los que han tenido experiencias especiales ni los que no las han tenido vayan a pensar que ya lo han “alcanzado” todo y que Dios no les puede llenar aún más de sí mismo. Todos necesitamos escuchar y obedecer la benigna invitación de Jesús: “El que tiene sed, venga a mí y beba”. Debemos aprender a seguir viniendo a Jesús y a seguir bebiendo. Solamente así, dicho en las palabras sabias y equilibradas del *Libro de Oración Común*, “creceremos diariamente en el Espíritu Santo, más y más, hasta que lleguemos al reino eterno de Dios”.

### III.

## El fruto del Espíritu

Ya más de una vez me he referido al “fruto del Espíritu”. Es tiempo ahora de examinar en mayor detalle qué quiere decir esta frase. La expresión nos llega de la carta de Pablo a los Gálatas. He aquí sus palabras:

Mas el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad [o fe], mansedumbre, dominio propio (Ga. 5:22,23a BLA).

La sola enumeración de estas gracias cristianas debiera ser suficiente para que se nos haga agua la boca y el corazón palpite con mayor celeridad. Porque aquí tenemos un retrato de Jesucristo. Ningún hombre o mujer ha exhibido jamás estas cualidades con tal equilibrio o en tal perfección como Jesucristo. Pero ésta es justamente la clase de persona que todo cristiano anhela ser.

Se ha intentado clasificar de diversas maneras las nueve cualidades listadas por Pablo. Ninguna de las clasificaciones es satisfactoria del todo, y estamos en peligro de imponer una artificial. Pero quizás la más sencilla es la que las toma como tres grupos de tres, cada uno de los cuales describe un aspecto de nuestros vínculos cristianos: primero hacia Dios, luego hacia otros y por último hacia nosotros mismos.

Primeramente está nuestra relación con Dios: “amor, gozo, paz”. El Espíritu Santo pone el amor de Dios en nuestros corazones, el gozo de Dios en nuestras almas y la paz de Dios en nuestras mentes. Amor, gozo y paz infiltran toda la vida de un cristiano lleno del Espíritu. Es más, puede decirse que constituyen sus características principales y perdurables. Todo lo que hace está pensado en amor, emprendido con gozo y llevado a cabo en paz.

En segundo lugar está nuestra relación con otros: “paciencia, benignidad, bondad”. Aquí está la paciencia que soporta la falta de cortesía y amabilidad por parte de otros y se niega a devolver en la misma moneda; aquí la benignidad que va más allá de la tolerancia negativa de no desearle mal a nadie a la benevolencia positiva de desearle bien a todos; y la bondad que toma los deseos en hechos y toma la iniciativa de servir a la gente en maneras concretas y constructivas. No es difícil imaginar estas tres virtudes como escalones ascendentes en nuestra actitud hacia otros.

Tercero, nuestra relación con otros: “fidelidad, mansedumbre, dominio propio”. La palabra que aquí se traduce “fidelidad” generalmente se traduce “fe” (*pistis*). Pero su significado aquí parece ser más bien no la fe que se apoya en Cristo o en otros, sino la fidelidad que invita a que otros confíen en nosotros. Más sencillamente, no es confianza sino confiabilidad, la confiabilidad sólida de quienes siempre cumplen sus promesas y terminan las tareas que se han impuesto. La mansedumbre no es cualidad de los blandos y débiles, sino de los fuertes y enérgicos, cuya fuerza y energía se mantienen bajo control. El dominio propio es dominio de la lengua, los pensamientos, los apetitos y las pasiones.

Tal es este retrato de Cristo y, por tanto, de todo cristiano equilibrado, que es semejante a Cristo y está lleno del Espíritu (al menos idealmente). No tenemos la facultad de escoger libremente entre estas cualidades. Porque es en forma conjunta que constituyen la semejanza a Cristo (cual un racimo de fruta). Cultivar unos sin los otros es ser un cristiano desequilibrado, desproporcionado. El Espíritu da dones diferentes a distintos cristianos, como veremos en el próximo capítulo, pero produce el mismo fruto en todos. No está contento si mostramos amor hacia otros, pero no tenemos dominio propio; o gozo y paz en nuestro interior sin benignidad para con otros; o una paciencia negativa sin bondad positiva; o mansedumbre y docilidad sin la firmeza de la confiabilidad cristiana. El cristiano desproporcionado es un cristiano carnal; pero sólo el cristiano lleno del Espíritu demuestra un carácter cristiano equilibrado, de integridad saludable y plenitud.

¿Cómo pueden desarrollarse estas cualidades? Esa es la pregun-

ta que quisiéramos dirigirle al apóstol. Su respuesta la podemos deducir al observar que las nueve virtudes están reunidas juntas bajo la única expresión, “el fruto del Espíritu”. Son importantes las verdades que emergen de esta metáfora.

### **Su origen sobrenatural**

La primera verdad es que el fruto del Espíritu es de origen sobrenatural. Esto es evidente por cuanto las cualidades listadas son fruto del *Espíritu*. Se le atribuye al mismo Espíritu Santo su producción. Son la cosecha que él cultiva y siega en la vida de las personas que llena.

El contexto también agrega fuerza a esta verdad, pues “el fruto del Espíritu” es contrapuesto en forma deliberada a “las obras de la carne”. En el lenguaje paulino, “la carne” no se refiere a la sustancia que cubre nuestra osamenta sino a nosotros, todo nuestro ser como es por propia naturaleza: caído, pecaminoso y egoísta. Por otra parte, “el Espíritu” no se refiere a nuestro espíritu, ni a una parte de nosotros mismos, sino al propio Espíritu de Dios que reside en personas cristianas y se preocupa por transformarlos en la imagen de Cristo. Teniendo en cuenta esta distinción entre “carne” y “Espíritu” podemos decir que “las obras de la carne” son obras que hacemos *naturalmente* cuando quedamos librados a nuestros propios recursos. “El fruto del Espíritu” consiste de las cualidades que el Espíritu produce en nosotros *sobrenaturalmente* (pues están fuera del alcance de nuestra fuerza natural) cuando somos susceptibles a su actuación.

Librados a nuestros recursos, surgen en forma natural tales pecados como “inmoralidad, impureza, sensualidad . . . borracheras, orgías” (Gá.5:19,21 BLA), en tanto que bajo la influencia del Espíritu el fruto sobrenatural es justamente lo opuesto: “fidelidad, mansedumbre, dominio propio”. Por naturaleza nos rebelamos contra Dios y caemos en “idolatría, brujería” (v.20) pero el Espíritu Santo nos conduce al “amor, gozo, paz”. Las obras de la carne son actos antisociales: “enemistades, pleitos, celos, explosiones de ira, disputas, divisiones, sectarismos, envidias” (v.20,21), en tanto que el fruto correspondiente del Espíritu es “paciencia, benignidad, bondad”.

Se ve claramente que por naturaleza todos nuestros vínculos de relación están tergiversados. Nos volvemos de Dios a los ídolos. Tenemos divergencias con otras personas y vivimos en discordia. Nos damos todos los gustos en vez de controlarnos. Es obra sobrenatural de la gracia de Dios vivir en armonía con Dios y con otros, ejerciendo firmemente nuestro dominio propio. Es el “fruto del Espíritu”.

En realidad este fruto (conjunto de estas cualidades cristianas) es la mejor evidencia puesta a nuestra disposición — porque es totalmente objetiva — de que el Espíritu Santo está morando en nosotros en toda su plenitud. La verdadera prueba de una obra profunda del Espíritu de Dios en un ser humano son estas cualidades morales de semejanza a Cristo y no experiencias subjetivas emocionales ni señales espectaculares. Aquí tenemos un cristiano que dice haber tenido grandes experiencias, pero a quien le faltan amor, gozo, paz, benignidad y dominio propio; ¿acaso no diremos que hay algo de falso en sus afirmaciones? Pero allí tenemos a otro cristiano que nos trae en su carácter y personalidad el dulce aroma del Señor Jesús, sin importar las experiencias o dones que tenga: ¿no preferiremos acaso su compañerismo? Porque en él vemos una muestra de la gracia de Dios y un templo del Espíritu Santo.

### Su crecimiento natural

La siguiente verdad que debemos notar es que estas cualidades son descritas como **fruto del Espíritu**. Dadas las condiciones apropiadas todo fruto crece naturalmente. Es cierto que a veces decimos que “aceleramos” a las plantas poniéndolas en un invernadero a cierta temperatura. Pero “acelerar” en este contexto sólo significa acelerar su crecimiento proveyendo artificialmente las condiciones bajo las cuales mejor crecen naturalmente. Pero el proceso de crecimiento en sí (aun en un invernadero) no es artificial sino natural.

Al darle al carácter cristiano el nombre de “fruto del Espíritu” el apóstol Pablo enseñaba no sólo que es sobrenatural en origen (fruto del *Espíritu*) sino que también es de crecimiento natural (fruto del *Espíritu*). Es importante mantener el equilibrio entre estas

dos verdades, especialmente por la siguiente razón. Mucha gente podría suponer que ya que la vida santa es producto del Espíritu Santo no hay nada que puedan ellos contribuir al proceso. Pero el solo hecho de que el Espíritu lo produzca como su “fruto” nos indica de inmediato que hay ciertas condiciones de las cuales depende el crecimiento y de las cuales tenemos que hacemos responsables. Porque lo natural es siempre condicional. Se hace natural solamente cuando las condiciones son apropiadas.

Esta lección de horticultura es de similar aplicación al crecimiento hacia la madurez cristiana. Pablo mismo hace la aplicación en el capítulo siguiente. He aquí un buen ejemplo de la necesidad de ver a cada texto en su contexto más amplio sin hacer caso de las divisiones por capítulo de nuestras Biblias. Pues si en el capítulo 5 habla del “fruto”, en el 6 habla de la “siembra” de la cual depende, al fin de cuentas, toda siega. Sus palabras son:

No os dejéis engañar, de Dios nadie se burla, pues todo lo que el hombre siembra, eso también segará. Porque el que siembre para su propia carne, de la carne segará corrupción, pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna (6: 7,8 BLA).

El principio fundamental está contenido en la frase “todo lo que el hombre siembra, eso también segará”. Es principio inflexible de todos los tratos de Dios, ley que posee su propia congruencia, y que es aplicable en las esferas físicas y morales, en el carácter humano y en la naturaleza. Siempre, invariablemente, cosechamos lo que sembramos. En consecuencia, y por esta confiabilidad de Dios, podemos determinar por adelantado qué hemos de cosechar decidiendo lo que vamos a sembrar. Si un agricultor desea cosechar avena, tiene que sembrar avena. Sería ridículo que sembrase centeno o trigo en ese caso. Y el mismo principio se aplica al comportamiento humano. Si el Espíritu de Dios ha de producir buen fruto en nuestra vida, tenemos que sembrar buena semilla. Bien lo expresa el viejo refrán inglés:

Siembra un pensamiento y segará un acto;  
Siembra un acto y segará un hábito;  
Siembra un hábito y segará un carácter;  
Siembra un carácter y segará un destino.

Es ley inalterable. Como dice Pablo, “de Dios nadie se burla”. El verbo griego usado aquí es una expresión muy gráfica. Literalmente significa “desdeñar, mirar con desprecio”. Quiso decirnos que no podemos tratar a Dios con desdén, ni despreciar las leyes que él ha establecido. Sin embargo, hay cristianos que se sorprenden de que no cosechan fruto del Espíritu, aunque han gastado mucho de su tiempo sembrando para la carne. ¿Acaso suponen que pueden timar o engañar a Dios, torciendo sus leyes a conveniencia propia?

Veamos con más precisión qué nos quiere decir el apóstol. A semeja nuestra personalidad a un campo en el cual vamos sembrando cada día. Es un campo que consta de dos partes. A una sección la llama “la carne” (es decir, nosotros o lo que somos por naturaleza) y a la otra, “el Espíritu” (o sea, el Espíritu Santo o lo que somos por gracia). Es posible sembrar en una u otra parte del terreno. Un cristiano decide sembrar “para su propia carne” en tanto que otro lo hace “para el Espíritu”. Como resultado, siegan cosechas distintas. ¿Qué es este sembrar? y ¿Qué es este segar?

Al decir “sembrar”, el apóstol parece referirse al conjunto global de nuestros pensamientos, hábitos, forma de vida, dirección de vida y disciplina de vida. Incluye la gente que frecuentamos (“dime con quien andas...”), las amistades que cultivamos, lo que leemos, las películas que vemos en la televisión o en el cine, las cosas con que ocupamos nuestro tiempo libre, y todo aquello que absorbe nuestro interés, usa nuestra energía y domina nuestra mente. Es respecto a todas estas cosas que tenemos que tomar decisiones, tanto en lo que respecta al sentido general de nuestra vida como a las miles de escogencias menores que se nos presentan día a día. Con todas estas cosas estamos sembrando, constantemente sembrando, y según lo que decidamos, escojamos y sembremos, será nuestra cosecha. Vez tras vez vuelve Pablo a este tema en sus cartas, y lo ilustra con abundantes metáforas. A veces es nuestra ropa, lo que nos quitamos y lo que nos ponemos. A veces es cuestión de hazañas atléticas, huir de unas cosas y perseguir a otras. Incluso es a veces cosa de vida y muerte, pues tenemos que matar (hasta por crucifixión) nuestros deseos y pasiones pecaminosos y vivir sensibles a las incitaciones del Espíritu. Pero la que más enfatiza, de

todas estas imágenes, la *naturalidad* del crecimiento cristiano hacia la madurez dadas las condiciones apropiadas, es la de la necesidad de sembrar la semilla correcta en el campo que corresponda si es que esperamos segar la cosecha del Espíritu.

¿Qué cosecha? Sembrar para la carne, nos dice, es segar “corrupción”. Es una palabra fea que trae a nuestra mente horribles imágenes de descomposición, putrefacción, muerte y cadáveres corrompidos. Es probable que quiera decir no sólo un carácter en deterioro constante en esta vida sino también ruina en la vida venidera. Por contraste, sembrar “para el Espíritu” es segar “vida eterna”, vale decir una comunión en constante profundización con Dios ahora (“esta es la vida eterna: que te conozcan a ti...”, Jn. 17:3), y esa inimaginable plenitud de comunión con él que nos espera en aquel día. Así es que no sólo nuestro carácter moral en este mundo, sino también nuestro destino en el próximo, depende de la semilla que sembremos ahora y de dónde la sembremos.

### **Su maduración gradual**

Hay una tercera lección que podemos aprender del uso que hace el apóstol de la metáfora del “fruto”. Nos basta un conocimiento muy elemental de la botánica para darnos cuenta que los procesos de Dios son de maduración lenta. Como dijo Jesús en su parábola del crecimiento de la semilla, “primero hierba, luego espiga, después grano lleno en la espiga”. Si lo aplicamos al cultivo de fruta, diríamos: “Primero la hoja; luego el capullo; luego la flor; después el fruto fertilizado en embrión, pero aún duro, verde y sin atractivo; luego el henchimiento, reblandecimiento y un primer asomo de cálido color; por último, el fruto jugoso y maduro del verano”. Es un proceso que es natural, condicional y gradual. Y lo que es cierto del fruto del huerto lo es también del fruto del Espíritu. El Espíritu Santo implanta vida en el alma instantáneamente en el nuevo nacimiento (no importa cuánto haya tardado el proceso de su preparación); pero se toma su tiempo, un largo tiempo, para producir un carácter cristiano maduro.

Este énfasis en el carácter gradual de la santificación no es factor atenuante para nuestra continua pecaminosidad, ni ha de alentar

nuestra haraganería, ni hacemos bajar las metas, sino advertimos contra los jardineros falsos, que nos ofrecen fruto maduro instantáneo. Nuestra era es más era de maquinaria que de agricultura. Su símbolo es más el martillo que la hoz. La automatización supone velocidad. La computadora nos da las respuestas en segundos. Pero...el Espíritu Santo no tiene prisa. El carácter cristiano es producto de toda una vida.

Comprender lo gradual de la obra de Dios debiera hacernos colaboradores más activos del Espíritu (el horticultor divino) en su cultivo del fruto, más vigilantes en nuestra siembra si es que nos importa una buena cosecha, y más disciplinados en nuestros hábitos devocionales públicos y privados, para que podamos, a través de estos medios de la gracia divina, crecer en gracia y para que el fruto del Espíritu pueda henchirse y madurar en nosotros.

Charles Simeón, profesor de la Universidad de Cambridge y pastor del siglo pasado, cuya influencia espiritual profunda puede aún palpase hoy por la gracia de Dios, era por naturaleza un hombre impetuoso, orgulloso, de caldeado temperamento. Cuando visitó por primera vez a Henry Venn (cristiano evangélico de Yelling, Inglaterra), la hija mayor de éste describió vívidamente el encuentro (citado por Michael Hennell): “Es imposible pensar en algo más ridículo que sus gestos y apariencia. No se pueden imaginar sus muecas. Así es que tan pronto se hubo ido, nos reunimos en el estudio para dar curso a una risa incontenible”. El historiador continúa relatando que “su padre las llevó al jardín y, aunque recién empezaba el verano, les pidió que le cortasen uno de los melocotones, todavía verde. Cuando se mostraron sorprendidas, les dijo: ‘Bueno, queridas mías, se ve que está verde ahora y que debemos esperar para saborearlo. Pero un poco más de sol, unas pocas lluvias más, y este melocotón será dulce al paladar y maduro. Así es también con el Sr. Simeon’.”<sup>(1)</sup> Y así fue, pues así como sembró, cosechó, y bajo la benigna influencia del Espíritu Santo llegó a tener un carácter cristiano, manso, humilde y amoroso.

(1) Michael Hennell, *John Venn and the Clapham Sect* (Lutterworth Press, London, 1958), pp. 89, 90

### Aplicación

Comencé con una enumeración y clasificación de las nueve cualidades cristianas que conjuntamente forman “el fruto del Espíritu”, y sugerí que el mero repaso de estas cualidades debiera ser suficiente para estimular el apetito espiritual del cristiano. Incluso doy por hecho que tenemos “hambre y sed de justicia” y que buscamos “primeramente el reino de Dios y su justicia” (Mt. 5:6; 6:33). También hemos considerado tres razones por las que estas cualidades pueden denominarse “fruto del Espíritu”. Y para terminar podríamos aprender una lección de cada una.

Primeramente, ya que la semejanza a Cristo es de origen sobrenatural, necesitamos *humildad* y *fe*: humildad para reconocer que nosotros no podemos por nuestros propios medios producir esta cosecha del terreno de “la carne”, y fe para creer que Dios puede hacer que madure en nosotros como fruto del Espíritu. Jesús enseñó: “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como la rama no puede dar fruto por sí misma, si no está unida a la vid, así tampoco vosotros si no estáis unidos a mí” (Jn. 15:4 BLA). La santidad empieza con desesperar de uno mismo. Sólo de esa desesperación puede nacer la fe. No poner confianza en la carne, porque nuestra convicción de que en ella “no mora el bien” (Ro.7:18) es requisito esencial para la plena confianza en el Espíritu.

En segundo lugar, ya que la semejanza a Cristo crece en forma natural, dadas las condiciones apropiadas, necesitamos *disciplina* para asegurar que las condiciones sean las mejores. Sólo se siembra lo que se siega. Esto quiere decir que debemos ser diligentes en la siembra, que requerirá el cultivo de hábitos disciplinados del pensamiento (fijar nuestras mentes en lo bueno) y de la vida (especialmente en la meditación diaria de la palabra de Dios y la oración). El crecimiento natural es un crecimiento condicional. Sé concienzudo en cuanto a asegurar y mantener las condiciones, y el crecimiento será consecuencia fija. Si cuidamos de las semillas, el Espíritu Santo cuidará del fruto.

Tercero, ya que la semejanza a Cristo es de maduración gradual, necesitamos *paciencia* en la espera. Llamémoslo “paciencia impaciente” si queremos, pues por paciencia no quiero decir cruzarnos

de brazos. Cada jardinero, cada agricultor, cada hombre de campo cuyo medio de vida depende de la tierra conoce la necesidad de la paciencia. No sirve de nada tratar de cambiar el orden de las estaciones o las leyes del crecimiento que Dios ha establecido. Como escribiera Santiago en otro contexto, “Mirad cómo el labrador espera el precioso fruto de la tierra, aguardando con paciencia hasta que reciba la lluvia temprana y la tardía” (5:7). Estaba instando a una espera paciente de la venida del Señor, pero bien podría haber aplicado sus palabras a una espera paciente por el fruto del Espíritu. Como ya hemos visto, debemos cumplir las condiciones, pero luego debemos esperar en el Señor, esperando de él la maduración del fruto hasta que al final llegue la cosecha: un carácter cristiano maduro para esta vida y una entera semejanza a Cristo para la venidera.

## IV. Los dones del Espíritu

Hasta este momento, en nuestro estudio del Espíritu Santo nos hemos concentrado en su obra en el creyente individual. Primero recibe el cristiano el don o bautismo del Espíritu al comenzar la vida cristiana, luego busca apropiarse en forma continua y creciente de la plenitud del Espíritu, lo que da como resultado el fruto del Espíritu que va madurando paulatinamente en su vida. Los dones que consideraremos ahora también son dados al creyente individual pero tienen como finalidad el saludable crecimiento de la iglesia.

Al escribir respecto a la iglesia, los escritores del Nuevo Testamento con frecuencia contraponen su unidad y su diversidad. Ambas son obra del Espíritu Santo. La iglesia es una porque un solo Espíritu mora en todos los creyentes. La iglesia es diversa porque el único Espíritu distribuye dones diferentes a todos los creyentes. Así es que el don del Espíritu (que Dios nos da) crea la unidad de la iglesia, en tanto que los dones del Espíritu (que el Espíritu nos da) diversifican el ministerio de la iglesia. Podemos expresar la misma verdad con referencia a la gracia de Dios. La iglesia debe su unidad al *charis* (gracia) y su diversidad al *charismata* (dones de gracia).

Podemos encontrar cuatro listas distintas de dones espirituales en el Nuevo Testamento. La más famosa aparece en 1 Corintios 12. De igual importancia es la de Romanos 12:3-8. Aparecen listas más cortas en Efesios 4:7-12 y en 1 Pedro 4:10-11. Partiendo de estos pasajes y otros intentaremos descubrir cuál es la naturaleza de los dones espirituales, cuántos son, su relación a los dones o talentos naturales, si son todos milagrosos, cuáles están a nuestra disposi-

ción en estos tiempos, su alcance (a quiénes son dados), su fuente (de dónde provienen) y su propósito (para qué son dados).

### La naturaleza de los dones espirituales

El mejor punto de partida es 1 Corintios 12:4-6, donde Pablo nos dice:

Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo, y hay diversidad de operaciones, pero Dios, que hace todas las cosas en todos es el mismo.

El apóstol quiere recalcar que, aunque los dones sean diversos, el Dador es uno sólo. Afirma esta verdad tres veces, relacionando cada vez los dones a una distinta persona de la Trinidad (“el Espíritu es el mismo”, “el Señor es el mismo”, “Dios es el mismo”). También usa tres palabras distintas para referirse a los dones en sí. Primero (v.4), son *charismata*, dones de la gracia de Dios. Luego (v.5), son *diakoniai*, formas de servicio. En tercer lugar (v.6) son *energumata*, o sea energías, actividades o poderes, que el mismo Dios inspira o energiza (*energón*) en cada uno. Luego hay “variedades” o “distribuciones” (*diareseis*) de cada grupo. Juntando las tres palabras, quizás podríamos definir los dones espirituales como “ciertas capacidades, otorgadas por la gracia y el poder de Dios, que capacitan a las personas para un servicio correspondiente y específico”. Por tanto, un don espiritual o *charisma* de por sí solo no es una capacidad, ni un ministerio ni un oficio o posición, sino la capacidad que hace que una persona sea apta para un ministerio o servicio. Dicho de forma más sencilla se lo puede considerar ya sea como un don y el trabajo en el cual se ha de ejercer, o una tarea y el don que capacita para realizarla.

Estamos listos, pues, para plantear ciertas preguntas respecto a estos dones que aumentarán nuestro entendimiento de su naturaleza.

### ¿Cuántos dones distintos existen?

El interés de algunos cristianos se reduce principalmente a tres dones, es decir, “lenguas, profecía y sanidad”. Pero, por supuesto, hay más dones aparte de ese trío tan emocionante. He visto un

libro, y también un folleto, intitulados **Los Nueve Dones del Espíritu**. Uno se da cuenta que el motivo del autor al limitar los dones a nueve es trazar un paralelo con las nueve partes del fruto del Espíritu, pero es un error restringir su cantidad de este modo. Claro que es cierto que se incluyen nueve dones en la primera lista registrada al comienzo de 1 Corintios 12. Pero también es cierto que la segunda lista al final del mismo capítulo incluye nueve, de los cuales sólo cinco coinciden con la lista anterior. Así que solamente en 1 Corintios 12 se mencionan catorce dones. Luego hay una lista de siete en Romanos 12 (cinco de los cuales no aparecen en las de 1 Corintios 12), una lista de cinco en Efesios 4 (dos de los cuales no incluidos en los anteriores) y sólo dos dones en 1 Pedro 4, uno de los cuales (“si alguno habla”, v.11) no ha sido mencionado en forma específica anteriormente. No es siempre muy claro, cuando tratamos de comparar las cinco listas, cual don corresponde a cual, pero es casi seguro que veinte o más dones distintos se mencionan en el Nuevo Testamento en total.

Más aún, no hay razón para suponer que el total de estas cinco listas representa el catálogo definitivo y exhaustivo de todos los dones espirituales. Ya hemos notado que en las dos listas que aparecen en el mismo capítulo (1 Co. 12) sólo cinco dones se repiten, por lo que cada una tiene cuatro que le son privativos. La lista de Efesios tiene dos no mencionados en Corintios. Ningún don aparece en las cinco listas, y trece de ellos aparecen en una sola. Su disposición parece casi cosa de azar, como si se quisiera llamar la atención al hecho de que cada lista es una selección de un total mucho mayor.

Además, ¿acaso no sabemos por la historia y nuestra experiencia de dones que el Espíritu Santo ha dado a ciertas personas que no están incluidas en ninguna de las listas bíblicas? La habilidad de Carlos Wesley como escritor de himnos, ¿no es tanto un *charisma* como el don de su hermano Juan como evangelista? Y ¿qué diremos de cantantes evangélicos, poetas cristianos, y hombres y mujeres con dones espirituales sobresalientes (no puedo describirlos con otra expresión) en literatura cristiana, composición musical, radio y teledifusión? Sólo una de las listas incluye “evangelistas”.

¿Debemos entender que este es un don “compréndelotodo” que deben reclamar todos los que están envueltos en alguna forma de evangelización? ¿Acaso nuestra experiencia con la variedad de dones evangélicos dados por Dios no nos sugiere que quizás haya el don de evangelización por cruzadas, otro de evangelización en los hogares, otro de evangelización por contactos de amistad, otro de evangelización en encuentros casuales, otro de evangelización por enseñanza, otro por literatura, y muchos otros más?

Me aventuro a sugerir que nuestro Dios, en esto de los dones, se muestra también como un Dios de diversidad rica y colorida, al igual que lo vimos en relación con experiencias de profundización espiritual. Nuestra tendencia humana es tratar de encajonar a Dios dentro de los confines arbitrarios de nuestros razonamientos limitados, de crear normas rígidas, inflexibles para aplicar a la experiencia y al ministerio. Pero el Dios de la creación quiso hacer, e hizo, una variedad casi interminable de criaturas fascinantes, y aun entre los seres humanos hay complicados patrones de tipos raciales y temperamentales. La Escritura nos sugiere que el Dios de la redención también es así. En un pasaje la sabiduría salvadora de Dios nos es pintada por Pablo como “multicolor” (*polupoikilos*, Ef. 3:10). La misma palabra, aunque ya sin el prefijo, se aplica respecto a su gracia en otorgar dones espirituales. Se nos insta a ejercitar los dones que hemos recibido “como buenos administradores de la multiforme (*poikilos*, jaspeada, matizada, variada) gracia de Dios” (1 P. 4:10). Se aplicaba la palabra al mármol, a las telas bordadas y a las alfombras orientales, por ejemplo. La gracia de Dios es como un tapiz muy labrado, y la rica diversidad de dones espirituales es como los muchos hilos de muchos colores que son entretreídos para formar la belleza del conjunto.

Respondiendo a nuestra primera pregunta, “¿cuántos dones distintos existen?”, debemos responder: Al menos veinte son específicamente mencionados en el Nuevo Testamento, y el Dios viviente que ama la variedad y es un dador generoso bien pudiera otorgar muchos, muchos más. Pablo recalca este punto con su repetición enfática al introducir el tema. Escribe que, como contraste

a que es un solo Espíritu, hay *diversidad de dones, diversidad de ministerios y diversidad de operaciones* (1 Co. 12:4-6).

### **La relación entre los dones espirituales y los talentos naturales**

¿Cuál es esta relación? Hay quienes de inmediato contestarían que ninguna, en tanto que otros escriben y hablan al respecto como si no hubiera diferencia digna de notarse entre los dos. Ambas posiciones son extremas. Alguna diferencia tiene que haber, puesto que el Dios de la creación y la providencia da talentos a todos los seres humanos (así podemos decir que alguien tiene un “don” artístico, o musical, o que fulano tiene una personalidad muy “dotada”), en tanto que el Dios de la nueva creación otorga “dones espirituales” sólo a su pueblo redimido. Son los dones espirituales los que distinguen a los miembros del cuerpo de Cristo entre sí, pues cada miembro del cuerpo tiene un don o función diferente. Sin embargo hemos de tener cuidado al extraer de tal hecho la conclusión de que no hay vínculo entre los dos. Hay varias razones que nos darán qué pensar.

Primeramente, el mismo Dios es Dios de la creación y de la nueva creación, y opera a través de ambas su perfecta voluntad. Esta voluntad divina es eterna. Dios le dijo a Jeremías al llamarlo al oficio profético: “Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes de que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones” (Jer. 1:5). Pablo tenía la misma convicción respecto a sí mismo y a su vocación como apóstol. El Dios que había revelado a su Hijo en él era aquel “que me apartó desde el vientre de mi madre, y me llamó por su gracia” (Gá. 1:15, 16). Obsérvese que ambos pasajes contienen más que una simple referencia de tiempo en el sentido de que Dios sabía lo que les había de acontecer aun antes de su nacimiento. Lo que se afirma es que ya antes de sus nacimientos Dios los había consagrado o puesto aparte para el ministerio particular al que luego les llamaría. ¿Cómo no hemos de suponer que había algún tipo de vínculo entre las dos partes de su vida? ¿No estaría más de acuerdo con el Dios de la Biblia suponer que les dio dones *antes* de su llamado (acondicionamiento genético, según la terminología moderna) que surgieron y entraron en uso sólo *después* del llamado? Dios

estaba activo en ambas partes de su vida, antes y después de su llamado, ajustando perfectamente la una con la otra. De modo similar, todos los escritores de la Biblia fueron primeramente preparados por la providencia de Dios en cuanto a su temperamento, crianza y experiencia, luego inspirados por el Espíritu Santo a fin de comunicar un mensaje que era enteramente apropiado al tipo de persona que eran.

Si fuera a objetarse que lo que fue cierto de profetas y apóstoles no lo es necesariamente del cristiano común de nuestros días, tendría que contestar que las Escrituras sugieren lo contrario. Porque el benigno propósito de Dios para todos nosotros es eterno. Fue formado e incluso nos fue “dado en Cristo Jesús desde antes de la eternidad” (2 Ti. 1:9 BLA); Dios nos escogió para ser santos y nos predestinó para ser sus hijos por medio de Jesucristo “antes de la fundación del mundo” (Ef. 1:4, 5); y las buenas obras para las que fuimos creados nuevamente en Cristo son justamente aquellas que, “Dios preparó de antemano”. Esta verdad fundamental de que Dios ha planeado el final desde el principio debiera advertirnos contra una discontinuidad demasiado fácil entre naturaleza y gracia, entre nuestra vida de antes y después de nuestra conversión.

Hay una segunda razón para esperar un vínculo entre los dones naturales y los espirituales. Varios de los *charismata* no sólo no son milagrosos sino que están bien arraigados en este mundo. Son dones espirituales de naturaleza material. Quizás los más notables son los últimos tres de la lista que da Pablo en Romanos 12:

el que da, con liberalidad; el que dirige [o presta auxilios] con diligencia; el que muestra misericordia, con alegría (12:8 BLA).

No podemos dudar que estos entran en la categoría de *charismata*. La palabra misma aparece en el v.6. Y la lista está encuadrada dentro de la misma metáfora de “un cuerpo-muchos miembros” de 1 Corintios 12. Y los siete dones de Romanos 12 son catalogados en forma casi idéntica.

¿Qué son pues estos últimos tres dones? El del medio es algo ambiguo en el griego pues puede significar tanto “el que presta auxilios” (margen de BLA) como “el que dirige o preside” y es usado en este sentido en 1 Tesalonicenses 5:12 y 1 Timoteo 5:17 de líde-

res y presbíteros de la iglesia. Pero no hay ambigüedad en lo que se refiere a los otros dos dones. Uno, “el que da”, se refiere a dar dinero y se utiliza específicamente en Efesios 4:28 en el sentido de “compartir” con los necesitados. El otro es “el que muestra (o actúa con) misericordia”. Pero indudablemente los que no son creyentes pueden dar (y dan) dinero a los necesitados y muestran misericordia. ¿En qué sentido, pues, podemos decir que estos dones son “espirituales” concedidos por Dios exclusivamente a su pueblo? Dudo mucho que uno de los dones espirituales en cuestión fuera una repentina e inesperada abundancia de dinero luego de la conversión. No. Pienso que estaremos todos de acuerdo que el *con qué* (dinero para dar, fuerza para ayudar, etc.) ya estaría presente antes de la conversión de esta gente. De manera que lo nuevo, lo que convierte su dotación natural en un don espiritual estará relacionado con el *objetivo* (las causas a las que sirven y a las que dan) y el *motivo* (los incentivos que los guían). Al menos es aquí en estos aspectos donde Pablo coloca su énfasis principal. Nos dice que no debe haber una disposición de ánimo renuente o de mala gana. El dador del dinero ha de ejercitar su don “con liberalidad” (v.8) y el que muestra misericordia, ha de hacerlo “con alegría”.

Un vínculo bastante similar (entre los talentos de antes de la conversión y los dones de después) quizá exista también en los dos *charismata* anteriores que Pablo menciona en Romanos 12: “el que enseña” (v.7) y “el que exhorta” (v.8). Ya sabemos lo que significa enseñar. Pero el verbo traducido “exhortar”, *parakaleo*, tiene diversos sentidos que van desde “rogar” y “suplicar” hasta “alentar”, “confortar” y “consolar”. Ambos quizá tengan que ver con distintos aspectos de un ministerio de oratoria pública: instrucción por un lado y exhortación por el otro. Por cierto que se puede dar “exhortación” (*paraklesis*) en un discurso formal (Hch. 13:15) y por escrito (Heb. 13:22). Sin embargo, *paraklesis* es un concepto más amplio e incluye el tipo de aliento y consuelo que surgen de una amistad personal, de simpatía, de amor. Pero la gente que no es cristiana también da instrucción y aliento. En el mundo secular encontramos a muchos que, decimos, son maestros natos, y otros cuyo gran don es su comprensión, su accesibilidad, su sensibilidad

en virtud de lo cual pueden alegrar a la gente y alentarles en su camino. ¿Cuál es entonces, nuevamente, la diferencia entre el ejercicio cristiano y el no cristiano de estos dones?

En vista de lo que ya escribimos anteriormente en cuanto al Dios de la naturaleza y el de la gracia, ¿no es a priori improbable que Dios diese el don espiritual de enseñar a un creyente que antes de su conversión no podía ni enseñarle a una mosca, o un don de aliento y consuelo a un hermano o hermana que por temperamento no es simpático ni cariñoso? No es imposible para Dios. Pero ¿no concuerda más con el Dios de la Biblia, cuyos planes son eternos, suponer que sus dones espirituales encajan con sus dotes o talentos naturales? ¿Y que (por ejemplo) un “hijo de consolación” como Bernabé (Hch. 4:36) que ejercitaba su ministerio particular tanto por generosidad en el dar (v.37) y por su amistosidad personal (Hch. 9:26, 27; 11:25, 26) ya era ese tipo de persona, al menos en potencia, por nacimiento?

En este caso hemos de buscar los aspectos especiales que caracterizan y diferencian a los dones espirituales de enseñanza y aliento en el ensanchamiento, la intensificación, la “cristianización” de un don natural ya presente, o al menos latente, en la persona. Así veríamos a una persona que es un maestro muy dotado antes de su conversión, al que se le da luego el *charisma* de enseñar para habilitarlo para que exponga la palabra de Dios con lucidez, claridad y pertinencia. O quizás sea una persona muy simpática, por naturaleza, y luego de su conversión se le da el don espiritual del “aliento” o “consuelo” para capacitarlo en el ejercicio de un ministerio específicamente cristiano de “consolación en Cristo” (Fil. 2:1), tanto por su instrucción cristiana (1 Ts.4:18; Tit. 1:9) como por el calor y la fuerza de su fe cristiana (Ro. 1:12). En todas estas últimas referencias aparece la palabra *parakalēo* o *paraklēsis*.

Concluimos pues que la evidencia bíblica nos advierte que no tracemos una distinción demasiado rígida entre los dones naturales y los espirituales. En su gran obra del siglo XVII, *Pneumatología or A Discourse Concerning the Holy Spirit* (Una plática sobre el Espíritu Santo), Juan Owen hace esta distinción entre dos tipos de don espiritual: “tales que exceden todos los poderes y facultades del

pensamiento del hombre” y “tales que consisten en mejoras extraordinarias de las facultades de la mente del hombre”.<sup>(1)</sup>

### ¿Son milagrosos todos los dones espirituales?

Algunos se verán sorprendidos por la pregunta, porque nunca se les había ocurrido que todos los *charismata* implicaban un milagro. Pero debemos plantearla pues hay ahora quienes dan la impresión de que la palabra “carismático” es más o menos sinónimo de “milagroso”.

Nuestra respuesta a la pregunta tiene que comenzar con la repetición de lo dicho ya: que algunos dones, lejos de ser milagrosos, parecen ser muy “de todos los días”, incluso hasta prosaicos. No hay nada de milagroso en los dones de enseñar, alentar y consolar, dar dinero y mostrarse misericordioso. Ni hay razón, por definición de las propias palabras, para que supongamos que “palabra de sabiduría”, “palabra de ciencia” o fe (1 Co.12:8, 9) forzosamente sean o tengan que incluir milagros. La interpretación más natural sería que se refieren a una dotación especial de sabiduría y conocimiento (junto con el don de expresarlos) y un don especial de fe, no por supuesto para justificación o santificación, sino para algún tipo especial de ministerio. Como ejemplo del Antiguo Testamento, vemos que a Salomón le fue otorgado el don de la sabiduría; a los héroes de Hebreos 11 se les dio el de la fe.

Tanto Pablo como Pedro llaman don espiritual al “servir” (Ro.12:7; 1 P.4:11). Usan un verbo común, *diakonēo*, que puede referirse a cualquier tipo de ministerio, sea pastoral o (con mayor probabilidad) práctico. *Ho diakonōn* es el camarero que sirve las mesas (Lc.22:26 y sig.), y se usa la misma palabra respecto a las tareas domésticas de Marta (Lc.10:40). Pablo también hace mención en 1 Co.12:28 de dos *charismata* que la versión Reina-Valera traduce “los que ayudan” (*antilempseis*) y “los que administran” (*kuberneseis*). La primera palabra solamente aparece aquí en el Nuevo Testamento y se traduce correctamente “ayudas” o quizás “actos de ayuda”. Parece ser otra de esas palabras bastante generales como “servicio”. Por otra parte, *kuberneseis* quiere decir “ad-

(1) Cuarta edición (Richard Baynes, Londres, 1835), p.310.

ministración”, y Arndt-Gingrich agrega que “el plural indica pruebas de idoneidad para ocupar posición de liderazgo en la iglesia”. Otra palabra con la misma raíz, *kubernetes*, significa “timonel”, “piloto”, e incluso “capitán” de un barco (Hch.27:11) y se aplicaba metafóricamente en el griego clásico a personas en posiciones de liderazgo, como el gobernador de una ciudad. *Kubernesis* pareciera ser, pues, el don de guiar o gobernar a otros, incluyendo quizás la capacidad organizativa de tomar la responsabilidad por alguna parte del programa de la iglesia, o la conducción de una reunión que modera las deliberaciones con sabiduría.

¿Qué pues de los dones milagrosos? “El hacer milagros” y “los que hacen milagros” por definición caen en esta categoría, así como lo hacen probablemente “dones de sanidades” y “los que sanan”, junto con “diversos géneros de lenguas”, y la “interpretación de lenguas” (1 Co.12:9, 10,28,29). Dando por supuesto que estos son dones milagrosos, ¿son otorgados en estos tiempos? Es extraño que la gente sea tan rápida para tomar posiciones a uno y otro lado del punto en discusión, contestando “sí” o “no” sin preguntar primeramente si no hay una doctrina bíblica de los milagros a la luz de la cual pueda ser considerado y contestado el interrogante. Porque me aventuro a opinar que tanto un sí como un no ubican posiciones extremas. De hecho, un ¡No! dogmático, acompañado por el comentario “los milagros no ocurren en estos tiempos” o (peor aún) “no ocurren milagros”, es una posición que un cristiano bíblico hallará imposible sostener. El Dios en el cual creemos es el Creador soberano y libre del universo. Sostiene todas las cosas por la palabra de su poder. Toda la naturaleza le está subordinada. Y no sólo puede hacer milagros sino que *los ha hecho*. ¿Quiénes somos nosotros para circunscribir su poder y decirle qué es lo que puede o no puede hacer?

Pero la posición opuesta es igualmente insostenible. En su forma más extrema es la creencia de que casi todo lo que Dios hace es milagroso. Pero por definición un milagro es un acontecimiento extraordinario, una desviación creativa de las formas naturales y normales en que Dios opera. Si los milagros fuesen cosa de todos los días, dejarían de ser milagros. Sin embargo hay

cristianos que sólo ven la actividad de Dios en lo milagroso. Lo han convertido en una especie de mago. De allí la necesidad urgente de que todos nosotros comprendamos la revelación bíblica de un Dios viviente que actúa primordialmente en lo natural, no lo sobrenatural, en la historia, no en los milagros. Es el Dios altísimo “que tiene el dominio en el reino de los hombres” (Dn.4:32), a quien “las naciones le son como la gota de agua que cae del cubo” y “que hace desaparecer las islas como polvo” (Is.40:15), el que “es el juez; a éste humilla, y a aquel enaltece” (Sal.75:7). Es él quien “hace salir su sol” y “hace llover” (Mt.5:45), quien mantiene el ritmo de las estaciones (Gn.8:22; Hch.14:17), quien rige “la braveza del mar” (Sal.89:9), quien alimenta a las aves del cielo y viste las flores del campo (Mt.6:26,30), y tiene la vida del hombre en su mano (Dn.5:23).

Una vez que vemos al Dios viviente operando incesantemente a través de los procesos de la historia y la naturaleza, empezaremos a darnos cuenta (por ejemplo) que *toda* sanidad es sanidad divina sea con el uso de medios psicológicos, físicos o quirúrgicos, o sin ellos. A este último bien se le puede denominar “sanidad milagrosa”, en tanto que lo anterior no es milagroso, *pero ambos son “sanidad divina”* por igual.

Una forma menos extrema de esta posición es sostener que aunque todo lo que Dios hace no es milagroso, quiere que los milagros sean parte tan integral de nuestra vida y ministerio como lo fueron de la vida y ministerio del Señor Jesús. Tal posición no puede ser sostenida por los que derivan su doctrina de los milagros de las Escrituras. Pues aunque la Biblia contiene cierto número de relatos de milagros, no es exclusivamente un libro de milagros al igual que el Dios de la Biblia no es exclusivamente un Dios de milagros. Hay grandes extensiones de historia bíblica que no registran milagro alguno. Se dice de Juan el Bautista, de quien Jesús afirmó que era el más grande de la antigua dispensación, que no llevó a cabo ninguna señal o milagro (Jn.10:41). En realidad cuando tratamos de ubicar dónde están localizados los milagros bíblicos, vemos que se agrupan en las Escrituras como constelaciones en el cielo nocturno. Primero se agrupan alrededor de Moisés (las plagas

de Egipto, el cruce del Mar Rojo, el maná, el agua, etc.), luego alrededor de Elías, Eliseo y los profetas, en tercer lugar alrededor del propio Señor Jesús y por último alrededor de los apóstoles. ¿No son estas las épocas principales de la revelación: la ley, los profetas, el Señor, los apóstoles? Y el principal propósito de estos milagros sin duda fue autenticar cada nueva etapa de revelación. Por ejemplo, la singularidad de Moisés como profeta (a quien conocía Jehová “cara a cara”) fue confirmada por la singularidad de sus milagros (“nadie como él en todas las señales y prodigios que Jehová le envió a hacer”) (Dt.34:10,11). De modo semejante, el ministerio del Señor Jesús fue “aprobado por Dios . . . con las maravillas, prodigios y señales que Dios hizo . . . por medio de él” (Hch.2:22). Dios también dio testimonio al mensaje de los testigos presenciales apostólicos “con señales y prodigios y diversos milagros y repartimientos<sup>(2)</sup> del Espíritu Santo según su voluntad” (Heb. 2:3,4). Por ésto es correcto referirse al libro de Hechos como “los Hechos de los Apóstoles”, pues todos los milagros que Lucas registra en el libro fueron ejecutados por los apóstoles (comp.Hch.2:43; 5:12). Las dos únicas excepciones eran hombres que habían sido expresamente designados por la imposición de manos de los apóstoles (Hch.6:8; 8:6,7). También los milagros de Pablo fueron descritos por él como “las señales de un verdadero apóstol” (2 Co.12:12 BLA).<sup>(3)</sup>

¿Cuál ha de ser nuestra respuesta a los supuestos milagros de

(2) La palabra aquí no es *charismata* sino *merismoi*, “distribuciones”, y quizás se refiera más a la distribución de poderes, cual lo sugiere el contexto, que de dones.

(3) Las palabras que se le atribuyen al Señor resucitado de que “señales seguirán a los que creen” aparecen en la denominada “terminación larga” del evangelio de Marcos (16:17,18) que las traducciones modernas publican generalmente bajo la salvedad de que probablemente no formó parte del manuscrito original (pues, por ejemplo, no forma parte de los códices Sinaítico y Vaticano). También se sabe dar como Adición o apéndice otra terminación, la corta, que aparece en algunos manuscritos. La mayor parte de los eruditos son de la opinión, en vista del escaso apoyo que tienen esas terminaciones en los manuscritos existentes, de que el evangelio de Marcos termina abruptamente con el v.8 ó que originalmente tenía una terminación que incluía las apariciones del Señor resucitado pero que esta terminación se perdió accidentalmente (ésto es la más probable). Esto explicaría las terminaciones alternativas que otras manos proveyeron. Valga lo anterior para hacernos recapacitar en lo extremadamente precario que sería basar una creencia en la “normalidad” de los milagros partiendo de esta “terminación larga” ya que es casi seguro que no fue escrita por Marcos y por tanto no podemos asegurar que sea un auténtico dicho de Jesús.

nuestros tiempos? No debe ser una incredulidad obtusa (“ya no ocurren milagros”) ni una ingenuidad falta de crítica (“¡por supuesto que ocurren milagros todo el tiempo!”), sino más bien un espíritu interrogante y abierto: “Supongo que los milagros no son cosa de todos los días, pues ya está completa la revelación que autentificaban; pero dado que Dios es soberano y que Dios es libre, bien pudiera ser que surgieran situaciones particulares en los que le plazca hacerlos”.

### ¿Nos son dados todos los dones espirituales bíblicos en estos tiempos?

Ya hemos sugerido que las cuatro listas bíblicas no son exhaustivas, y que podría haber dones espirituales ahora que no están incluidos en ninguna. Ahora debemos recalcar el punto opuesto, de que no todos los veinte o más dones que sí están listados están ahora a nuestra disposición. Dejando a un lado los dones milagrosos, que ya hemos considerado, enfoquemos la cuestión de si hay “apóstoles” y “profetas” en la iglesia de hoy. Tal cosa se da por sabida entre los que parten de la presuposición de que todos los *charismata* mencionados en el Nuevo Testamento siguen vigentes hoy. Tales cristianos dicen que no hay evidencia bíblica alguna de que tales dones fuesen “retirados de circulación”. Por el contrario, hay evidencia de justamente aquello de lo cual dicen que no la hay.

La palabra “apóstol” probablemente se aplique en tres sentidos en el Nuevo Testamento. Solamente en un texto se aplica a todos los cristianos, allí cuando Jesús dijo que “el enviado” (*apostolos* en griego) no es mayor que él que lo envió (Jn.13:16). En el sentido general de que todos nosotros somos enviados al mundo por Jesucristo y compartimos en la misión apostólica de la iglesia (Jn.17:18; 20:21), todos nosotros somos, en el más amplio sentido, apóstoles. Pero ya que esto se puede aplicar a todos los cristianos, no es el *charisma* dado sólo a algunos.

En segundo lugar, se usa la palabra al menos dos veces para describir “apóstoles de las iglesias” (2 Co.8:23; Fil.2:25), o sea mensajeros enviados con recados especiales de una iglesia a otra.

En este sentido podría aplicarse la palabra a misioneros y otros cristianos enviados en misiones especiales. Pero está muy claro que éste no es el sentido que lleva el *charisma* “apóstol”. Porque lo que se nota de inmediato de las dos listas donde aparece “apóstol” es que en ambas ocasiones las encabeza (1 Co.12:28,29; Ef.4:11), y que en la lista de Corintios los primeros tres están numerados (“primeramente . . . luego . . . tercero”) dando el número uno a “apóstoles”. Este don del apostolado al cual se le da primer lugar tiene que referirse, pues, a aquel grupo pequeño y especial de hombres que fueron “apóstoles”. Este don del apostolado al cual se le da primer lugar tiene que referirse, pues, a aquel grupo pequeño y especial de hombres que fueron “apóstoles de Cristo”, formado por los doce (Lc.5:12,13) junto con Pablo (V.Gá.1:1), probablemente Jacobo (Santiago) el hermano del Señor (Gá.1:19) y posiblemente uno o dos más. Eran singulares por haber sido testigos oculares del Jesús histórico, en especial del Señor resucitado (Hch.1:21,22; 1 Co.9:1; 15:8,9), por haber sido personalmente designados y autorizados por Cristo (Mr.3:14; Hch.9:5,15,16), y por ser especialmente inspirados por el Espíritu Santo para su ministerio de enseñanza (Jn.14:25,26; 16:12-15). En este sentido primario en que aparecen en las listas no tienen sucesores, por definición, aunque sin duda hay “apóstoles” hoy en el sentido secundario de “misioneros”.

Y ¿qué de los profetas? Indudablemente muchos han afirmado tener inspiración profética a través de la historia de la iglesia. Pero, ¿son auténticas tales afirmaciones? Depende mucho de nuestra definición de “profecía” y “profeta”. Desde los tiempos del Antiguo Testamento, lo que entiende la Biblia es que el profeta es portavoz de la revelación divina, a quien venía la palabra del Señor, y quien, por tanto, hablaba las propias palabras de Dios (Ex.4:12; 7:1,2; Jer.1:4-9; 23:16, 18,22,28). En tal sentido de la palabra, que es el sentido bíblico esencial, creo que debemos decir que ya no hay profetas pues la autorrevelación de Dios se completó en Cristo y en el testimonio apostólico a Cristo, y a tiempo que se cerró el canon de la Escritura. Más aún, “profetas” viene en el segundo lugar de las listas efesias y corintias ya mencionadas, y “apóstoles y profe-

tas” son puestos aparte en varios textos donde se dice de ellos que son “el fundamento” (por su enseñanza) sobre el cual está edificada la iglesia (Ef.2:20; 3:5). Un conocimiento elemental de la construcción arquitectónica bastará para que sepamos que una vez que se han echado los cimientos, el fundamento, de un edificio y se estén levantando las paredes, ya no pueden volver a ponerse los cimientos o el fundamento. De manera que en este sentido primario de “profetas”, como vehículos de la revelación nueva y directa de Dios, tenemos que decir que este *charisma* ya no es otorgado. Ya no hay quien se atreva a decir en la iglesia “Vino a mí la palabra del Señor diciendo . . .” o “Así dice el Señor . . .”

Sin embargo, se ha argumentado que “profeta” se puede usar en otros sentidos menores. Hay quien piensa que puede haber hombres hoy como el profeta Agabo (Hch.11:28; 21:10,11), cuya función no fue de agregar a la revelación sino de predecir acontecimientos futuros. Esto es posible. Pero la historia de la iglesia y mi experiencia personal me hacen ser cauto al respecto. Nada contribuyó más a desacreditar a Eduardo Irving y su “Iglesia Apostólica Católica” a principios del siglo pasado que las profecías no cumplidas de sus profetisas. Mis propias observaciones me confirman al respecto pues yo mismo he escuchado varias predicciones no cumplidas que llevaron a los interesados a la deshonestidad o la desilusión. Pero también hay quienes sugieren que un ministerio profético es uno que interpreta acontecimientos políticos o comenta temas sociales de actualidad (como hacían los profetas del Antiguo Testamento), pero es difícil aislar este aspecto de su obra de su inspiración divina. Otros incluso interpretan este don de la profecía como el don de exponer o predicar las Escrituras, o sea “edificación, exhortación y consolación” (1 Co.14:3). Así es que escribiría Abraham Kuyper: “por profecía Pablo quiere decir predicción animada, en la cual el predicador se siente animado e inspirado por el Espíritu Santo”.<sup>(4)</sup>

Pero todas estas interpretaciones no alcanzan a llegar a la altura del punto de vista bíblico de la profecía. En las Escrituras el profeta

(4) A. Kuyper, *la obra del Espíritu Santo*, 1888 (Funk and Wagnalls, Londres y New York, 1900), p.187.

no es primordialmente el que predice el futuro, ni el comentarista político, ni aun el que trae un mensaje de aliento, sino que es vocero de Dios y medio para una nueva revelación. Pareciera ser en tal sentido que Pablo reúne los términos “apóstoles y profetas” como los más importantes de todos los *charismata* (Ef.2:20; 3:5; 4:11; 1 Co.12:28); y en ese sentido (dígase lo que se diga de los sentidos y ministerios subordinados) debemos decir que ya no existen en la iglesia. Dios enseña en la iglesia de hoy no por revelación nueva sino por la exposición de su revelación ya completada en Cristo y en las Escrituras.

### La palabra “carismático”

Hemos examinado la naturaleza de los *charismata*, y hemos estado planteando y respondiendo a ciertas preguntas relacionadas al término. Y esto me lleva a hacer valer una protesta suave contra varios usos equívocos del adjetivo “carismático” que tergiversan la naturaleza de los *charismata*.

Ciertos teólogos contraponen las palabras “carismático” e “institucional” cuando hablan del ministerio cristiano. Denominan “institucionales” a los pastores y enseñadores (así como a obispos y presbíteros) en tanto que los “profetas” serían “carismáticos”; los primeros por ser designados por las iglesias y los segundos por serlo directamente por Dios. Esta es una falsa distinción, al menos parcialmente. Es verdad que los “apóstoles y profetas” eran llamados por Dios sin la autorización formal de la iglesia. Pero de cualquier manera la iglesia no tiene el derecho de designar a quien no haya sido llamado por Dios. Según las Escrituras los pastores y maestros son tan “carismáticos” como los profetas (Ef.4:11), y no debiera ser nombrado por la iglesia para ocupar una posición quien no haya ya sido llamado y dotado por Dios. Jamás contempla el Nuevo Testamento una anomalía tan grotesca como la de que un hombre ocupe un ministerio sin poseer el *charisma* que lo califica para el mismo. Juan Owen lo expresa admirablemente: “La iglesia no posee la facultad de llamar a una persona para que ejerza el ministerio cuando Cristo no la haya antecedido en la designación de tal persona dotándola con los dones espirituales”.<sup>(5)</sup> Podríamos

continuar diciendo, por ejemplo, que el Nuevo Testamento no distingue entre “el don de enseñar” y “el don de maestro o enseñador” (1 Co.12:28; Ro.12:7; Ef.4:11). El *charisma* es combinación del oficio y del don para ejercerlo.

Se ha puesto de moda en los últimos años que los periodistas escriban de líderes “carismáticos”, o de políticos o artistas con “carisma”. Su uso de la palabra parece denotar una mezcla de genio y encanto personal. Esa figura “carismática” tiene una personalidad que destella. Pero no podemos justificar que se aplique la palabra a luminarias del mundo que no confiesan a Jesús como Señor. Contribuye también a la falsa impresión de que todos los *charismata* neotestamentarios son dones espectaculares, en tanto que hemos visto que hacer a escondidas actos de misericordia, generosidad y administración puede ser igualmente “carismáticos” en el verdadero sentido bíblico.

Tercero, tenemos el “movimiento carismático” contemporáneo al cual ya nos hemos referido. En cuanto a mí concierne, uso esta expresión como gesto de cortesía hacia quienes lo prefieren sobre otra denominación; pero lo hago con renuencia, porque me parece que conduce a serios equívocos. Es aplicar a un grupo de cristianos en la iglesia un epíteto que es propio de la iglesia toda. La iglesia en su totalidad es una comunidad carismática. Es el Cuerpo de Cristo, cuyos miembros funcionan como resultado de sus dones (*charismata*).

### El alcance de los dones espirituales: ¿a quién son dados?

Habiendo ya tratado de definir lo que son los dones espirituales —en su rica variedad, su relación con los talentos naturales, y su inclusión de elementos tanto comunes como sensacionales— llega el momento de inquirir respecto a su distribución. ¿A quiénes son dados? Nuestra respuesta inmediata ha de ser que si es que hay una amplia diversidad de dones, también habrá una amplia distribución. Los *charismata* no son prerrogativa de unos pocos selectos. Al contrario, el Nuevo Testamento nos da base para afirmar que todo cristiano tiene al menos un don espiritual o capacidad

(5) John Owen, obra ya citada, p.315

para el servicio, por más dormido e inutilizado que tenga tal don. Las evidencias que respaldan esta afirmación son dos.

Primeramente, todos los cuatro capítulos donde están enumerados dones espirituales contienen afirmaciones directas en tal sentido:

Digo a cada uno de vosotros . . . que piense con buen juicio, según la medida de fe que Dios ha distribuido a cada quien . . . Siendo que tenemos diferentes dones, usémoslos (Ro.12:3-6 BLA).

Pero todas estas cosas las hace uno y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere (1 Co.12:11).

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia conforme a la medida del don de Cristo (Ef.4:7).

Según cada uno ha recibido un don . . . usadlo sirviéndoos los unos a los otros, como buenos administradores de la infinita gracia de Dios (1 P.4:10 BLA).

Las palabras en letra bastardilla en cada verso son en el original *pas* o *hekastos* que se traducen todos, cada uno o cada quien. Ciertamente es notable observar que los dones, más aun que ser distribuidos ampliamente, son universales.

En segundo lugar, tenemos la metáfora del cuerpo, la representación favorita de Pablo de la iglesia como cuerpo de Cristo. La iglesia se asemeja al cuerpo humano en que ambos son sistemas coordinados que consisten de muchos miembros, cada cual con una función distintiva. Es significativo que en los tres pasajes donde Pablo se refiere a los dones espirituales (Ro.12, 1 Co.12 y Ef.4) desarrolla esta metáfora del cuerpo. Pareciera que a su forma de ver no se pueden separar los *charismata* del cuerpo de Cristo. Y en dos de las tres exposiciones, está muy claro cuál es el vínculo entre ellos. Por un lado su argumento es que, al igual que en el cuerpo humano, en el cuerpo de Cristo cada órgano o miembro tiene alguna función; por el otro, lo acompaña con el concepto de que cada uno tiene una función *diferente*.

Pues así como en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero no todos los miembros tienen la misma función, también nosotros, que somos muchos, somos un cuerpo en Cristo e individualmente miembros los unos de los otros. Entonces, siendo que tenemos diferentes dones según la gracia que nos ha sido dada, usémoslos (Ro.12:4-6 BLA).

Porque así como el cuerpo es uno, y, sin embargo, tiene muchos miembros, y todos los miembros del cuerpo, aunque son muchos, constituyen un solo cuerpo, así también es Cristo. . . . Porque el cuerpo no es un miembro, sino muchos. . . . Ahora bien, vosotros sois el cuerpo de Cristo, y cada uno individualmente un miembro de él (1 Co.12: 12,14,27 BLA).

Es fundamental a la doctrina neotestamentaria de la iglesia este hecho de que cada cristiano tiene un don (y por tanto una responsabilidad) y que a nadie se le deja de lado sin ser dotado. También debiera transformar la vida de los cristianos y de las iglesias. Pues la imagen tradicional de la iglesia local es la de un pastor recargado de trabajo, ayudado quizás por un pequeño núcleo de obreros dedicados, donde la mayoría de los miembros contribuye poco o nada a la vida y obra de la iglesia. Más bien nos trae a la mente el cuadro de un ómnibus (donde hay un conductor y muchos pasajeros soñolientos) que de un cuerpo (donde todos los miembros son activos y cada uno contribuye a la salud y efectividad del conjunto con una actividad particular). Realmente no tengo duda alguna que esta falsa imagen de la iglesia es una de las principales razones del crecimiento del "movimiento carismático". Este movimiento es una protesta contra el clericalismo (supresión del laicado por los clérigos, pastores y ministros) y una súplica para que se libere al laicado (los miembros comunes de la iglesia) para que ocupen las posiciones de liderazgo responsable para las cuales Dios los ha dotado.

Muchas iglesias locales (y especialmente sus pastores) se quejan que a la congregación le falta un liderazgo laico capacitado. Esta es la excusa más corriente que justifica el intentar poco y el preservar el firme control del pastor sobre lo poco que sí se intenta. Pero la Escritura se dirige a cada iglesia local con las mismas palabras que usó Pablo con los corintios: "Sois el cuerpo de Cristo". En este punto difieren la Escritura y las apariencias. Las apariencias nos indican que la congregación carece de dones, en tanto que la Escritura dice: "¡Tonterías! No puede ser. Sois el cuerpo de Cristo". Tal conflicto entre la palabra de Dios y la evaluación del hombre puede precipitar una crisis de fe. Si le tomamos a Dios la palabra, nos vemos comprometidos a creer que él ha dotado, o al menos quiere dotar, cada iglesia local con todos los dones que necesita para su vida, salud, crecimiento y obra. Nuestro deber es orar que Dios levante obreros dotados; estar constantemente a la expectativa de dones que pudieran estar o conscientemente sepultados o inconscientemente descuidados; alentar a las personas para que ejerciten los dones que Dios les ha dado (Ti.4:14; 2 Ti.1:6); y ase-

gurar que tengan la oportunidad de hacerlo. Por supuesto que hay lugar para los voluntarios que ofrezcan sus servicios; pero es más saludable y más bíblico que quienes sobreveen la iglesia estén alerta a las formas en que Dios equipa y llama a su pueblo a servir.

Estuve en el Congreso Europeo sobre la Evangelización, celebrado en Amsterdam en 1971, y recuerdo cómo me impactó una sabia palabra de Jan van Capelleveen, periodista, radiodifusor y secretario de información de las Sociedades Bíblicas Holandesas. Sugirió que hiciésemos “un inventario de las oportunidades espirituales y de los dones espirituales de la iglesia local”. Es decir, que un grupo de cada iglesia se tome el trabajo y la molestia de considerar cuál es la obra a la cual Dios les está llamando y qué recursos les ha dado (o les tendría que dar) para llevarla a cabo. Esta identificación de las metas, y este apareamiento de recursos con metas quizás sean principios elementales en la administración de negocios moderna; ¡pero la Biblia los enseñó mucho antes de que jamás se pensase en estudios de administración! De todas formas, hay pocas cosas que tengan más probabilidades de éxito en liberar a una iglesia local del clericalismo o de promover la movilización de su membresía que el reconocimiento de las sencillas verdades bíblicas de que la iglesia es el cuerpo de Cristo y que cada miembro del cuerpo tiene una función que cumplir. Como ya hemos visto, es en este sentido que toda la iglesia es una “comunidad carismática”, pues cada miembro de la comunidad tiene un *charisma*, y, en algunos casos, más de uno.

### La fuente de los dones espirituales:

#### ¿De dónde provienen?

Hemos definido la naturaleza diversa y la amplia distribución de los *charismata*. Debemos ahora recalcar que provienen de Dios. Los dones espirituales son dones de Dios. El Nuevo Testamento expresa esta verdad de diversas maneras.

Primeramente, los dones espirituales son dones de la *gracia de Dios*. Las palabras griegas en sí lo indican claramente. Los *charismata* son dotaciones de *charis*, es decir, del favor inmerecido de Dios. Consideremos los siguientes textos:

Siendo que tenemos diferentes dones (*charismata*) según la gracia (*charis*) que nos ha sido dada, usémoslos (Ro.12:6 BLA).

Pero a cada uno de nosotros fue dada la gracia (*charis*) conforme a la medida del don [*dorea*] de Cristo (Ef.4:7).

Según cada uno ha recibido un don [*charisma*] . . . usadlo sirviéndoos los unos a los otros como buenos administradores de la infinita [multiforme] gracia [*charis*] de Dios (1 P.4:10 BLA).

Si hemos de sentir toda la fuerza de esta verdad, será necesario recordarnos que la palabra *charisma* se aplica en el Nuevo Testamento no sólo a los dones espirituales, sino también a la salvación. Por ejemplo, “la paga del pecado es muerte, más la dádiva [*charisma*] de Dios es vida eterna en Cristo Jesús Señor nuestro” (Ro.6:23). Estamos acostumbrados a atribuir nuestra salvación a la sola e inmerecida misericordia de Dios, y ¿qué mejor que esto para hacemos humildes? Pero los *charismata* que nos son dados para el servicio son tanto una concesión libre e inmerecida de Dios como el *charisma* de la vida eterna. De manera que tampoco aquí queda lugar para la jactancia o la envidia.

En segundo lugar, los dones espirituales son dones del *Espíritu de Dios*. El capítulo 12 de 1 Corintios comienza literalmente con estas palabras: “Ahora referente a los espirituales” o “concerniente a las cosas espirituales” (*peri de tōn pneumatikōn*). Y aunque la Reina Valera lo traduce “acerca de los dones espirituales”, notaremos que la palabra no es *charismata*. Quizás Pablo usó esta expresión menos definida con toda intención porque continuará escribiendo de la obra del Espíritu en varias esferas, al iluminar nuestras mentes para confesar a Jesús como Señor (v.3) y al unimos al cuerpo de Cristo cuando somos bautizados con él y bebemos de él (v.13), a la vez que al dotarnos con dones espirituales. Las frases “el Espíritu”, “el Espíritu de Dios”, “el Espíritu Santo”, “el mismo Espíritu”, “el único Espíritu”, “uno y el mismo Espíritu” y “un Espíritu” aparecen un total de once veces en los primeros trece versículos. Queda pues fuera de toda duda cuál es el énfasis del apóstol al respecto.

Sin embargo, en los versículos 4 al 6 (como ya se subrayó anteriormente) hay una referencia deliberada a las tres personas de la

Trinidad: “el Espíritu es el mismo”, “el Señor es el mismo”, “es el mismo Dios”. Vemos también que en Romanos 12 y Pedro 4 Dios el Padre es el autor de los dones espirituales, en tanto que el Cristo ascendido, cabeza de la Iglesia, es quien da “dones a los hombres” en Efesios 4:7-11. Esto pareciera darnos a entender que, si bien el Espíritu Santo es el ejecutor de la voluntad del trino Dios y lo que Dios hace en estos tiempos lo hace por su Espíritu, no debemos atribuir los dones exclusivamente al Espíritu, sino más bien recordar que las tres personas de la Trinidad son los dadores.

Tercero, los dones espirituales son dones de la *voluntad soberana de Dios*. En Efesios 4 Cristo es representado en su ascensión cual si fuera un general victorioso que viene al frente de una multitud de prisioneros repartiendo dones del botín. Los dones son gratuitos y su “dar” es soberano. 1 Corintios 12:11 lo reafirma diciendo: “uno y el mismo Espíritu distribuyendo individualmente a cada quien según la voluntad de él” (BLA).

Es cierto que se nos permite, más aún, se nos manda, desear “los mejores dones” y desearlos “ardientemente” (1 Co.12:31 BLA). Es de suponer que este deseo ardiente se relaciona con “la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Ro.12:3), y se nos alienta en las Escrituras a que oremos pidiendo un aumento de nuestra fe. Sin embargo la distribución de dones no está en nuestra voluntad sino en la voluntad soberana del mismo Espíritu Santo. Así es que los *charismata* se originan en la benigna voluntad de Dios, y son otorgados por él a través del Espíritu Santo.

El apóstol se explaya extensamente en las consecuencias de esta verdad (1 Co.12:14-26). Argumenta que si el Espíritu Santo distribuye dones espirituales de acuerdo con su benigna y soberana voluntad, luego no hay justificación posible ni para la envidia ni para la vanidad. ¿Cómo podríamos despreciar nuestro propio don y ver con envidia los de otros si Dios nos ha dado nuestro don según su gracia y voluntad? De igual manera, ¿cómo podríamos menospreciar los dones de otros, comparándolos desfavorablemente con el nuestro, si los dones de ellos les han sido dados por su gracia y voluntad? Consideremos cómo maneja los problemas opuestos de la autodesestimación y de la autoimportancia.

Primeramente, la autodesestimación (v.15-20). Con vivacidad casi humorística pone palabras en la boca de las diversas partes del cuerpo humano. El pie no debe decir: “¡Obsérvenme! No sirvo para nada. No puedo levantar las cosas y hacer maniobras complicadas como esa mano tan versátil. Soy sólo un viejo y torpe pie”. Tampoco debe menospreciarse el oído, diciendo: “¡Véanme! Tampoco sirvo para nada. No puedo ver ni las formas ni los colores. Soy ciego. Todo lo que hago es escuchar ruidos”. Pero tales palabras son necias y no significan que por eso dejan de ser parte del cuerpo. Si todo el cuerpo fuera un gran ojo, ¿cómo oiríamos? Y si fuera un sólo colosal oído, ¿qué de nuestro sentido del olfato? No. El cuerpo necesita oír tanto como ver, y olfatear tanto como oír. De manera que Dios ha dispuesto los órganos en el cuerpo “según le agradó”. Si no lo hubiese hecho, no habría cuerpo. Pero como está, “hay muchos miembros, pero un solo cuerpo”. De manera que ningún miembro tiene razón para desestimarse.

El pecado de la autoimportancia (v.21-26) es justamente lo opuesto. El ojo no puede menospreciar la mano o despacharla despreciativamente, diciendo: “No te necesito. Eres sólo una mano. Es cierto que puedes tomar cosas y sostenerlas. Pero en verdad eres inútil pues no puedes ver”. Tampoco la cabeza ha de mirar a los pies desde su altura superior y decirles con jactancia: “No los necesito. Sólo son un par de patones viejos en alpargatas. Ya sé que se pueden mover torpemente de aquí para allá. Pero yo soy el cerebro. Yo albergo todo el sistema nervioso central. Yo pienso, planifico y decido. Me las arreglo perfectamente sin ustedes”. Pablo no sólo descarta esta clase de parloteo condescendiente, sino que lo contradice directamente. “Por el contrario”, dice, “así formó Dios el cuerpo”: haciendo indispensables a sus partes más débiles y dando a sus partes menos presentables una mayor honra.

Resumiendo, la voz de la autodesestimación dice: “No sirvo de nada; no me necesitas”, en tanto que la voz de la autoimportancia dice: “No sirves de nada; no te necesito”. Pero la voz de Dios dice: “Ambos se necesitan”. Los dones que Dios nos ha dado y los dones que ha dado a otros son todos importantes y necesarios. En

conjunto forman el cuerpo de Cristo completo y saludable, donde todos los miembros funcionan como corresponde.

Sólo cuando dejamos de despreciar y de menospreciar a otros, reconociendo los dones de Dios, cesará la “división” o discordia en el cuerpo (v.25). Dios odia la discordia. Su voluntad es que “los miembros tengan el mismo cuidado unos por otros”, compartiendo en los sufrimientos y los goces unos de otros. Y la gran verdad que por sí sola puede liberarnos de la envidia y la vanidad es que los dones espirituales son dones de Dios, distribuidos por su gracia y de acuerdo a su voluntad. En la deliciosa frase de Juan Owen, son las “dádivas arbitrarias” de Dios. No podemos pues despreciarlas, sea que nos sean dadas a nosotros o a otros.

### **El propósito de los dones espirituales:**

#### **¿Para qué son dados?**

Los dones de Dios son dados para ser usados. Los órganos del cuerpo humano son funcionales. De modo semejante, los miembros del cuerpo de Cristo han de ejercitar sus dones. Somos “administradores de la multiforme gracia de Dios”, y se nos manda ser “buenos administradores” (1 P.4:10). “Siendo que tenemos . . . dones”, dice Pablo, “usémoslos” (Ro.12:6 BLA). Pero ¿cómo debemos usarlos?

Muchos malentendidos rodean el propósito para el cual Dios distribuye dones espirituales en la iglesia. Algunos dicen que son “dones de amor” en cuanto su propósito es el de enriquecer al que los recibe y que hemos de usarlos en propio beneficio. Otros piensan que son “dones de adoración”, en cuanto que su propósito principal es la adoración de Dios y su esfera principal, la conducción del culto público de adoración. Las Escrituras afirman que son “dones de servicio”, cuyo propósito primordial es de “edificar” o hacer crecer a la iglesia.

Los apóstoles Pablo y Pedro recalcan el uso desinteresado de los dones de Dios al servicio de otras personas, de la iglesia toda:

*Pero a cada quien le es dada la manifestación del Espíritu para el bien común (1 Co.12:7 BLA).*

*Según cada uno ha recibido un don . . . usadlo sirviéndoos los unos a los otros (1 P.4:10 BLA).*

Vemos, pues, que los dones espirituales no nos son dados para ayudar, consolar y fortalecemos a nosotros que recibimos esos dones, sino a otros. Este es el sentido de la “edificación” (V.Ef.4:12,16).

He aquí también la razón por la cual hay dones que son más valiosos que otros. Como ya vimos, no debemos despreciar ningún don. Pero a la vez debemos anhelar ardientemente “los mejores dones” (1 Co.12:31). ¿Cómo hemos de evaluar su importancia relativa? La única respuesta posible es: “según el grado en que edifiquen”. Ya que todos los *charismata* tienen el propósito de edificar al creyente individual y a la iglesia en su totalidad, en cuanto más edifiquen más valiosos serán. Las palabras de Pablo no pueden ser más claras al respecto. “Puesto que anheláis dones espirituales, procurad abundar en ellos para la edificación de la iglesia” (1 Co.14:12 BLA).

Si seguimos este criterio resultará que el don de la enseñanza es el de mayor valor, porque nada contribuye más a la edificación de los cristianos que la verdad de Dios. No podemos sorprendernos pues al ver que un don, o dones, de enseñanza se encuentra a la cabeza de las cinco listas de dones en el Nuevo Testamento. Esta insistencia apostólica en la prioridad de la enseñanza tiene considerable pertinencia para nuestra iglesia contemporánea. Por todo el mundo hay iglesias espiritualmente malnutridas por la escasez de expositores bíblicos. En las regiones donde hay movimientos masivos de evangelización están clamando por enseñadores que instruyan a los convertidos. Y esta escasez de maestros hace que nos sintamos entristecidos al ver a tantos interesados en dones de menor importancia e incluso hasta distraídos por éstos.

Supongo que corresponde mencionar a estas alturas algo respecto a las “lenguas”, don muy enfatizado por algunos. Aún pende un gran signo de interrogación sobre este fenómeno contemporáneo conocido como “hablar en lenguas”, en cuanto a si se le puede identificar con el don neotestamentario. Está claro que en el día de Pentecostés los creyentes llenos del Espíritu hablaron “en otras lenguas”, vale decir, en idiomas extranjeros, “según el Espíritu les daba que hablasen”, y que todos estos idiomas eran comprensibles

para uno u otro grupo en la multitud (Hch.2:4-11). Existe una fuerte presunción teológica o lingüística de hecho en el sentido que el fenómeno mencionado en 1 Corintios 12 tenía las mismas características. Primeramente, las frases en el griego son casi idénticas, y una de las reglas primordiales de la interpretación bíblica nos dice que las expresiones idénticas tienen un significado idéntico. En segundo lugar, el sustantivo *glōssa* tiene sólo dos sentidos conocidos: el órgano de la boca, y un lenguaje. Igualmente, el verbo que se traduce “interpretación de lenguas” significa en el original traducción de idiomas. Tercero, todo el énfasis de 1 Corintios 14 está encauzado a desalentar el culto a lo ininteligible como cosa de niños: “Hermanos, no seáis niños en el modo de pensar . . . pero maduros . . .” (v.20). El Dios de la Biblia es un Dios racional y no se deleita en lo irracional o lo ininteligible.

Esta interpretación crea algunas dificultades exegéticas que han llevado a algunos a establecer una diferenciación aguda entre “lenguas” en los Hechos y “lenguas” en 1 Corintios. Pero las dificultades son pequeñas en comparación con la fuerza del argumento que ha sido planteado. El fenómeno es el mismo en ambos pasajes, no una expresión extática ininteligible sino un lenguaje comprensible, al menos para algunos (como en el día de Pentecostés). Claro que en un puerto multilingüe como Corinto siempre habría la necesidad de “interpretar” o traducir para que entendiesen los que hablaban otro idioma. Si el don era primordialmente de naturaleza lingüística, entendemos mejor por qué Pablo lo puso al fondo de la lista, y por qué ni se menciona en las otras tres listas. Es verdad que dijo “quisiera que todos vosotros hablaseis en lenguas” (como cuando Moisés dijo “Ojalá todo el pueblo de Jehová fuese profeta”, Nm.11:29), pues todos los dones de Dios son buenos y deseables, pero en sí (es decir, fuera del significado de lo que se habla) no tiene capacidad de edificación.

Entonces, ¿qué de la práctica tan corriente ahora de “hablar en lenguas” como un auxiliar del culto devocional personal? Muchos dicen haber descubierto por su intermedio una nueva soltura en su acercamiento a Dios. Otros nos cuentan de una especie de “descarga síquica” que les ha liberado, y que por cierto no quisiéramos

negarles. Pero debemos decir, partiendo de 1 Corintios 14, que si bien Pablo prohíbe terminantemente toda manifestación pública de “hablar en lenguas” sin interpretación, también desalienta “hablar en lenguas” en forma privada a menos que el que habla entienda lo que dice. A menudo pasamos por alto el versículo 13: “El que habla en lengua extraña, pida en oración poder interpretarla”. Pues de otra manera su mente “queda sin fruto” o improductiva. ¿Qué debe hacer entonces?, se pregunta Pablo. Y responde que orará y cantará “con el Espíritu”, pero “también con el entendimiento”. Se ve claramente que no podía concebir oración y alabanza cristiana en la cual la mente no estuviera participando activamente.

Indudablemente algunos lectores me responderán que en los primeros versículos de 1 Corintios 14 el apóstol contrapone la profecía y el hablar en lenguas, afirmando que el profeta edifica a la iglesia en tanto que el que habla en lenguas se edifica a sí mismo, y que por tanto está alentando abiertamente la práctica privada del hablar en lenguas. Debo confesar que me pregunto si esta deducción es la correcta. Hay dos motivos que me dan pausa.

Primeramente, “la edificación” en el Nuevo Testamento siempre es un ministerio que aporta, levanta, a otros. La palabra griega *oikodomeō* literalmente significa “edificar”, y se usa de la construcción de ciudades, casas, templos, etc. Se aplica figurativamente a la iglesia. “Edificaré mi iglesia”, dijo Jesús (Mt.16:18). “Sois . . . edificio de Dios”, escribió el apóstol Pablo (1 Co.3:9; comp. Ef.2:20,21), y cual “piedras vivas”, agrega Pedro, “estáis siendo edificados como casa espiritual” (1 P.2:5 BLA). Partiendo de este sentido básico la palabra llegó a usarse en el sentido de “fortalecer, establecer, edificar” a cristianos e iglesias. Lucas escribe que la iglesia palestina “era edificada”, y Pablo que su autoridad apostólica le había sido dada “para vuestra edificación” (Hch.9:31; 2 Co.10:8; 12:19; 13:10). Además, los cristianos tienen un ministerio de “mutua edificación” (Ro.14:19) en el cual han de “edificarse unos a otros” (1 Ts.5:11; comp. Ro.15:2; Ef.4:29; Judas 20). Y si fuésemos a preguntar qué es lo que más edifica o construye a la iglesia, Pablo respondería: “la palabra de

verdad" (Hch.20:32; comp.Col.2:7) y "amor" (1 Cor.8:1; comp.10:23). Este mismo énfasis en la edificación prevalece en 1 Corintios 14, en que no sólo "edifica" el profeta por su mensaje (vs.3,4) sino que en la adoración pública "todas las cosas" han de ser hechas "para edificación" (v.26, comp. v.17) y todos los cristianos deben procurar abundar en los dones para edificación de la iglesia (v.12; comp.v.5). A la luz de este abrumador y constante énfasis del Nuevo Testamento en la edificación como ministerio hacia otros y hacia la iglesia, ¿cómo hemos de interpretar esa única excepción que dice que el que habla en lenguas "a sí mismo se edifica?" Tiene que haber al menos un dejo de ironía en lo que escribe Pablo, porque la frase es casi una contradicción en términos. La edificación en el Nuevo Testamento simplemente no incluye el concepto de la autoedificación.

En segundo lugar, debemos leer la expresión iluminados por la enseñanza que ya hemos considerado de que *todos* los dones espirituales son dones de servicio, otorgados para el "bien común", para el ministerio a otros. ¿Cómo pues habría de volcarse este único don sobre sí mismo y ser ejercitado para el bien personal en vez del bien común? ¿Acaso no nos veríamos obligados a concluir que tal cosa implica un mal uso del don? ¿Qué pensaríamos de un creyente con don de enseñanza que sólo lo utilizara para instruirse a sí mismo, o de una persona con el don de sanidad que lo usara sólo para sanarse a sí mismo? Es muy difícil justificar el uso para uno mismo de un don específicamente otorgado para el beneficio de otros.

Es por estas dos razones que tiene que haber una nota de ironía, si no de sarcasmo, en la voz de Pablo cuando escribe que el que habla en lenguas "a sí mismo se edifica". Da por sabido que los corintios, a quienes les ha explicado claramente el propósito de los dones espirituales en el capítulo 12, captarán lo que les quiere decir sin que tenga que delectarse.

De manera que los *charismata* son todos dados para el bien común. Pablo aplica este principio en Efesios 4:11,12 a los dones de enseñanza. Cristo constituyó (con sus dones) a "unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y

maestros". ¿Por qué? ¿Con qué fin? Continúa: "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo". El objetivo inmediato del enseñador es conducir a los cristianos ("los santos") no sólo hacia la madurez cristiana sino también hacia el ministerio cristiano, a fin de equiparlos para el ministerio en la iglesia y en el mundo. Los pastores han de ser maestros, lo cual no significa que puedan celosamente guardar para sí todo el ministerio de todo tipo que necesita hacerse. Por el contrario, su ministerio ha de producir más ministerio, en cuanto vayan alentando a otros a ejercitar los dones que Dios les ha dado. Sólo entonces se alcanzará el objetivo final que (nuevamente) es "la edificación del cuerpo de Cristo" hasta su plena unidad y madurez, "a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (vs.12,13).

Esta meta gloriosa, que debiera ocupar nuestras mentes como lo hacía la del apóstol Pablo, se podrá alcanzar a través de las influencias gemelas de la verdad y el amor. Es por seguir (o sostener) "la verdad en amor" que creceremos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo" (vs.15,16). La verdad es elemento indispensable para el crecimiento hacia la madurez de cristianos e iglesias. Sin un pleno entendimiento y un tomarse fuertemente de la verdad revelada de Dios permaneceremos como "niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina" (v.14). Pero la verdad puede ser dura y fría si no es templada y suavizada por el amor. Por eso nos dice Pablo que "el conocimiento envanece pero el amor edifica" (1 Co.8:1). Todos sabemos del papel preponderante que juega el amor en el desarrollo emocional saludable de los niños. Si esto es verdad en la familia humana, ¿cuánto más no lo será de la familia de Dios? Por eso se inserta 1 Corintios 13 entre los capítulos 12 y 14 que tratan de los dones espirituales. Aunque todos los *charismata* son otorgados para el servicio, para la edificación del cuerpo de Cristo, si han de tener el efecto propuesto deben ser ejercitados en amor. Porque sin el amor todos los dones, por más espectaculares que sean, son sin valor (13:1-3). De manera que el amor es aún "el camino más excelente", más valioso incluso que los mejores dones (12:31). Pero no debiera haber razón para tener que escoger entre el don y el amor. En los planes de

Dios van siempre juntos. El verdadero amor se expresa en el servicio, en especial usando los dones que nos han sido otorgados para capacitarnos para el servicio.

En realidad, si el amor y la verdad van juntos, y el amor y los dones también, lo mismo harán el amor y el servicio, ya que el verdadero amor siempre se expresa en servicio. Amar es servir. Nos quedan, pues, estos cuatro aspectos de la vida cristiana formando un anillo o círculo inquebrantable: amor, verdad, dones y servicio. Porque el amor resulta en servicio, el servicio usa los dones, el don mejor es la enseñanza de la verdad, pero la verdad ha de expresarse con amor. Cada uno supone el otro, y doquiera que empece-mos entran en operación los cuatro. Pero el “mayor de ellos es el amor” (13:13).

## Conclusión

Comenzamos con la “promesa” o “bautismo” del Espíritu, ese generoso regalo inicial que Dios nos otorga cuando nos toma para ser su pueblo. El perdón y el don del Espíritu son anverso y reverso de la salvación completa que es nuestra en Cristo Jesús. No debiéramos jamás cesar de agradecer a Dios, con asombro diario, que en su amor primero dio a su Hijo para morir por nosotros y luego a su Espíritu para vivir en nosotros. Ya hoy no hay templo en Jerusalén donde tengamos que ir para encontrarlos con Dios. Cada uno de nosotros es templo de Dios, y también la iglesia local, pues Dios reside en nosotros por su Espíritu.

En segundo lugar, necesitamos buscar, más que nunca, más y más de la plenitud del Espíritu, por arrepentimiento, fe y obediencia, y también seguir sembrando para el Espíritu para que su fruto pueda crecer y madurar en nuestro carácter. Creo que con toda veracidad puedo decir que ha sido mi costumbre por muchos años orar cada día que Dios me llene con su Espíritu y haga que más del fruto del Espíritu aparezca en mi vida.

En tercer lugar, debemos recordar siempre que el Espíritu Santo se preocupa tanto por la iglesia como por los cristianos individuales. Regocijémonos, pues, por igual en su *charis* (gracia) dado a todos y que nos hace uno, y en su *charismata* (dones) distribuidos a todos y que nos hace distintos. La unidad y la diversidad de la iglesia provienen de su designio. Hemos visto que los dones son muchas y variadas capacidades para el servicio; que al menos uno es dado a cada cristiano sin excepción; que son distribuidos por la

voluntad benigna y soberana de Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo; y que tienen como propósito el bien común, edificando al cuerpo de Cristo, la iglesia, hacia la madurez. Empleemos, pues, nuestros dones unos para con otros, “como buenos administradores de la multiforme gracia de Dios . . . para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenecen la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén” (1 Pedro 4: 10,11).